

YARGAS VILA

EL CAMINO
DEL TRIUNFO



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8179
.V3
C3

EL CAMINO DEL TRIUNFO



« LAS ADOLESCENCIAS »

OBRAS DE VARGAS VILA

NOVELAS

Anta.	Las Rosas de la Tarde.
Lo Irreparable.	Alba Roja.
Entina (Novela).	Los Parias.
Copos de Espuma (Cuentos).	El Alma de los Lirios.
Flor del Fango.	La Semente.
Ibis.	El Camino del Triunfo.

POESÍAS

Pastorías

HISTORIA

Los Divinos y los Humanos. Los Césares de la Decadencia.

ARTE

Prosas Laudes. Ars-Verba (En prensa).

POLÍTICA

Historia de una Guerra.	Los Providenciales.
Siluetas Bélicas.	Verbo de Admonición.
La Regeneración.	Laureles Rojos.
Bajo Vitelio.	

PARA PUBLICAR

Césares de la Decadencia 2º volumen).	Las Murallas Malditas.
Vidas Paralelas (Novela).	Trilogía (Tragedias).
	Mis Memorias (3 volúmenes).

EL CAMINO DEL TRIUNFO

« LAS ADOLESCENCIAS »

Hold the mirror, up to nature.

(SHAKESPEARE, *Hamlet*, III, 2.)

INSTITUTO JEAN XX

SALES ANOS

MERCEDES

69

PARIS

LIBRERÍA AMERICANA

—
1908

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

EL CAMINO DEL TRIUNFO

Juliano Hermida, tenía el alma agreste, hecha á vivir, la vida silenciosa y ferviente de la Naturaleza.

El misterio profundo de los campos, lo atraía.

La inmovilidad extática de los paisajes, teñidos de Infinito, se diluía en su alma, en ondas de un amor, embrionario, inexplicable, á las cosas del Alma y de la Vida ;

los cielos algodonados, que diseminaban nubes, como pétalos, en una calma cosmorámica y grave ;

la profunda agua calmada, de los canales vecinos, que parecían inquietos y turbadores, como atacados ellos también de morbosidades pasionales ;

el espectáculo muelle de las primaveras, que distendía sus nervios y aguijoneaba sus carnes impúberes, parecía decirle extrañas suputaciones de cosas raras, aún no sentidas y de intensos mirajes interiores, no mirados todavía ;

la cristalización de las ideas, se hacía lenta en su espíritu, donde los elementos psicológicos pugnaban por sistematizar la disociación inicial de sus puerilidades de niño ;

la exaltación de su vida interior, hacía que su Yo, sentimental, se desarrollara prematuramente á expensas de su Yo mental, que permanecía semi-inerte, mientras su aguda sensibilidad, lo hacía apto á las más raras y delicadas emociones ;

el mundo exterior se desarrollaba á sus ojos, por sensaciones y por imágenes, de las cuales, su corazón era un espejo :

tiene la mente de los niños, esa rara especificidad, propia para la percepción materializada de las imágenes ;

y, el proceso de la ideación, se hace en ellos, correlativo al de sus afecciones, con una mor-

bosidad patognómica, casi siempre violenta ;
aman lo que ven, y, lo aman con una pasión,
llena de capricho y de tenacidad ;

así vagaba, el alma indecisa y fluctuante de
Juliano, ya llegada al umbral de la adolescencia,
con una rara acuidad de percepción, y una
precocidad dolorosa de sensaciones, como espe-
rando, ansioso y miedoso, ver precisarse sus
extraños sueños, en la cristalización ansiada de
ese fenómeno fugaz, que se llama : Vida ;

la suya, se diría, una mañana pálida donde
la tristeza infinita de los cielos, murmurara en
el corazón inerte de las cosas ;

en la vaga y suprema indolencia de esa hora,
aún sin orientaciones, le parecía que fantasmas
inciertos cantaban en el silencio, y, una visión,
emergente de las brumas, alzaba sus brazos
desnudos, tendidos á las estrellas ;

Juliano Hermida, tenía quince años, y repre-
sentaba aún más, por la seriedad triste de su
rostro, lleno de una languidez atractiva, como
una perfidia nimbada de inocencia ;

¿ habéis visto las miniaturas, de aquellos pre-
ciosos antifonarios del Museo Cívico, en el Pala-

cio Schiaffanoya de Ferrara? ¿recordáis en ellos, esos niños que Dosso-Dossi y, Cósimo Tura, agrupan, en torno á los Tabernáculos, entre follajes de azul, como en una ascensión hacia el rayo lunar que los ilumina? ¿Cómo son bellos, en la inocente perversidad de sus labios, que se abren, como rosas indisciplinadas, y, en el éxtasis abismal de sus ojos, llenos de un inabarcable misterio!

aquellos perfiles ambiguos, no se olvidan ;
son obsesionantes, como los de los adolescentes de Palma, el viejo ;

así era Juliano Hermida, con su rostro, extraordinariamente moreno, su cabellera ensortijada, su contextura atlética, que lo hacían aparecer como un efebo egipcio, inexplicablemente desterrado en ese medio de blancuras andinas y, azulidades transparentes, donde las montañas tingían paisajes anabiósicos de mundos petrificados, y, las llanuras infinitas bajo un manto violeta, se estremecían, á la caricia de soles pálidos, como bajo una claridad lunar ;

había en él, mucho de raza calabresa, pigmento de sangre semihelena, que daba uno como

aroma moral, de países lejanos, á su belleza ruda y atractiva, pero exótica, desemejante en un todo, á la mayoría étnica, de razas mongoles, pululantes en esa China, supra-andina, estratificada, en el silencio, bajo las estrellas ; algo violento como de razas volcánicas, y rudezas heroicas, que ya no se verán jamás ;

no se le parecían, los niños de la comarca, ventrudos y molletudos, como angelotes de Rubens, en los baptisterios flamencos ; auroras de bestialidad pletórica y feliz ;

y, sin embargo, Juliano, no era un extranjero ;

había nacido y crecido en aquel medio, en el maravillamiento impreciso y el culto atento de esas cosas, que hoy le eran familiares ;

había nacido y vivido, en esa posesión de campo de sus padres, llamada : « la Floresta », que había pertenecido á la familia de su madre, desde tiempos inmemoriales ;

su casa, en el pueblo cercano, esquina á la Plaza consistorial, estaba armoriada, con escudo de señores de horca y cuchillo, y, leyenda de Virreyes, que atestiguaban bien su descendencia familiar, de esa nobleza cándida y rural, de

siglos de la colonia, mística y vegetativa, que inerte en su calma señorial, hizo de aquellos llanos desolados, una como prolongación de las llanuras polvorientas, los horizontes cuasi nocturnos y los cielos ilúcidos de la Mancha, dormidos, en un crepúsculo inmóvil : una Tartaria andina, florecida de Quijotes sin virtud ;
y, había vivido en ese paisaje acre, de tierras rugosas y calmadas, como en una fiesta pacífica de Silencio, como bajo una bruma blanca, que dormía en su corazón ;

así había engrandecido, entre su padre y su madre, de los cuales era hijo único :

su padre, rudo, atlético, voluntarioso, de una grosería rayana en la bestialidad ;

su madre, delicada, triste, enferma, de una de esas raras enfermedades morales, para las cuales, el alivio, baja lentamente, de los cielos mudos ;...

su alma de niño había sido herida por aquel contraste de caracteres ;

la brutalidad de su padre, lo exacerbaba, lo amedrentaba, y, lo había alejado lentamente de él ;

la debilidad, la tristeza, la dulzura angelical de su madre, lo atraían como un perfume ;

vivía de ella, con ella, y para ella ;

era en su seno calmado y seguro, que su cabeza de niño se había reclinado siempre, para ver volar, de su alma embrumada, uno á uno, el lento cortejo de los sueños de su infancia ;

¡ oh, las tardes incontables, en que bajo la languidez velada de la Noche que venía, como inmobilizado bajo el blanco beso de la luna, se dormía en las faldas de su madre, después de haber oído de aquellos labios musicales, los más radiosos cuentos de hadas, las más blancas leyendas de princesas prisioneras, mientras bajo los rayos casi muertos de la luz, el rostro de la madre se transfiguraba como un lis blanco sobre el silencio del agua, y los largos cabellos se azulaban como en una aureola marescente ;

¿ por qué lloraba su madre ?

¿ por qué lloraba así, tan constante, tan silenciosa, tan inconsolablemente ?

¿ por qué se encerraba para llorar, en aquel Oratorio sombrío, donde un Cristo de mármol,

implorante en su desnudez luminosa, parecía gritar al Infinito, el humano dolor que torturaba sus carnes, y una Dolorosa, sensitiva y desfalleciente, alzaba al cielo sus ojos, en una obstinación férvida, llena de una mortal desesperanza?

era allí, que él, solía hallarla de pequeño, cuando cansado de buscarla por toda la casa, y pronto ya á gritar, espantado de su soledad, Benedicta, la vieja sirvienta, lo llevaba al Oratorio, con la promesa formal de no hacer ruido y de permanecer muy quieto ;

y, él, se acercaba tímido, se arrodillaba al lado de ella, cruzando los brazos, mirando maravillado el nimbo áureo de los santos, el ocre de los altares, los crepitantes cirios, las azucenas exangües, y, el óvalo clorótico de los retablos borrosos ;

su madre, que lo sentía cerca, lo atraía sobre su corazón, lo levantaba en sus brazos, que extendía con él, hacia la Virgen, cual si se lo ofreciese en holocausto, con un gesto de violencia apasionada, que interrumpía el ritmo suave de sugesto calmado y grave como su belleza ;

porque era bella, doña Matilde Abril, con su cabellera brumosa ó imperiosa, que peinaba en bandas rafaletas, sobre su rostro perfecto, de una palidez cerámica, adelgazado por el Dolor, como por una consunción de fiebre intensa, y, en el cual, brillaban, como gemas tenues, sus ojos garzos, de ámbar, largos y estriados á la sombra de las pestañas, negras y enormes, cual las alas de un pájaro mosca, inmovilizadas sobre una flor; la nariz perfecta; la boca desdeñosa; todo el perfil de ese rostro circasiano, recordaba el de las vírgenes hebreas, que Julio Romano, logró producir, de los *vicolos* de Trastevere, tras su febricitante lucha por vencer;

pero, lo que más embellecía aquella figura, que podría decirse, cadenciosa, tal era la eurytmia musical de sus facciones, era el aire de suprema distinción, de calmada nobleza, de resignación melancólica y grave: tal una melodiosa mar serena;

sus pupilas claras, parecían abrirse sobre la Vida, apesadumbradas y dolientes, huérfanas de las divinas alegrías, con una triste Omnipotencia de sufrir;

se diría que las grandes y austeras líneas del Dolor, se marcaban y se fundían, en ese rostro, en un acuerdo magnífico de reflejos, en una maravillosa sinfonía de formas, todas blancas y exangües, sin más luz, que la de las grandes pupilas, llenas de una Misericordia celeste, como de un Poema de efusión moral, pronto á cambiar el Dolor en una transfiguración de cosas inmaterializadas é ideales, bastantes á llenar de beatitud una alma triste ;

y, era en esos ojos de madre, así soberbios y melancólicos, como una tarde vencida, que el alma de Juliano, veía retratado el mundo, como en el fondo de un lago, lleno de estremecimientos ;

el imperio del Silencio, lo había rodeado siempre, un Silencio suave y misericordioso, que era como la transparencia del alma de las cosas ;

la calma de su casa, era conventual, engrandecida desmesuradamente por los ruidos exteriores, que llegaban amortiguados y pasaban como fugitivos por los salones desiertos, pletóricos de hastío, los corredores brumosos, donde

gemía el viento en grandes alaridos, y los jardines umbrosos, odorantes, en una penumbra árabe, donde morían las rosas en lenta desfloración, como grandes sueños crédulos en un corazón que ha recibido la visitación de la desesperanza ;

sus gritos de niño, no habían tenido más respuesta que el gorjeo de los pájaros hermanos, felices en la armoniosa gloria de sus nidos ;

y, sus lloros, no habían tenido otro consuelo, que el seno cariñoso de la madre, y la caricia de sus dedos suaves y magnéticos, que se deslizaban en la masa fluvial de los cabellos, prismatizándolos, como en una feria lunar ;

huía de su padre, al cual no se acercaba nunca, sino con un temor de bestia castigada ;

la brutalidad de aquel hombre, tan semejante á la delicadeza de su corazón, lo exasperaba y lo atemorizaba ;

se sentía lejos de él, tan lejos, que sus almas no se tocaban, no se veían vivir, no se sentían envueltas en ese efluvio de ternuras, que es como una magnetización de los corazones y de las almas ;

su padre, no se preocupaba de esa pequeña alma, que se abría cerca de él, como una flor ;

no precisamente que don Víctor Manuel Hermida, no amara á su hijo : lo quería y lo quería bien, pero á su manera, dentro de su vulgaridad impetuosa, casi salvaje, heredada de quién sabe cuál remoto antecesor calabrés ;

su alma sin delicadezas, no podría decirse que fuera una alma sin ternuras, pero la exteriorización de ellas, carecía de matices y era vulgar como sus más recias cóleras :

de ahí, que Juliano, temiera tanto sus cariños, como sus castigos ;

la delicadeza exquisita de su alma, lo distanciaba de aquel hombre, contra el cual, una aversión sorda y silenciosa comenzaba á subir en su corazón ;

él, no podía amar á aquel ser que martirizaba á su madre adorada, que la brutalizaba, y, á las piernas del cual, muy niño aún, se había abrazado repetidas veces, para impedir que la hiriera :

no :

él tenía el odio y el horror de aquellas ma-

nos, que habían tantas veces, caído sobre el rostro de la madre, para abofetearlo, en las diarias escenas, que llenaban de angustia y de dolores. aquel hogar de desolación ;

esta lucha, violenta y despiadada, hacía la soledad, en la casa y en las almas...

su padre, hacía largas ausencias, ó no salía de su cuarto, cuando estaba en casa ;

su madre, se refugiaba en el oratorio, ó, se recogía en el lecho, víctima de violentas neuralgias, que no se aplacaban sino en la sombra y la quietud, y, en esas horas, todo ruido le era intolerable ;

no se reunían, — y eso raras veces — sino á la hora de las comidas ;

y, éstas, eran silenciosas, sin efusión ; se sentía algo hostil vagar en aquella atmósfera moral, llena de secretos dolorosos ;

la inquietud de las almas, se traducía por largos silencios, que sólo interrumpía, la voz cantante del niño, vibrando en la soledad ;

y, él, hablaba rara vez, conformándose, para distraer su hastío, durante estos ágapes familiares, en mirar por las ventanas abiertas,

las llanuras rugosas, los estanques nimbados de rayos solares y, aspirar los perfumes discretamente intensos, que venían del llano, con suavidades insinuantes, llenos de hálitos embalsamados de jacintos y tuberosas, que esmaltaban las soledades esmeraldinas, llenas de una calma exótica de Santuario; su vista seguía á veces, el vuelo de algún pájaro, que cortaba la monotonía del horizonte, con el matiz de sus alas de flor celeste y cándida; á lo lejos, alguna estrella surgía, con blancuras transparentes de gema, niveamente cándidas; y, su alma amaba esa estrella, que era como una mirada de Piedad, llegando á través de las soledades estremecidas, hasta la soledad de esas almas fatigadas, hostiles en el Silencio;

él, no vió jamás, un gesto de ternura, ni el intento de un beso, en aquellos seres, que se separaban sin despedirse, mudos como el espacio; como el espacio, que tiene algo de la Muerte;

todos los silencios, confinan con la tumba;

¡ oh, las cosas invisibles, y sin embargo, reales, que pueblan el silencio de las almas !

en el crepúsculo invasor de ese silencio, que era como una maldición, entre esas dos almas crucificadas y sin gritos, engrandecía el alma de aquel niño, ya sangrante del suplicio de vivir ;

su madre, le había enseñado á leer ; y, era sobre sus rodillas, en las tardes, en que la miseria árida del campo, parecía partir sus miserias interiores, que él, hojeaba la Biblia, cuyas viñetas policromas, formaban todo su encanto ;

su corazón genial, se inclinaba sobre el libro, deseoso de comprenderlo, y, amaba las blancas historias que el dedo de su madre le trazaba, como una asunción de figuras radiosas hacia el cielo ;

los conmovedores episodios del Hijo Pródigo ; la Huida de Agar ; David y Goliat ; los Macabeos ; todo ese perfume de leyendas semitas, dolorosas y heroicas, le subía al corazón, como una embriaguez ; ¡ á su pobre corazón, que se abría en la Soledad, como una vasta imploración, vasta como el Deseo !...

no hablaba entonces, y, toda la suplicación

dolorosa de su alma, toda la convulsión de su vida interior, se traducía por las lágrimas de sus ojos y el silencio de sus labios...

sentía que no podía decir nada, y, levantaba los ojos hacia su madre, seguro de que ella, no sabría tampoco qué decirle ;

sabía que toda palabra era pequeña ante la desmesurada inquietud de sus corazones ;

y, con un gesto de infinita lasitud, cerraba el libro, falso, como un miraje, y, se abrazaba á su madre, y con una voz sin acentos le decía :

— Mamá, mamá, ¿en qué piensas ?

— En Dios...

y, esa palabra, sonaba también vacía en su corazón, lleno de un deseo inconsciente de llorar ;

y, se miraba en los ojos de su madre, en los cuales, la Vida, brillaba como una visión de Muerte...

y, sobre aquel corazón, desgarrado por la Vida, él, doblaba su cabeza, y, parecíale oír, que ese corazón decía :

— No se sabe nada ; no hay nada, fuera del Dolor y de la Soledad, sobre la Tierra... Nuestra

miseria, es lo único que ven nuestros ojos, y, tocan nuestras manos. Nuestra miseria, que llena el mundo, como un clamor... No hay, sino la mendicidad infinita de nuestras almas, que llene el espacio entre el cielo y la tierra. El fantasma del Hombre, miserable, bajo los grandes cielos abiertos. El Dolor, es la única cosa absoluta que existe sobre los mundos. El Dolor, es la única forma de la Verdad. Dios mismo es nada, en presencia del Dolor. No vemos á Dios, pero tocamos á todas horas nuestro Dolor. Él, está en nosotros, al lado de nosotros, dentro de nosotros. Dios, es, el Dolor. .

y, sus manos y sus frentes se tocaban, mientras en el crepúsculo sin horizontes de sus almas, la Imposible Esperanza, ensayaba emerger, como una constelación ;

La soledad, era triste y grandiosa en torno de ellos ; una soledad de desierto...

nadie llegaba á aquella casa, que parecía condenada, como si una generación entera, pereciese allí, devorada por la lepra ;

los campesinos, contaban cosas miedosas, de aquella casa, donde reinaba el espanto ;

el martirio de Matilde Abril, era engrandecido por la leyenda, con caracteres de un trágico inverosímil;

las sevicias de Víctor Manuel Hermida, hacia su esposa, crecían en la imaginación popular hasta tomar proporciones espeluznantes;

se hablaba de secuestro, de flagelaciones, de grandes alaridos, que rompiendo el silencio de la noche, salían de la Casa Maldita, llenando de espanto el alma de los labriegos atardecidos, que pasaban cercanos á las verduras del jardín, donde entre las lianas salvajes, los coeuyos vagaban, semejantes á grandes ojos erráticos, en el horizonte irreal, lleno de una calma medusaria, poblada por todos los gnomos, cortadores de cabezas, que pueblan los castillos encantados;

el cura del pueblo cercano, que en ejercicio de su espionaje sacerdotal, había ido una vez, á hablar de paz, ante aquellas almas desunidas, había sido tan rudamente licenciado por Víctor Manuel Hermida, que no había vuelto á poner nunca las plantas, en aquella casa del Dolor...

familia paterna no la había; muertos los

genitores, los hermanos habían regresado muy ricos á Sicilia y, apenas de unas primas, se sabía la existencia, en un pequeño pueblo, de esa misma comarca ;

la familia de Matilde Abril, noble, orgullosa en las ruinas de su opulencia, en las cuales se envolvía, como en un jirón de púrpura imperial, no había vuelto á poner los pies allí, después del último violento altercado, entre doña Mercedes Segovia, la madre de Matilde, y el marido de ésta, que había tratado á la noble dama, como si fuese una pescadora de Mesina, ó, la última *popolana* de los campos palermitanos...

la vieja señora, había salido en la noche, sin aceptar reparación alguna, sacudiendo su calzado á la puerta de la casa, como si temiese llevar en él, el polvo de la vulgaridad procaz, con que aquel advenedizo, descendiente de quién sabe qué corsarios levantinos, había insultado sus canas señoriales, nutridas por la sangre de una raza pura, en cuyos cuarteles de nobleza, se cruzaban por igual, las armas de los conquistadores, y, el puño cortado de los grandes justicieros ;

nadie de aquella raza, había vuelto á poner sus pies allí, donde agonizaba en soledad, la más bella flor de su prosapia ;

y, de eso hacía ya muchos años ;

toda relación que no fuese la epistolar, había cesado, entre su familia y aquella, que era, como un rehén del Orgullo, en manos de la Fortuna ;

porque el matrimonio de Matilde Abril, más que un matrimonio de conveniencias, había sido un sacrificio, ó, ¿ por qué no decirlo por su verdadero nombre ? : una venta ;

cuando después de una cruenta guerra civil, don Teodoro Francisco de Abril y Sáenz, integérrimo Magistrado de una alta Corte de Justicia, había salido de la prisión, para morir, su familia, quedó en la miseria ;

don Teodoro Abril, como se llamaba habitualmente al viejo Jurisconsulto, era de la fauna, ya extinta, de viejos patricios, para quienes el Honor, era un culto, y, el Deber una adoración. Biznieto del Marqués de la Pasiega, último de los Capitanes Generales, venidos de España, á su país ; nieto de don Fernando Abril, que para

hacerse Prócer de la Independencia, había renunciado todos sus títulos de nobleza, y, candorosamente crédulo de la Libertad, se había abrazado á ese sangriento fantasma de República, que surgía de bajo las botas ferradas de los libertadores, hasta ir á acabar santamente su vida, en un patíbulo, en una de esas podas de cabezas, que cualquier Tarquino peninsular, ensayaba allende el mar; hijo de un prohombre doctrinario, que había ocupado los más altos puestos en la Magistratura Nacional, don Teodoro había sido un ciudadano acaudalado é íntegro, que dedicando su vida al Foro, había sabido, por lo acrisolado de su honradez, la altura de su talento y la pureza estoica de su vida, crearse un gran renombre de varón justo y preclaro;

conservador por convicciones y por origen; aristócrata por sangre y por temperamento, fué moral y mentalmente, incapaz de comprender, toda la cantidad de canallería populachera que se necesitaba para engrandecerse en ese país, ni toda la bajeza bizantina que era precisa, para elevarse, en esa democracia de mestizos

degenerados, donde la demagogia de todos los partidos, hacía imposible el Partido de la Libertad. democracia estéril y violenta, que incapaz de fundar la República no había sabido sino refugiarse en el Cesarismo, y, sin virtud, para levantarse hasta el Derecho, se había dormido muellemente en el Crimen ;

esta incapacidad de comprender el mal, le fué fatal ;

odiaba instintivamente, esa turba parásita, de indios semiletrados, y, de mulatos ensimismados, que se ocupaban de la cosa pública ;

tenía el odio innato de la política, y, el desprecio de ella ;

tenía el corazón demasiado noble para mezclarse á esa política, y, el alma demasiado alta, para vivir de ella ;

ese desprecio debía matarlo ;

se hizo un cultivador de la Ley escrita, un predicador del Derecho hablado ; el Foro fué su Teatro ; en él venció ;

su Ciencia y su Elocuencia, le sirvieron como dos alas, para elevarse ; ellas, le dieron con el renombre, una enorme fortuna pecuniaria ;

pero aquel varón, era misericordioso, con una alma de Samaritana, y, era cándido, con un corazón de niño ;

las nubes negras, de todos los pájaros de la explotación, se abatieron sobre él, para devorarlo ;

los sacerdotes, esos mendigos millonarios, usufructuarios de la sangre del Cristo, fueron los primeros, en tender su mano, que seca todo lo que toca ;

don Teodoro, era creyente, su fe, era ciega como la de todas las almas ; el sentimiento religioso, es una desviación del sentido común, que engendra la parálisis de la voluntad ; y, don Teodoro, era el raro ejemplo de un hombre que permaneciendo honrado, permanecía sinceramente religioso, sin dar muestras aparentes de ser cretino ;

esta mina de bondad, asaltada fué por la cle-recía ; el Obispo de la Diócesis, que era una zorra mitrada, encabezó la explotación, y, la fortuna de los Abril, transformándose fué lentamente en Seminarios y Cofradías, que servían para engrasar poco á poco el vientre beatífico de

la morralla tonsurada, feliz de su impunidad ;
pronto la fortuna del gran abogado, periclitó ;
sus dos hijos varones, menos sabios que él, ó
de una ambición más baja, entraron en la política :

eran honrados, y, fracasaron en ella ;

uno de ellos, murió en una guerra, peleando
al lado de un caudillo ambicioso y espectacular,
que sin otra virtud que la del valor, era un agio-
tista de combates, que jugaba con las batallas
al alza y baja de su fortuna, y, no buscaba en la
resistencia, sino manera más cara de venderse ;

el otro, escapado á la muerte, cayó en una
prisión, de la cual no se salía en aquellos tiem-
pos, sino para pasar bajo el Arco Triunfal de la
Horca, que era la única forma de ley. en esa
democraeia de bárbaros, que llamaba á gritos el
caballo de Alarico ;

á esa prisión fué llevado don Teodoro Abril,
acusado de oposición al Gobierno, porque no
gritaba, desde el lecho de su ancianidad : *¡ Ave
César !* á cada bárbaro coronado de los que se
sucedían bajo el solio, en ese vértigo de cloaca
desbordada...

no pudiendo pagar un empréstito enorme que le fué impuesto. el noble anciano. fué arrojado en un calabozo, y, cargado de grillos, sin que un movimiento de piedad, detuviera las manos criminales que se crispaban sobre él ;

diez meses, duró aquel suplicio ,

un día, el anciano se sintió morir. y, pidió ¡gracia !...

entonces, fué sacado entre soldados, para que muriera en brazos de los suyos ;

el anciano moribundo, no tenía ya hogar ;

para pagarse el empréstito, el Gobierno había embargado y, vendido, su casa, sus muebles, sus libros...

y, don Teodoro Abril, fué llevado á morir en casa de un amigo de ocasión, que le abrió sus puertas, generoso :

era éste. un viejo italiano, enriquecido en el país, acaudalado y bonachón, que lleno de atenciones, había recogido, en su casa, que era contigua, la familia del Abogado, cuando fué expulsada sin misericordia de la suya, por las bayonetas de los soldados ;

allí conoció Víctor Manuel Hermida á Matilde

Abril, los restos de cuya fortuna, había ya comprado su padre, en diversas ocasiones, cuando la ruina empezó á dejar caer de las manos temblorosas de don Teodoro Abril, los grandes restos de su fortuna ;

la hacienda : « La Floresta », grandes potreros cercanos, y la hermosa casa solariega armoriada de escudos, eran ya de don Juan Hermida, el viejo calabrés, padre de Víctor Manuel, cuando la ruina definitiva de la familia Abril, la hizo refugiarse en su casa ;

Matilde Abril, no amaba á Víctor Manuel Hermida, no lo podía amar, pero, desorientada en esa hora de gran pena para su corazón, hora definitiva para los suyos, ¿qué podía hacer ? El camino del Sacrificio era el solo que se ofrecía ante sus ojos y, entró por él. ¡ Esperaba ser feliz, matando su corazón ! Vano intento. Y, un sueño de ventura para los suyos, la comprometió en aquella vía sin salida... Y, dió á los otros, su corazón á devorar ;

y, el matrimonio, tuvo lugar ;

el viejo patricio, moribundo, alcanzó apenas á bendecir desde su lecho, esa unión, que debía

detestar en el fondo de su alma, pero que aseguraba el porvenir de su hija y, era como un escudo contra la miseria de los suyos ;

doña Mercedes Segovia, su mujer, fué implacable desde el principio, contra esta unión, en la cual, su espíritu, limitado y convencionalista, lleno de absurdos prejuicios de raza, veía una descalificación de su familia, un encanallamiento de su raza hidalga, al mezclarse con la de aquel calabrés advenedizo, cuyos padres habrían venido sin duda, en alguna turba de inmigrantes, con un cajón de baratijas á la espalda ;

además, don Juan Hermida, era, conocida-mente anticlerical, viejo garibaldino y maldiciente que juraba por la Madona y llamaba á Dios, *vecchio turacho* ;

eso espantaba á la vieja dama, beata y exquisita, hecha á besar los anillos episcopales y á devorar con las hostias, las viejas confituras de la oración católica ;

pero, el vientre, es un gran asesino de la fe ; y, el oro, que ha hecho capitular siempre la Iglesia, dió razón de la resistencia estéril de aquella oveja enfurecida del rebaño ortodoxo,

y, con un simulacro de confesión, que el dinero arregló sabiamente, Víctor Manuel Hermida vió coronado su sueño, y, Matilde Abril, fué suya ;

no hubo casi luna de miel, en este matrimonio, destinado á la desgracia, por la más violenta oposición de los caracteres ; todas las causas morales y mentales que pueden separar dos almas, los separaban á ellos ;

Víctor Manuel Hermida, no hizo nada por conquistar el alma de aquella mujer, de la cual, no deseaba, sino el cuerpo ;

la obra nupcial, fué infame de brutalidad ;

violó á su mujer, sin delicadeza alguna, sin velo ninguno de ternura y de pudor, martirizando y fatigando sus carnes vírgenes, con una lascivia feroz, que acusaba á leguas, la lujuria sanguinaria de un pirata del Peloponeso ;

Matilde Abril, no guardó de aquella noche, sino un recuerdo horrible y un horror invencible al lecho conyugal ; su alma y su cuerpo, se rebelaban al recuerdo de aquel ultraje ;

eso, agrió el carácter vehemente é imperativo de Víctor Manuel, cuya violencia no conocía límites ;

y, exacerbado por la resistencia, puede decirse, que cada vez que poseyó su mujer, fué una violación ;

los disentimientos se hicieron casi diarios, á propósito de los más triviales motivos, y, en ellos, toda la canallería nativa del marido, ultrajó hasta donde es posible, la exquisita sensibilidad de la mujer ;

Matilde, verdaderamente educada, no sostuvo nunca polémicas con su marido, encerrándose, en el más frío y ultrajante silencio ;

y, cuando un día, en el colmo de la exacerbación, Víctor Manuel, puso sobre ella por primera vez, la mano, Matilde, pálida bajo el ultraje, encontró toda la dignidad de su raza, para ahogar sus lágrimas, retirándose con un gran gesto de desprecio, que fué definitivo ;

desde aquella hora, y, decretado por la esposa ultrajada, el divorcio material, fué un hecho ;

Matilde cerró la puerta de su dormitorio á su marido, y, lo expulsó inexorablemente, de su lecho ;

escenas diarias, de una crueldad inusitada, se sucedieron á esta rehusa ;

— Tú serás mía, porque eres mi mujer ;

— Mátame, pero no me poseerás nunca ;

y, la esposa, se dejaba ultrajar, antes que ceder ;

en esos días, de lucha, encarnizada, nació el fruto de las primeras noches nupciales : Juliano Hermida ;

este nombre, le fué impuesto por su padre, para desolar el piadoso corazón materno, dando á su hijo el nombre glorioso del Apóstata, del enemigo personal del Cristo, de aquel que fué el más grande de los Emperadores romanos, sin excluir á César, ni á Marco Aurelio, porque César, fué el genio, Marco Aurelio, fué la virtud, y Juliano, fué el genio y la virtud, en grado máximo ;

el nacimiento de este niño, no logró unir los corazones de los padres ; el lazo, estaba ya inexorablemente roto ;

Víctor Manuel Hermida, expulsado del lecho conyugal, se había echado entre otras, en brazos de una joven querida, de la cual tenía también un hijo, y cuyas relaciones había roto para casarse ;

una vez reanudada esta amorosa cadena, ella fué la verdadera mujer de Víctor Manuel, que la trajo á vivir en una casa de campo, muy cerca de « La Floresta », en la cual pasaba la mayor parte de sus días, y, casi todas las noches ;

el nacimiento de su hijo, no hizo gran mella en su corazón, ocupado por otros afectos, y, predispuesto contra el niño, por el desprecio hiriente de la madre ;

orgullosa y pasiva, desdeñosa y fría, Matilde Abril, sorda y ciega á las ofensas de su marido, se había dado, toda entera, al amor y á la ternura de su hijo ;

así, en ese medio de discordia, entre la indiferencia, casi agresiva de su padre, y, el cariño apasionado de su madre, lleno de inagotables cuidados creció y se desarrolló, el alma de aquel niño ;

y, la mañana de su vida era, una como somnolencia lúcida, hecha de ternuras y de clarividencias, moralmente enfermiza, á causa de la atmósfera de sentimientos encontrados, que lo rodeaba, atmósfera impropia á todo vuelo de espiritualidad, estancada y latente en la multi-

formidad monótona de sus fenómenos y de sus impresiones ;

era una alma tierna y mística, de un misticismo panteísta, que bien podría llamarse, un *asisismo*, porque Juliano, amaba á Dios en la Naturaleza y en todas las cosas creadas, con un fervor extasiado y cándido, muy semejante al de aquella pura alma franciscana, hermana de las aguas y de los pájaros ;

la impregnación lenta de la Vida, se hacía en él, por un lado todo espiritual, que embellecía lo inexplicable de los fenómenos, y, cubría el río silencioso de las causalidades primitivas y finales, con una bruma de divinidad sobre la cual, volaba su alma, como un fluido ;

todas las vaguedades y las prismatizaciones de la visión, que hacen el alma de un Soñador, despuntaban en él, como una floración de extrañas modalidades, dolorosas y luminosas ;

porque nada hay, que guarde mayores delectaciones al ánima que la preactitud al ensueño, y, nada más doloroso, sin embargo, que este poder de la ensoñación ;

las quimeras, toman de tal manera formas

presensibles, por esta facultad de reabsorción de lo invisible, que se hacen como plásticas y habituales, aptas para el encantamiento y la añoranza, y, nos deleitan ó lastiman como si fuesen personas vivas, llenas del poder de modelarnos y dominarnos :

y, ellas, disponen de nuestra hora, del momento mudo, en que nuestra sensibilidad, desarraigada del mundo, vaga en la atmósfera brumosa, donde ellas, son omnipotentes :

y, su soberanía latente y patente, entra en nosotros, y, nuestro Yo difuso, les pertenece, como condensado por el invisible poder de sus manos imprecisas é infinitas y nos poseen en el más alto grado de posesión, en esa fusión del Yo con lo Invisible, que forma el alma misma de la Visión y del Ensueño ;

la alucinación del Visionario, es la realidad del Vidente, la más alta forma de realidad espiritual, porque lo Invisible y la Quimera, que son las formas ignoradas y no condensadas, de la Vida, entran en nosotros, cariñosamente y como agradecidas de la visitación de nuestro espíritu, y, nos abren su Imperio de reali-

dades incomprendidas, que visto desde el umbral obscuro de la existencia, llamamos el Imperio de lo Desconocido ;

el alma adolescente de Juliano Hermida, empleaba todo el poder de su intelectualidad, en perseguir ese vagar de nubes, y, quedaba ajeno á los rudimentos propios de su individualidad, sin fijarse, ni fijar los lineamientos de su estructura moral, sin percibir las confusas anotaciones de su ser psíquico, y dominar su idiopatía mental, que es, el alma misma de los hombres ;

y, todo lo ignoraba, en el primitivo candor de su alma virgen ;

no era un niño precoz, de aquellos que se engullen tras de la citología, toda una biblioteca paterna, y, violan las musas á los diez años, con una lascivia intelectual, que es una verdadera endeblez de inteligencia ;

esa precocidad, que es más bien una senilidad anticipada del espíritu, no turbó con sus borrascas tempranas, la adorable armonía y la tranquilidad lagunar de esa alma de niño, que se abría, como una flor silvestre, en el infinito, calmado, de las cosas ;

su corazón, como su cerebro, dormían, el sueño taciturno de una infancia prolongada, bajo el encanto majestático de las soledades y el esplendor radioso de sus visiones interiores ;

porque toda la vida de Juliano, estaba en soñar ;

soñar en un estado de divina inocencia :

soñar ante la belleza impresionante de la Naturaleza y la perfílación espiritual de sus grandes gestos de alma, apenas diseñados en la inercia ;

la visión de la acción, precedía en él á la acción misma ;

y, el instinto de su Destino, se condensaba en esos grandes éxtasis, de cara al sol sobre los cerros áridos, bajo la cúpula de los pinares argentados, ó, en las riberas de los ríos, ante la maravilla de los crepúsculos, cuando en la melancolía malva de los cielos, la luna, blanca como una margarita, enseñoreaba el espacio y sus rayos se partían en la azulidad conmovida de los arroyos, como una lenta lluvia de asfodelos ;

la Naturaleza es sensual ;

la Sensualidad, es, el alma misma de la Naturaleza ;

el mundo todo, no es sino una inmensa cópula de los seres, bajo el ojo vigilante del Sol, que los anima para fecundar ;

la razón sexual, es la única razón de ser de la Vida ;

el hálito incendiado de sexualidad, que se escapa de la Naturaleza, subía hasta Juliano, agitándolo confusamente, pero sin despertarlo aún á las rudas tormentas asoladoras de la pasión ;

los instintos oscuros de su sexo, permanecían encadenados, por su casta ignorancia de la Vida ;

su corazón, no había sido roído por el Deseo, asolador y subyugador : y, las cerezas de sus labios, devoradas no habían sido, por los voraces pájaros del beso :

los estremecimientos sensitivos de la carne, no habían agitado la albura apacible de ese lago, hecho todo de virginidades, que era su alma ;

el insecto terebrante, la Lujuria, no había aún comenzado su oradante labor en el sándalo perfumado de aquella alma de niño ;

el amor sutil y anormal, que diezma la vida de los adolescentes urbanos, no había mancillado, con sus éxtasis especiales, la actitud cuasi hierática de aquella alma, cerrada á las confidencias del sexo ;

ignoraba á Demeter, la gran Turbadora, la Mujer, el Abismo de la Vida, de donde todo sale y á donde todo vuelve ;

no sabía de otra belleza de mujer, que de la belleza sagrada de su madre ;

su instinto de arte, comprendía, toda la armonía de líneas y de colores, que había en ese rostro de Virgen del Sancio, y, su corazón de hijo, no le encontraba superior, ni aun en las viñetas de la Biblia, que en las rodillas maternas había hojeado ;

los rostros de esas mujeres, no eran humanos, á sus ojos, estaban como teñidos de divinidad, y, se confundían vagamente con las estrellas, que por sobre el oquedal lejano asomaban lentamente como invitadas á los fune-

rales del sol, ya amortajado en un sudario de púrpura :

esas largas veladas con su madre, en mutua contemplación de sus espíritus, eran las grandes fiestas de su corazón ;

la simplicidad radiosa del espíritu materno se abría sobre él, como una gran ala misericordiosa á cuya sombra engrandecía desmesuradamente su alma, ante el espejismo de esos ojos, en los cuales se retrataban y vivían como panorámicamente, las cosas tiernas y divinas que radian el Infinito de la Vida ;

todo lo inmenso invisible, la varia multiplicidad de los fenómenos ambientes, el reflejo interior y el espectáculo exterior de la Vida, todo fulgía y vivía, para él, en los ojos de su madre : era allí que estaba Dios ; su Dios, era, Ella ;

en la hora letárgica de la tarde, cuando la noche subía en el cielo, como una inmensidad, y, el contorno vago de los objetos se borraba, en el salón penumbroso, él, sentía, junto á sí, otra grandeza y, otro cielo, porque las manos de su madre, lo acariciaban en las tinieblas, ó se inmovilizaban sobre su cabeza, que yacía en

la falda del traje, como una cosa triste, que pedía Misericordia ;

lo infinito de las cosas y lo infinito de la Vida, llenaban su alma, y, se estrechaba más contra el seno de aquel grande Amor, y, le parecía escuchar hablar la voz quejosa de ese corazón, una voz de dolor infinito, que subía á los cielos, como el clamor de una inmensidad...

y, cerraba los ojos, como temiendo el engaño de las cosas exteriores, cual si le bastase la gran mirada fija, que sentía posada sobre él, con la dulzura embelleciente de un beso ;

y, amaba el silencio y la sombra de esas horas, á causa del esplendor que había en aquellos ojos maternos, que velaban sobre él, como un cielo vivo, que fuese una enorme entraña ;

la realidad humana y sentimental de su vida, se revelaba, en esas horas, á su corazón ;

él, amaba á su madre, porque era buena, pero la amaba aún más porque era mártir ;

era más que á causa de su amor, á causa de su dolor, que la adoraba ;

le parecía tanto más preciosa, cuanto era más débil ;

sentía, que había nacido para ampararla ;

y, el instinto del combate por el dolor, subía á su corazón, como una marea ;

en su padre y contra su padre, aprendió á odiar la fuerza bruta ;

y, fué el dolor indefenso de su madre, el que hizo brotar en su corazón, el amor por los oprimidos, la sed de Justicia, la gran pasión de la Piedad, que había de martirizar su vida ;

el gran dolor de su corazón, era la ternura : amaba, todas las cosas débiles y desamparadas, que lo rodeaban, las cosas inermes, aquellas que no tienen el alma exteriorizable, y, viven una vida muda, como las plantas y las flores ;

los árboles eran sus amigos, por nada del mundo habría tronchado una, siquiera, de sus ramas : aun aquellos envejecidos é inútiles, los abuelos caducos de la selva, le eran sagrados ;

los pájaros, eran también como hermanos de su corazón ; el misterio de los nidos lo atraía ; el alma de la selva, cantaba en esos trovadores alados, puestos entre el cielo y la tierra, como una nota de armonía divina sobre las fuerzas humanas ;

no lanzó nunca el guijarro de una honda, contra esos sonoros huéspedes del aire, cuyas canciones embellecían sus soledades, en el encanto de sus horas turbadas, cuando rodeado de silencios, aspiraba el fuerte perfume espiritual, de las flores de lo maravilloso, abiertas en el jardín de sus sueños, bajo el ojo taciturno del Enigma ;

y, cuando algún niño pastor, le regalaba un pájaro prisionero, lo libertaba en el acto, feliz de seguir el vuelo de aquella libélula alada, sinfonizando los aires, con la música suave de sus alas ;

tal vez aquel pájaro era el alma de alguna Princesa encantada, de alguna de esas leyendas de un exquisito candor, que su madre le refería, leyendas, que llenaban su alma de un sobrenatural éxtasis, porque el polen del Ensueño caía en su alma, como el polvo de oro de una mariposa del cielo ;

su alma, estaba abierta á lo maravilloso y pronta á ser conquistada por los esplendores del Milagro ;

y, el nimbo de un Dios, indescifrado y ele-

mente, se extendía, como un nimbo de piedad sobre las cosas inertes :

solitario, sentía engrandecer en él, los instintos latentes de su raza ;

por su madre, la vieja sangre mora de los conquistadores, ennoblecida y apaciguada en la holganza, conservada pura de cruzamientos, lo predisponía á las empresas caballerescas y galantes, á los quijotismos sentimentales y libertadores, tan llenos de estéril gloria ;

la raza calabresa y forajida de sus antecesores paternos, ponía un pigmento levantino en su sangre, sed de aventuras, corajes de pirata, esplendores de visión guerrera, como el alma de aquella Gran Grecia, que sumó en sí la belleza tormentosa de los siglos ;

el gesto hacia las cosas bellas y heroicas, se dibujaba ya, confusamente, en su alma, en esa hora inicial de su Vida, en que la melancolía inquieta de la voluptuosidad, empezaba á aparecer en todo su ser, llena de gérmenes creadores ;

fué en esa hora indecisa y resplandeciente, llena de perplejidades y de posibilidades, en

que el corazón se abre ante el mundo, como las alas de un pájaro ávido de luz, que sintió por primera vez, el contacto con otra alma, y, vió á un ser extraño entrar en su vida ;

y, fué éste, su primo, León Vives, pariente por la línea paterna, al cual, circunstancias accidentales, traían á « La Floresta » ;

León, tenía veinte años, estudiaba en el Seminario de San Nicolás, en la Capital cercana, y, venía á pasar las vacantes allí, porque su salud se resentía de un largo internado y del *surmenage*, inevitable de los estudios ;

y, fué, al caer de una tarde apacible y fría, tarde de Diciembre, en medio del poema místico que la Naturaleza cantaba en torno de ellos, que salió con su padre al encuentro de León Vives ;

y, éste vino á ellos, obsequioso, presuroso, cautivador, lleno de amabilidades raras, y, de una continencia de maneras, discreta y atractiva ;

era alto, enjuto, rubio, la color blanca, de esa blancura claustral, de los novicios, largo tiempo privados de sol ; sus ojos eran verdes,

de un verde claro, acuático, llenos de luces y de penetración ; sobre la frente combada y fugitiva hacia la cima, frente admirable, los cabellos cuasi rojos y ensortijados, como la melena naciente de un leoncillo, se arremolinaban en un nimbo ocre ;

por el color de sus ojos extraños, llenos de luces falaces ; por el oro bronceado y el ensortijado de sus cabellos ; por el rojo azafranado de la barba, que apenas despuntaba, se habría dicho, un busto de Nerón, adolescente, ya fatigado de orgías ;

tenía las maneras dulces, melifluas, untuosas, esas maneras equívocas y zurdas, que caracterizan á los hombres de Iglesia, y, á los educandos religiosos ;

la mirada furtiva, las coloraciones súbitas é irreflexivas del rostro, los cercos azulosos de los ojos, denunciaban la impura promiscuidad de los dormitorios escolares y, la garra del Monstruo Solitario, que desgarró el lis de las adolescencias ;

el sello clerical, se había grabado en él, como en una cera virgen, en sus palabras, en sus mo-

dales, en su aspecto, en la ambigüedad borrosa que caracterizaba sus gestos todos, silenciosos é inacentuados ;

Juliano y, él, se abrazaron sin efusiones, y, regresaron á la casa, donde su madre los esperaba en la penumbra del corredor y la de la Noche, que venía, llena de estremecimientos azules ;

desde aquella hora, una intimidad, al principio forzada, se estableció entre ellos ;

obligados á tratarse en todos momentos, sus almas, se aproximaron, lentamente ;

desemejantes en un todo, no se fundieron, pero se atraieron, por la ley de los contrastes ; y, el candor de la edad, persistente aún en aquel que ya había abierto las ventanas de su alma sobre el mundo, los hizo fraternizar ;

toda palabra, es una revelación ; es por ella que entramos en contacto con ese Infinito, que se llama, el Alma ; y, revelamos la nuestra ;

en la intimidad de las almas, los gestos espirituales, son acaso más visibles que los gestos materiales, tal vez á causa de su inmensa silenciosidad ;

en la adolescencia, cuando no se ha aprendido á ocultar en la palabra su corazón, y, se ignora la gran defensa de mentir, hablar es como desvestir su alma, y, mostrarla desnuda á los ojos de los otros ;

la Sinceridad es uno de los candores de la adolescencia ; ella tiene necesidad de confiarse, de entregarse, de revelar á los otros su corazón ;

ser comprendida, es para ella, como ser protegida ; la fraternidad, es un sol, del cual tiene necesidad para vivir ; la belleza primordial y fraternal del alma, se muestra toda, en esa hora de la Vida, en que entregamos nuestros secretos al alma de los otros, porque no tememos á la Traición, que ignoramos ;

ese esplendor moral de la palabra, que se llama la Sinceridad, no se tiene sino en la adolescencia ; esa especie de milagro que se llama la Verdad, no se dice sino en esa hora ; después, se desvanece, lentamente, como un miraje ; y, el alma humana tiene necesidad de mentir para vivir ;

Juliano y León, fueron amigos ;

Juliano, no tenía confidencias de corazón que hacer; no contaba sino sus sueños; tenía la presciencia de la Vida, no la experiencia de ella;

León, había vivido ya; pero era reacio á entregar su pasado, que guardaba en el fondo de su corazón, como el secreto de un lago;

no se entregaba nunca; su juventud extraña, parecía haber hecho un escudo, de esa palabra de victoria, que se llama: la Voluntad;

y, ella, velaba sobre sus labios herméticos, llenos de cosas amables;

su sonrisa, era como la ascensión vertiginosa del deseo de agradar, que subía lentamente, lentamente, hasta el pliegue sinuoso de sus labios imperiales, donde se ofrecía como una flor; una flor pálida y suave, llena de un perfume místico;

su palabra, era miel de elogio, para todo aquello que venía de los otros, una como caricia espiritual, una tenue nube de incienso que subía hacia aquellos que lo escuchaban y, los envolvía, en un calor de templo;

porque todo en él, era eclesiástico;

sus gestos sin ímpetu, lentos y suaves, parecía que oficiasen perpetuamente al pie de un Tabernáculo ;

su voz de tonos velados, hecha como para suplicar ó para amonestar, tenía un timbre, velado, confidencial, no subía nunca al diapason agudo, con que la emotividad de la pasión, hace vibrar la voz humana ;

su palabra, parecía detenerse en los labios, para orientarse, se diría que con aquéllos la aprisionaba, temeroso de que pudiera comprometerlo ;

no contradecía jamás ;

se modelaba como una cera virgen al querer de los que lo interrogaban ;

y, si la burla ó el sarcasmo venían de lo alto, sobre él, sonreía ;

la tiniebla de sus pestañas, se cerraba sobre la falsa serenidad de sus ojos ; sus labios, coléricos, se apretaban, dibujando una sonrisa de paz ; cruzaba las manos sobre el pecho, como para contener los latidos de su corazón ; inclinaba la cabeza, y, parecía orar ;

entonces, se sentía piedad de haberlo herido ;

y, su figura de asceta adolescente, era atractiva, como un abismo ;

las mujeres, y, las almas religiosas, debían hallar bella y conmovedora, esa adolescencia mística, pronta á decir las palabras consoladoras de la Fe, y, á diseñar con el gesto de sus largas manos pálidas, las líneas ultravisibles de las lejanas costas del Misterio...

la fuerza de su inteligencia dominadora, no se ejercía por el imperio, sino por la lenta y silenciosa captación del ánimo ;

era, como una infiltración ;

no se le sentía llegar y se despertaba ahogado por ella ;

esa alma, no volaba, se arrastraba, como temerosa de despertar á los otros con el ruido de sus alas ;

pero, esas alas silenciosas, adormecían, tal así cual las de un vampiro, agitándose sobre el corazón de un ser inerte ;

aquella flexibilidad de carácter, aquella plasticidad de ideas, aquella obsequiosidad de maneras, lo hacían más que agradable, casi indispensable á los seres que lo rodeaban ;

así se captó pronto el afecto un poco esquivo, de los Hermida, especialmente el de la madre y el niño, á quienes la soledad, hacía más desconfiados y más tímidos ;

en los primeros días, don Víctor Manuel, rudamente volteriano, y, furiosamente anticlerical, no le demostró gran afección, á causa de su aspecto sacerdotal y de la seguridad de que iba á ser Cura, especie de animales que él tenía en horror ;

y, así, lo asesinaba en la mesa, á chanzonetas brutales, y, á chistes de mala ley, ó, le dirigía preguntas obscenas, por el placer de verlo enrojecer ;

cuando los ataques eran muy rudos, León, sonreía primero, inclinaba luego la cabeza, y casi se le veía llorar ;

doña Matilde, tomaba entonces su defensa, ya porque á su educación exquisita repugnaban aquellas inconveniencias con un hombre que era su huésped, ya, porque su religiosidad incurable, no amaba ver atacar así su religión, en aquel que ella veía ya como la forma vaga de un levita ;

la pasividad de León, desarmó á don Víctor, que llegó á quererlo, y, se lo demostraba, á pesar de su rudeza habitual;

doña Matilde, tuvo como instintos maternales hacia él; lo sabía huérfano y solo, y eso conmovía sus entrañas misericordiosas:

Juliano, se sintió ganado lentamente, por esta amistad que llegaba á él en un gran gesto de fraternidad;

al principio, quiso defenderse de ella, esquivarse, no entregar su corazón á aquel enigma vivo, que se aproximaba á él, como una sombra;

pero, no podía resistir á la insinuante manse- dumbre de ese otro corazón, que venía al suyo, como pidiéndole misericordia;

ávido de vivir y de ver, él, miraba el alma de ese ser que se le había aparecido en la vida; y, no veía nada en ella; nada sino la sombra de un dolor; eso la hacía sagrada;

la infancia es moralmente ciega; á fuerza de ignorarse lo ignora todo; no ve el fantasma de la Vida, sino á través de la nube resplandeciente de su propio corazón;

y, en esa alma, que Juliano, creía desamparada y sola le pareció ver, como una gran flor, que pidiese el patrocinio del sol ;

su desconfianza, se disipó lentamente ;

dejó que el espíritu del extraño entrase en él ;

y, le entregó su corazón ;

y, los dos adolescentes se amaron ;

y, se unieron, á causa, sin duda, de la gran soledad moral que los rodeaba ; eran como dos orfandades, que se mirasen, la una á la otra ;

y, el alma de Juliano, solitario hasta allí, sentía una extraña dulzura, de esa presencia amiga, cuyo afecto lo envolvía como una atmósfera ;

y, juntos, en el umbral de la existencia los dos adolescentes, sintieron engrandecer en ellos la Esperanza : como un Sol ;

y, miraban las tinieblas concretas de la Vida, y, quedaban absortos ; cual si se hubiesen arrodillado ante el ídolo de su propio corazón ;

el nivel mental, de León Vives, no era más alto que el de Juliano Hermida ; pero la capacidad intelectual de aquél, más desarrollada por

la edad, y las gimnásticas del estudio, era naturalmente superior, por su elasticidad, y, su cultura, á la de este niño, sentimental é ignorante, tan ignorante, como los pastores zagaleros, que habían sido hasta entonces sus únicos amigos ;

León, tenía ya, una educación superior y relativamente exótica para el medio intelectual, en que había sido educado ;

además del conocimiento perfecto de las materias que cursaba para su carrera eclesiástica, había aprendido el francés, y, se había entregado, clandestinamente, á la lectura de libros filosóficos é históricos reflexivos y sugestionadores. que habían caído ocultamente en sus manos y, manoseaba, con provecho y con deleite las novelas más audaces, que circulaban por entonces, en aquel país remoto, fronterizo á la barbarie ;

la conciencia estética de Juliano, apta ya para las revelaciones del espíritu, para amar y comprender el alma de la Belleza que vive en la obra del Hombre, despertó en sobresalto á las primeras páginas de versos nuevos, ó de altas

prosas sonoras que le fueron leídas por su amigo ;

los hemistiquios de esos versos, tuvieron á sus oídos sonoridades de flauta y fingieron á sus ojos cielos de crepúsculos, le hicieron sentir el effluvio de primaveras anteriores, donde sus sueños inadivinados, habían temblado como flores faltas de fuerza para abrirse, y, bajo el peso de una emoción inexplicada, había gemido su corazón, triste de haber llorado, triste de haber sonreído, sintiendo crecer bajo la estrella de oro de sus sueños esa exquisita flor de la tierra, que se llama, el Deseo del Pecado ;

palabras sobrenaturales, que ninguna voz ha cantado, sonaron en el silencio de su corazón, cuando los heroicos endecasílabos de Hugo, como un somatén ferrado y tumultuoso sonaron en sus oídos : enormes águilas negras, desplegando alas de bronce ;

el orbe de su silencio, se sintió poblado de espíritus confidentes, que le dijeron los secretos divinos de la Inspiración, y, su oculta presencia, le mostraba, las vides florecidas del verso, en cuyas corolas de incensario. pone el Genio, toda su gloria nebulosa ;

en esa especie de aorasia, en que su alma había vivido, las hesicasteas armonías de ciertos versos, las melopeas connubiales de música y misterio, infinitamente densas y ligeras como una bruma auroral, que había en las estrofas de ciertos poetas, transubstanciaron su alma, como por un magisterio de luz, y como acompañado de un solo de violones, sintió cantar su propio corazón ;

desde entonces, la magia de las palabras, lo poseyó ; lo atrajo, como á un orfebre el esplendor de las piedras múltiples y luminosas :

un solo vocablo raro ó exquisito, tenía el poder de fascinarlo, de sumirlo en soñaciones ;

se iba tras el cabrilleo extraño de esas sílabas fulgentes, que escribían para él, poemas de luz, en el silencio encantatorio ;

quimerizaba con las palabras ;

le bastaba una estrofa, para levantar sobre ella, todo el andamiaje de un Poema mental ;

había de la beatitud, en ese éxtasis de la palabra, que lo hipnotizaba ;

su poder de ideación, era tal, que después de haber leído ó escuchado algún divino poema, de

esos cuya intensidad luminosa le ganaba el alma, llenándola de músicas interiores, ya no oía, más, hipnotizado por la magia de los sonidos, y, el esplendor de los paisajes ideológicos, cerraba los ojos al mundo exterior y, en una verdadera hiperestesia de sensibilidad, se hundía en un ensueño lúcido, lleno de cualidades extravitales, en el cual vivía momentos de una vida extraña, durante los cuales su espíritu desorbitado, poetizaba, novelizaba, quimerizaba en equilibrios prodigiosos, que tenían del vértigo y la demencia ;

y, este raro estado psíquico, terminaba casi siempre, por una verdadera crisis de lágrimas ;
eso, lo aliviaba ;

llorar, era un consuelo á su corazón, demasiado lleno de cosas misteriosas é imposibles ;

fuerzas ciegas é inconmensurables, despertadas por la lectura, trabajaban su ser moral, como un huracán de formas y de símbolos clamorosos de una pronta realización ;

— Escribe, le decía León Vives, que con su agudez águilina de mirada, había adivinado la Inspiración, despertada en el alma de su amigo,

y, se explicaba claramente, el estado de alma, creado por las lecturas, en aquel adolescente, soñador, aguijoneado por el hervor de todas las virginidades.

— Tú eres un Poeta. Escribe. Traduce tus impresiones. Revela tu alma. Escribir es un gran derivativo. En las crisis definitivas del alma, eso salva.

— Escribir ¿para qué? decía Juliano. Lo que yo siento que me mata es la inercia. La acción, la acción, he ahí lo que me es necesario. Combatir. ¿Contra qué? ¿contra quién?...

— ¿Combatir? El combate, cuando no es para la adquisición de su propia ventura, es inepto y pueril. Así no combaten sino los necios, empenachados de héroes;

¿por qué combatirías tú?

— ¿Yo? ¿por la Verdad, por la Libertad, por el Derecho?

— ¿la Verdad? ¿sabes tú cuál es la Verdad?; la Verdad está en nosotros, y, somos nosotros; fuera de nosotros, no hay Verdad tangible; toda la fuente del conocimiento está en nosotros; fuera de nosotros todo es Ilusión; el mundo

moral, es un miraje ; no hay más Verdad que el Yo ; su propio corazón, es la Verdad ; trabaja por tu Verdad ; es decir, trabaja por Ti Mismo ; la Verdad de los otros, no es la Verdad tuya ; ¿ qué te importa ? ; tú eres solo en el mundo á luchar por tu Verdad, es decir, por tu Ventura, porque no hay Verdad en el mundo, fuera de nuestra Ventura ; Verdad que está fuera de Mí, ó viene contra Mí, no es Verdad ; todo lo que viene contra Mí, es, el Error ; yo, soy la Verdad, porque yo, soy mi Verdad ; la Verdad de los otros, no atañe á mi corazón ; yo, no la veo ; dar la Verdad á los otros, es dar nuestra propia Verdad, es decir ofrecernos en holocausto, á la desnudez ingrata de los otros ; darles nuestra alma ; porque darles nuestra Verdad, es darles nuestro corazón ; ¿ con cuál derecho ? la disminución del Yo, por la disgregación de la Verdad que entregamos, es un suicidio ; dar nuestra opulencia mental, á la mendicidad ingrata de otros corazones, eso, es un crimen ; que cada cual, viva de su Verdad, y defienda su Verdad ; eso, es la Vida ; ¿ lo otro ? lo otro es la Muerte ; por la defensa de su Verdad, se va á la Gloria ;

por la defensa de la ajena Verdad, se va al Calvario ; no siembres tu derrota ; ser vencido por Sí Mismo, es la derrota del Imbécil : la Imbecilidad, se llama : Redención ; la Cruz, es su bandera ;

Juliano Hermida, quedó estupefacto, oyendo ese lenguaje .

— ¡Cómo ! ¿ Tú dices eso ? ¿ Tú que vas á ser sacerdote ? Tú no tienes vocación...

— ¿ Vocación ? la vocación no es sino una hora de historia. La vocación sacerdotal, es rara, puede decirse que no existe. No se puede ser sacerdote, sino en dos casos : siendo un pillo, ó un imbécil ; son los últimos los que tienen vocación ; no se renuncia á la Vida, sino siendo absolutamente indigno de ella ; en cuanto á mí, yo, seré sacerdote por necesidad ; yo, no tengo familia : no tengo fortuna, es la miseria, la que me arroja al pie de los altares ;... es necesario vivir ; vivir es el primer deber ; triunfar es el segundo ; yo, necesito vivir, para triunfar ; para vivir necesito ser sacerdote, lo seré... ¿ después ?... todos los caminos conducen al Triunfo, menos el de la Muerte ; todos ;...

Y, León calló, como si una marea de ambiciones, subiendo á su corazón, ahogase su propio acento con el vocerío de sus clamores ;

y, pareció abismarse en la dulzura extraña y las claridades fugitivas de la tarde, cual si olvidase la tierra y llevado fuese por olas formidables, en la voluptuosidad imperiosa del Ensueño, hacia costas espectantes de un país de tumultos, de victorias y de oro, en el cual se preparase á entrar con la gloria atrevida de un Conquistador ;

su alma, vibrante, como una cuerda, pareció alzarse hasta los cielos : enormemente ;

el orgullo de su corazón, brilló en su frente : como un sol ;

el sueño del laurel, hace divina el alma ;. . .

.

Los paseos, la caza, la pesca, no fueron desde entonces, sino pretextos á la lectura, á la meditación, á las expansiones de ánimo, en las cuales, como en un baño de armonías, sus almas, desnudas de artificios, se dejaban ver en su nativa desnudez, sin cubrir sus flaquezas,

sin enmascarar la efígie de sus pasiones, sin ocultar su Ambición, que es el lado más bello y más noble, que tiene el hombre ;

la emoción musical de los campos, subía hasta ellos, en una delicuescencia de estrofas, murmuradas por los labios de la Soledad, en la calma, como perpleja y sorprendida de la Naturaleza, orgullosa de la armonía profunda de sus creaciones ;

el alma estética de los paisajes, hablaba á sus corazones, y, sus dos adolescencias, se contemplaban, la una á la otra, como extasiadas de verse vivir, así, como fragmentos de un gran todo, mirándose á distancia en el océano infinito de las almas ;

la amistad, no tiene el poder de cambiar los sueños de la Ambición : ella los exacerba ;

nada es bastante á borrar la sombra que existe entre dos corazones, y, los separa, aun viéndose, como una nube transparente, llena de una invisible presencia ;

las almas, no se entregan nunca totalmente, cualquiera que sea el gesto de fraternidad que hagan para acercarse ;

la desconfianza, es un instinto de origen divino, como todos los instintos. y, ella nos hace presentir, todo el peligro que hay en la aproximación de otra alma hacia nosotros ;

el mal de nuestra vida, no está en nosotros ; está en aquellos que se nos aproximan ;

es el contacto con los otros, lo que nos hace desgraciados ;

el hombre, siembra el mal, hacia el hombre, como un contagio ;

la presencia verdadera del alma, no se siente sino en el prestigio de la Soledad ;

y, es, sólo en la soledad, que está la salvación del hombre ;

toda presencia extraña, mancilla nuestro pensamiento ;

toda la pureza y toda la grandeza de la Vida, están en nuestro corazón ;

el contacto con los otros, no puede sino mancharnos y disminuirnos ;

el hombre, envilece al hombre ;

la mirada de los otros, en nuestro corazón, hipnotiza nuestros sueños, y, paraliza sus alas de ópalo prontas á tender el vuelo en nuestro Yo

mental llenándolo de extra-humanas fulguraciones ;

el ojo extraño mancha el divino candor de nuestras intimidades ;

hay que salvar nuestra alma del contacto de los otros ;

ser hieráticos y herméticos, ante el ojo de los otros ;

la revelación de nuestros gestos interiores, es una cobardía, una traición á nosotros mismos ;

sólo la Soledad, guarda intacto, nuestro Yo psicológico : nuestra Alma ;

es ella, quien modela nuestros pensamientos altos y sonoros, con sus manos ideizantes y fecundas, manos de transubstanciación, reveladoras de la verdad desnuda, única luz que puede ser revelada al Hombre ; y, no lo es sino por la mano de la Soledad ;

las almas no se juntan sino para contemplar la infinita pobreza que hay en ellas ;

el espectáculo de su propia miseria no sirve á consolarlas ; el vértigo del tiempo las ahoga ;

dos conciencias, son dos náufragos, que se buscan y se gritan en la noche ;

porque la Vida, es eso : un naufragio en la Nada ;

el minuto de Eternidad que pasamos por ella, no sirve sino para sufrirla y para odiarla ; nunca para comprenderla ;

el Egoísmo Divino, nos rodea por todas partes ; con un muro de Silencio ;

la verdad, no existe, ó se escapa á nuestros ojos y la fosforescencia mentirosa de los hechos, es lo único que ilumina nuestra Vida, como un Sol ;

Dios, es un fuego fatuo, que huye del hombre que lo busca ;

aislado en la soberbia de su supuesta omnipotencia, no quiere revelarse ;

y, cuando el hombre huye de él, su presencia omnipresente, lo obsede por todas partes, con el candor impresionante del Misterio ;

su rebeldía para dejarse comprender, ¿viene acaso de su impotencia para hacerse amar ?

huérfano de esa Quimera Divina, nuestro pobre corazón, se refugia en el Orgullo ; ¿quién lo consolará?...

el Orgullo, es el único sol, capaz de iluminar

el círculo de fatalidades irreveladas, que nos rodean ;

somos los prisioneros de una Cólera Oculta, ciega á nuestro Dolor, sorda á nuestros clamores, y, que nos estrecha y nos ahoga, en la periferia de sus alas sin Misericordia ; ¿quién nos libertará?...

en vano, sedientos de consuelo, nos aproximamos los unos á los otros, como condenados á muerte, en la inclemencia de una misma celda ;

no podemos nada contra el Destino ;

somos su presa y su juguete ;

él, nos abate ; él, nos estrella ; él, nos rompe á su antojo, con una indiferencia ciega, que es el distintivo de su crueldad ;

en esta miseria infinita, el consuelo, no puede venirnos, sino de nuestro propio corazón ; del Orgullo, que nazca en él ; un Orgullo bastante á despreciar la Vida ;

el desprecio de la Vida, es la única venganza de los hombres contra los dioses ;

el Suicidio, es la bendita flor de ese Desprecio ;

el Suicidio, es un bofetón que el hombre da en el rostro de Dios ;

bofetón de esclavo ; sea ;

pero de esclavo que castiga al Amo, con el
propio eslabón de su cadena ;

.

.

La adolescencia, no sabe de eso :

esa crueldad, que se llama, la Vida, guarda
á los ojos asombrados de los adolescentes, todo
su secreto de Eternidad ;

se revela á ellos, aureolada de prestigios ;

su instinto de Maga Feroz, no muestra á esas
almas cándidas, que ven despuntar su alba, sino
una transparencia de Infinito, florecida de to-
das las rosas blancas de lo maravilloso ;

¡ oh, cómo la Vida, es mala ! ¡ cómo la Vida,
es cruel ! ;

la Vida, es, una Perfidia ;

el Engaño, florece en los labios de la Vida,
como una margarita de Desolación ;

es, sólo por el Engaño, que la Vida triunfa ;
es sólo por él, que logra de nosotros, la cobarde
obediencia de vivirla ;

oh, si al principio de ella, la Vida, se reve-
lara á nosotros, tal como es, ¿ quién la viviría ?

pero, la Vida, es, eso : una emboscada ;
y, la Esperanza, es, su cómplice ;
y, es, guiados por las manos de la Esperanza,
que entramos en esa selva de traiciones que es :
la Vida ;

la Adolescencia, es, una ceguedad ;
el adolescente, marcha en la Vida, deslum-
brado por el brillo de su propio corazón ;

ese brillo, es el intenso poder de la Vida,
que no es otra cosa, que el intenso poder de la
Voluptuosidad ;

es, la Voluptuosidad, que corre en su sangre,
como una savia de Maldición, que lo hace vivir ;

es, por su sexo, y, para su sexo, que los
hombres viven ;

y, es, el minuto de la Sensualidad, el único
que vale la pena de vivirse, el solo, que vale la
grandeza de adorarse ;

el minuto del Amor, es, lo único que recon-
cilia al Hombre, con esa fuerza cruel y pode-
rosa que se llama : Dios ;

es, la comunión de los cuerpos y, no la comu-
nión de las almas, el único minuto de Divini-
dad, que hay en el Hombre ;

y, ese minuto del Amor, es bastante á embellecer la Eternidad :

aquellos dos adolescentes, que tenían el espíritu extraño y adivinatorio, sentían, en su soledad, las olas silenciosas de la angustia, subir á sus corazones, y, las grandes inquietudes de la voluptuosidad arder su sangre, cual si los envolviesen las bocanadas de un cráter cercano :

León, conocía ya el amor ;

los gestos definitivos y aun los extemporáneos, del placer, no le eran extraños ;

los rigores claustrales del Seminario, agravados por las promiscuidades peligrosas, y, los ardores incontenibles de su temperamento, habían desarrollado sus instintos genésicos ;

y, se notaba en él, la angustia mancilladora, de aquel, que ha dado ya, en el beso, su propia Vida, y que, privado del beso, estrangula, en su Soledad, el germen de su propio ser ;

sin preocupaciones sobre esa caída irremediable, sobre ese crimen estéril y odioso, que se llama la castidad, él, no entendía renunciar

á su sexo, y, tendido su deseo á las cosas estables del Amor, sólo alcanzaba á abrazar, el fantasma de la Nada ;

y, de eso se nutría ;

Juliano, ignoraba todo lo que no fuese la tristeza humana ;

la Obra Maestra del Amor, aquella que hace amar la Vida y la disculpa, no había sido aún cumplida en él ;

las palabras iniciales de León, sobre el misterio de los sexos, le fueron al principio incomprendidas, parecióronle cabalísticas, iniciadoras de un culto hermético, tras del cual se ocultaba algo decisivo y fatal ;

previó que el alma de la Vida, se ocultaba allí ;

y, tuvo miedo y deseo, de mirar en esa sombra, donde las tinieblas mismas, parecían atractivas y suplicantes ;

sin embargo, fué necesaria una suave y larga iniciativa de la palabra, para que abriera sus ojos sobre el jardín terrible ;

León, hizo esa iniciación ;

tenía una alma apta para ello, alma de sacer-

dote, alma sinuosa y vertebrada, hecha para iniciar y mancillar, deseosa y feliz, del salvaje placer de corromper ;

frente á esa alma impoluta, vestida aún de todas las galas de la Virginidad, él, desnudó la suya, ya lacerada por todas las úlceras del Vicio ;

y, el contagio, se hizo : lento, pero seguro ;

León, había traído en su equipaje, furtivamente guardadas del ojo de sus maestros, las más desvergonzadas novelas de Paul de Kock. llenas de vicio ascoso y repugnante ;

ilustraciones dignas del texto, acompañaban aquella literatura de prostíbulo, llamada á eclipsar por su crudez viciosa, la literatura bíblica, si no le fuese superior en su ruidosa alegría ;

las desnudeces pornográficas de aquellos libros, y, sus aventuras sudorosas de bestialidad, fueron bastantes, para abrir los ojos de Juliano, sobre el comercio carnal de los sexos, y, sus más dulces intimidades ;

toda la voluptuosidad, que dormía en él, se despertó, y, subió á su corazón en grandes olea-

das, como el fango removido, del fondo de un pantano ;...

y, buscaban para devorar esa lascivia escrita, los lugares solitarios, donde palpitará más honda el alma del Silencio, y, allí, rojos, jadeantes, inclinados sobre el libro iniciador, sentían sus almas y sus cuerpos, invadidos por la misma fiebre de deseos, sacudidos por el mismo espasmo de voluptuosidad, presos del mismo sueño, que los torturaba, como un martirio ;

los mismos pensamientos los agitaban, las mismas llamas los ardían, las mismas visiones los obsesionaban, y quedaban mudos, absortos, meditativos, azotados por el ala de la Voluptuosidad, que temblaba en la sombra ;...

el punzante estremecimiento de su angustia, los separaba, lejos de unirlos, en un Silencio que parecía una hostilidad ;

y, regresaban así á la casa, tristes, mudos, con un gesto de enorme lasitud, dibujando sus sombras en la melancolía del crepúsculo, como dos alas de un mismo pájaro que se perfilaran sobre el jardín en duelo ;

¡ tristes, como la Voluptuosidad !

y, la Voluptuosidad, es triste como la Muerte, de la cual es hermana ;

¡ flores gemelas ; flores hechas de lágrimas y de cenizas !

.

Un encanto, ambiguo y penetrante, un encanto imperioso y morboso, del cual no podía defenderse, se apoderaba de Juliano, ante las confidencias de León, que siguieron luego á las lecturas ya agotadas ;

no esquivaba como al principio, esas confidencias, al contrario, las buscaba, las provocaba, con preguntas cándidas, llenas de sinceridad : quería saber :

y, León, gozaba, con la lenta desfloración de esa alma, que se dejaba violar así, con una indetinible gracia melancólica, llena de inflexibles deseos ;

y, gozaba en torturarla, recorriendo toda la melopea voluptuosa de los detalles, de las pinturas, en las cuales excedía, engrandeciendo los paisajes de la Voluptuosidad, gozándose en

prender el fuego de todos los anhelos, en aquel cuerpo víctima ya de la videncia brutal de la Lujuria, evocada por el Deseo, del fondo de su corazón ;

el Deseo es peor que la Pasión, porque el Deseo, arde sin consumir y, devora sin matar ;

y, Juliano sufría, por el enorme sufrimiento, inexpresado, de aquel que desea y tiene miedo á su deseo mismo ;

y, gozaba y sufría de su Dolor, porque la Ventura es eso : la exacerbación de nuestro propio Deseo ;

y, la Vida es eso : un Deseo infinito, insatisfecho ;

la Realidad, no es sino la forma brutal de la Ilusión : ella mata nuestro Deseo ; es decir mata nuestra Ventura :

la Realidad, es la gran sembradora de cenizas, cenizas hechas con las alas de nuestros sueños :

la Vida, no vale sino por la cantidad de Ilusión, que hay en ella ; la Realidad, que mata esa Ilusión, nos mata á nosotros mismos ;

es la vida del Deseo, la que nos hace vivir ;

ir tras de lo que no se tiene : esa es la Vida ;

y, era esa inquietud dolorosa y triste, como el primer beso de amor, de alguien que va á partir, la que torturaba el cuerpo y el espíritu de aquel adolescente, asomado ya á las puertas de la Vida, deseoso y tembloroso, de entrar en ella ;

pero la lujuria, gritaba ya en sus carnes martirizadas, y, la savia de la Vida subía en ellas ;

las turbaciones genésicas, las turbaciones de la pubertad, lo hicieron casi enfermo ;

las violencias de su sexo, ya despierto, lo sumían en paroxismos dolorosos, en verdaderas crisis de delirio ;

y, sufría, horriblemente, sufría de su ignorancia ;

una noche despertó dando grandes alaridos, gritando que iba á morir ;

era que su sexo había hecho irrupción ; y, el milagro de la Naturaleza, se había cumplido en él ;

ya, era un hombre ;

semidesnudo saltó del lecho, y, con grandes gestos de espanto, contó su angustia á León, que dormía en un lecho vecino ;

una carcajada cínica de éste, respondió á la relación angustiada, de ese mal, del cual creía morir ;

y, por la boca de su amigo, todo el secreto de la Naturaleza, de la sexualidad y de la Vida, le fué revelado ;

y, tuvo entonces asco de sí mismo, asco de su sexo, asco de su simiente ; asco del amor ;

y, quiso huir de él, de sus llamadas constantes, y, se refugió en el estudio ;

de sus curiosidades agudas y brutales, quiso hacer una fuerza que lo guiase, que lo condujese, hacia los fines más altos, más nobles de la Vida ;

algo extraño y auroral, cantaba en su corazón, más alto que los gritos de la carne, y, los gestos imperiosos del Deseo ;

extrañas ideas, aspiraciones indefinidas, vagos clamores espirituales, como nacidos y venidos de un mundo supra-humano, comenzaron á trabajar su corazón, y, á hacerlo aún más triste que antes lo hacía la voluptuosidad ;

y, se agitaba bajo el imperio de esas voces ocultas, que parecían llamarlo á su Destino, acusándolo de traicionarlo ;

pero ¿dónde estaba su Destino ?

su corazón, á tientas, no podía revelárselo :

es la tiniebla del corazón, la que nos hace amar ú odiar las cosas de la Vida ; acaso porque no las conocemos :

buscar su Destino en las tinieblas de su propio corazón, he ahí los primeros pasos del hombre sobre la tierra ;

el rayo de Damasco duerme en nuestro propio corazón ; y, es desgarrándolo que surge de él, y, nos orienta ;

y, Juliano, oía las llamadas de su Destino y pugnaba por orientarse, en ese instante de indecisión, que es el más cruel de la Vida ; cruel, como si oyésemos la voz de una mujer amada, que nos llama en la sombra, y, no pudiésemos ir á ella, y, no encontrásemos el lecho en que reposa, y, desde el cual se queja tristemente de la esquivez de nuestros besos, y, nos acusa de traicionar su amor ;

así la Vida ;

en esa hora de indecisión, Juliano, se refugió en la lectura ; buscó en los libros, los consejeros y los reveladores de su Destino ;

la Historia, lo atrajo entonces, con el implacable poder de sus mirajes ;

su padre tenía, en una Biblioteca virgen, que las telas de araña, cubrían con un manto de olvido y de respeto, entre otros libros polite-mistas ó de literaturas arcaicas, una vieja edición de « Los Girondinos », que atrajo, sin saber por qué, su mirada buscadora ;

al leer las primeras páginas de aquel Poema Elegíaco, sintió como si un huracán de cosas nuevas le azotase el rostro, así, cual si de improviso, hubiese abierto una ventana, sobre un horizonte en tempestad ;

el clamor de lo tumultuoso infinito subió á él ;

el mundo exterior le fué revelado, múltiple y complejo, frente á su Yo interior, tan miserablemente unilateral y desnudo ;

el mundo colectivo, se le mostró, lleno de fenómenos desconcertantes é infinitos, como una Selva Eterna, en que rugiera Dios : frente á su Yo individual, triste como el Silencio, solitario y frágil, como una flor ;

salió de la soledad de su alma, llena de estre-

mecimientos silenciosos, como un lago, y, entró en el Alma humana, llena de tempestades, como un mar ;

libre ya de los cerrojos de su hermetismo personal, su espíritu voló, hacia los tiempos remotos, prevividos, hacia esas horas incendiadas, llenas del gran gesto vivo de los hombres, rumorosas de la infinita tormenta que forma en los siglos muertos, el vocerío confuso de los pueblos ;

aquella lectura, no hizo sino hacer cambiar de lugar sus problemas espirituales ; no los calmó, los orientó en otra vía ;

al ver reflejarse en su corazón, aquella grandeza, miserable y deleznable que es, el Hombre, tuvo piedad de él, piedad de su Destino, una piedad desbordante, que fué como una exacerbación de penas ;

al serle revelada la Humanidad, se enamoró de ella, de su enorme Dolor, que lo atraía como un imán ;

la tristeza impotente de los hombres, su infinita debilidad ante el Imperio indefinible de las cosas de la Vida, su pequeñez para defen-

derse contra la Fatalidad, que es el alma del mundo, lo atraieron, lo sedujeron, lo imantaron, en una polarización rápida y definitiva de toda su alma;

toda la sentimentalidad, la vaguedad, la acuidad de su dolor personal, se borraron, se extinguieron, se callaron, ante el Gran Dolor Universal, que sonaba á sus oídos, como una catarata de imprecaciones y de lamentos, cayendo en el vacío;...

el lirismo atormentado del gran Poeta, que esparce rayos lunares y líricas armonías, sobre el lago ensangrentado, donde cantaron y murieron, esos cisnes patéticos de la Revolución, confundió tan honda, tan rudamente su espíritu, que decidió, por decirlo así, del destino de toda su Vida;

fué la orientación de su alma hacia el dolor ajeno; el morbus apostólico, estéril y fatal, se inoculó en su sangre; el morbus de los grandes fracasados, desde Cristo hasta Bolívar; el morbus de todos los locos de la Historia, desde aquel loco águila, que fué Esquilo, hasta ese loco-alondra, que fué Marti; el morbus que

ha hecho, á todos los grandes vencidos de la Gloria, desde ese Prometeo-Teológico, que fué Dante, hasta ese Bruto-Teórico, que fué Alfieri; el morbus de los soñadores, de los sentimentales, de los románticos, de esos que forman el sedimento heroico de los siglos, la gleba más ó menos anónima de la derrota, sobre la cual clavan su bandera vencedora, los manumisos de la Victoria, los Césares del Éxito, coronados por los pueblos sobre ese circo en duelo, en el cual blanquean los huesos de los mártires, como vegetaciones de marfil, solos, bajo las estrellas;

León, que lo veía sufrir, le decía :

— ¿Por qué sufres por hombres y cosas ajenas á la felicidad de tu corazón? ¿Por qué entregas la virginidad de tu ventura, para ser desgarrada así por los centuriones del sentimiento, abriéndoles tú mismo la puerta de tu corazón, para que entren y la violen, en vez de abrazarte amorosamente á ella, ya que es tuya, ya que el cielo te la ha dado, como un don? ¿por qué sacrificas este minuto de felicidad que tienes sobre la tierra, al dolor de otros, que ni viste, ni conociste, ni has podido amar? eso es

bestia por sobre toda ponderación; sufrir por el dolor de otros, es la más amplia forma de imbecilidad, que existe sobre la tierra;

á cada hombre le basta su pena, la pena de su propio corazón;

si no puede apartar el buitre que le roe las entrañas, ¿por qué llama sobre sí los pájaros hambrientos que devoran á los otros?

¿por qué dejas al ajeno dolor entrar á tu corazón, cuando no has podido expulsar de él, tu propio dolor, ni podrás evitar que mañana, nuevos pesares, vengan á desgarrarlo?

el único deber, frente al dolor de los otros, es, no exacerbarlo y, no insultarlo, si ese dolor no es el de un enemigo, y, su exacerbación no es necesaria á nuestra Ventura;

no hay más Dolor sagrado, que nuestro propio Dolor;

lo demás, no existe;

eso, está fuera de nosotros; y, debe sernos ajeno, como un drama en una constelación;

el alma de los otros, no debe existir para el alma nuestra, sino á una distancia estelar;... y, su dolor, puesto que no está en nosotros,

debe sernos indiferente, como el perfil de una montaña lunar ;

el primer deber de la Vida, es vivirla ; y, para conservarla, nada en el mundo nos es vedado ; nada ; ni el Crimen ; ¿ qué es el Crimen ? el Crimen, no es sino el fracaso ; la Victoria, no ha sido nunca Crimen ; ¿ has oído tú hablar de los crímenes de Alejandro, de César, de Napoleón ? y, los cometieron todos : el asesinato, el robo, el incesto, el violo, el perjurio ;... pero vencieron ; y, la Humanidad, no les pide más ; el Crimen, no reside sino en los débiles ; en éstos sí, todo, hasta vivir, es un delito ;

por eso, el segundo y más imperativo deber del hombre, es ser, un fuerte ; y, el hombre fuerte, no tiene sentimientos, no tiene sino pasiones, ó mejor, una pasión : la del Triunfo ;

el otro deber primordial de la Vida, es hacerla feliz ; ningún escrúpulo debe detenernos en el camino de nuestra felicidad ;

el hombre que conoce el escrúpulo no es digno de vencer ;

la Vida, nos es dada en beneficio : es necesario explotarla ;

es un lote, que se nos cede por la efímera duración de unos días ;

es necesario, vivir en él, y, de él, sembrarlo de cosas bellas y útiles, porque es un jardín y un huerto, á la vez :

hay que sembrarlo de muchas flores, que deben encantarnos, y, de muchas frutas, que deben alimentarnos ;

las flores. pueden ser rosas de ilusión á donde duerma el alma del Ensueño :

pero, los frutos, deben ser frutos de nutrición y de alimento :

el hombre no se alimenta, de rosas ; la Ilusión, no nutre ; soñar, es lo contrario de vivir ; el ensueño, es una desviación de las fuerzas útiles de la Vida : casi puede decirse que es una traición á la Vida, como el vicio solitario, es una traición al Amor ; vivir es obrar ; la acción es tan necesaria á la Vida, como el aire ; y, la sola acción que no es inútil en el hombre es la de protegerse y engrandecerse, á todas las horas y por todos los medios ; la Vida es un combate del hombre contra el hombre, y hay que lidiarlo ; el mundo se divide en vencedores y vencidos ;

hay que ser de los vencedores ; vencer, vencer, vencer, es la consigna de la Vida ; no es un deber, es nuestro solo deber ; hacer gestos de generosidad, es, hacer gestos inútiles y gestos fatales ; no podemos hacer el bien sino haciéndonos mal ; es una ley de la Naturaleza ; tal vez, para advertirnos de esa debilidad ó curarnos de ella, la Naturaleza puso en el corazón del hombre, ese orgullo del Olvido, que se llama la Ingratitud y, que no es otra cosa que la independenciam del corazón ; la gratitud, es como el miedo, pasión de esclavos ; es una cadena, que aprisiona nuestra alma, para siempre, á los pies de otra ; hay quien se enorgullece de llevarla, como los lacayos se enorgullecen de la librea ; pero ¿quién que puede romper su cadena, no la rompe ? el olvido del beneficio, es, lo único que puede librarnos de la afrenta de haberlo recibido ; es por el olvido, que podemos redimirnos y aun vengarnos, de ese insulto al Dolor que se llama la Caridad ; todo beneficio es un bofetón, y, si no nos es posible pagarlo con otro bofetón, olvidémoslo al menos, como se olvida una afrenta, que no sabe vengarse ;

la Vida, no tiene más, que dos caminos : el del Altruismo, por donde van todos los necios, llevados por su corazón ; y, el del Egoísmo, por donde van, todos los grandes, llevados por su cerebro ;

son las dos vías paralelas : la de la Derrota, y, la del Triunfo...

utilizarlo todo, no ser útil á nada ; servirnos de todos y de todo, y, no servir á nadie ni á nada ; esclavizar, no esclavizarnos ; ejercer la mayor cantidad posible de dominación espiritual y material sobre todo lo que nos rodea ; sumar en sí, el mundo ; vivir para sí ; hacer de sí mismo, el solo objeto y el único móvil de sus acciones, es el único fin alto y noble de una Vida ;

lo demás, es, debilidad, mediocridad, imbecilidad ;

dar su corazón, su vida, su inteligencia á los otros, expandir su vida fuera, darles su inteligencia, su fuerza, su valor, eso es de seres inferiores ;

el hombre superior, es solitario, y, su alma se alza como una espada, pronta á desafiar la tierra ;

el muro de nuestro egoísmo, debe ser tan alto, que nadie alcance á ver, esa maravilla de vicios y de combates que es nuestra propia alma ; jardín secreto, lleno de plantas raras y exquisitas de Arte y de Meditación, cultivadas por nosotros mismos, para nuestra propia riqueza, alzando entre el mundo y nosotros, la montaña de la Indiferencia, que nos libre del Ajeno Dolor, contagioso como una fiebre ;

la Indiferencia para el Dolor ajeno, es la única garantía posible para la paz de nuestro espíritu ;

hay que ocultar nuestro corazón ; y, que los gestos de nuestra alma, á nadie sean revelados ;

cultivar y ocultar nuestras pasiones, que son toda nuestra fuerza : hacerlas marchar en la sombra, á la victoria ;

nuestras pasiones, puestas al desnudo, nos hacen sufrir tanto, como si pusiésemos al desnudo nuestras entrañas ;

la Naturaleza, nos ha dado la Inteligencia, para ocultar nuestras pasiones, como nos ha dado la piel, para cubrir nuestras carnes ;

dejar ver nuestras pasiones, ó nuestros

vicios, es dejar ver al enemigo, las fuerzas con que contamos ;

todo hombre, es nuestro enemigo natural, con el solo hecho de ser un hombre, todo nos es permitido contra él, y, todo le es permitido á él, contra nosotros ;

revelarnos á él, es entregarnos y desarmarnos ante él ;

nuestro deber no es revelarnos, es ocultarnos, ó mejor dicho, deformarnos á los ojos de los otros ;

el disimulo, como el Vicio, son sagrados, porque son una fuerza, ó mejor dicho, toda nuestra fuerza ;

porque el hombre, no vale, sino por sus pasiones, es decir, por sus vicios ;

quidad á César, la Ambición, á Catón la Vanidad, á Napoleón el Orgullo, ¿ qué quedaría de ellos ? Nada ; una sombra de hombre, como la mayor parte de los seres sobre la tierra ; la miseria de un insecto bajo el sol ;

el Vicio, ó sea la pasión, es la fuerza motriz del hombre : sin ellos, sería inerte, como una piedra ;

nunca el hombre ha lidiado y, ha triunfado, sino por sus vicios, y, para sus vicios ;

¿de qué heroísmo no es capaz un ambicioso por conseguir su triunfo ?

¿qué acto de valor, no cometerá un avaro, por defender su tesoro ?

¿de qué atrevimientos, no es capaz, un hombre lujurioso, por llegar hasta una mujer que anhela poseer ?...

suprimid el vicio, en esos hombres, habréis roto el resorte de todas las grandes acciones, que podrían haber intentado, por la gloria, por el dinero, ó por el amor ;

la Virtud, es una palabra negativa ;

la Virtud, es la impotencia del Vicio ó es su disimulo ; es decir, el Vicio oculto y triunfal ;

¿qué es la Modestia ? : la impotencia del Orgullo, ó la forma tolerada de él ;

¿qué es la Humildad ? la máscara de la Soberbia, ó la hipocresía de las garras ;

¿qué es el Desinterés ? la impotencia de la Ambición ; ó, la Ambición de los mediocres ;

¿qué es la Castidad ? la impotencia de la Lujuria, ó la lujuria del cerdo ;

y, así, todas ;

y, el Egoísmo, nos enseña á eso, á enmascarar nuestras pasiones, no á destruirlas ;

y, nos enseña también, á blindar nuestro corazón :

tú, pobre amigo mío, tú sufrirás mucho, porque llevas tu corazón al descubierto : tienes el alma desnuda ; como una estrella ;

esa desgracia te viene de tu madre ;

ella, te ha educado para la ternura. es decir para la debilidad y la desgracia ;

los dedos de la madre modelan nuestro espíritu, como en una cera virgen : y, lo deforman ;

la mujer, es un ser, todo de sentimiento. es decir, de inferioridad, y, los seres formados y educados por ella, son seres frágiles, desarraigados ante la Vida, seres de holocausto...

eso, eres tú ;

¿ no ves cómo lloras, leyendo ese libro mentiroso ?

¿ qué te importa á ti, la cabeza de Luis XVI que era un imbécil, y la de María Antonieta que era una ramera coronada ?

en cuanto á mí, si hubiese vivido en aquellos

tiempos, habría sido su amigo, si era noble ; y, habría aspirado á ser su verdugo, si era pueblo ; yo, habría gozado mucho, decapitando un rey ;

y ¿ tú ? tú lloras...

¿ crees que si tú hubieses vivido en París, en esa época, y, el verdugo te hubiese azotado, en la plaza de Greve, ó te hubiese cortado la cabeza, habría habido duelo en Versalles ? ¿ se habría interrumpido una cacería en el *Parc des Cerfs*, ó una fiesta en el Trianón ?

Además ¿ tú crees en la Historia ?

la Historia, es, el Historiador ;

Lamartine, cuando escribió ese libro, era realista, y, fué siempre un romántico, es decir, un hombre de visión falsa y corazón de mujer ; y, así romántico y monárquico, te hace hoy llorar, con su romanticismo y su monarquismo ;

¿ no es eso idiota, absolutamente idiota ?

tener así las llaves de nuestro corazón, en manos de otros, para que abran á su querer la fuente de nuestras lágrimas..

eso es absurdo... absurdo... absurdo...

eres un sentimental ;

si esa sentimentalidad fuera ficticia, acusaría grandes dotes para la Vida :...

pero, es real, es efectiva :

eso acusa una enfermedad que te hará muy desgraciado ;

la Vida, es una hecatombe ;

en ella no hay espectadores ; hay que ser de los sacrificadores, ó, de los sacrificados ;

tú pareces hecho de carne de sacrificio ;

tal vez, eres así, porque tú no has sufrido ;

has sido feliz ;

la Felicidad enerva, cuando no es conquistada por el Esfuerzo ;

en tanto que yo...

yo, he sufrido tanto...

mi experiencia es hija de mi Dolor ;

.

dijo : y calló ;

quedó meditabundo, en las lentas vaguedades de la tarde, que envolvían el campo en la ceniza dispersa del crepúsculo, mientras sobre el cielo, una mancha de cólcico otoñal, era como una rosa abierta sobre el sepulcro del sol ;

Juliano Hermida, no comprendió nada, de aquel extraño discurso de su amigo ;

no comprendió sino el dolor, el terrible dolor, que se escapaba en esas paradojas acerbadas, que eran como glóbulos de su sangre, escapándose de una herida de su corazón ;

y, toda la ternura de su alma, enferma de un vago deseo de sacrificio, fué hacia aquel sufrimiento, hacia aquel grito de angustia, que había callado ya, después de haber cantado el himno del propio esfuerzo, y, de haber hecho, con la aquiescencia de todas sus fuerzas interiores, la afirmación y la apoteosis, de la única palabra salvadora de la Vida : la Energía ;

el Dolor, levanta el alma, en una efusión de Belleza, hacia la Fraternidad ;

y, en ese momento, Juliano amó á León, lo amó por su dolor, por su desamparo, por todas las cosas lamentables y fatales que habían vibrado en su voz, dejando sobre sus corazones, y, en torno de sus almas, una tristeza tan grande, que ellos mismos, no alcanzaban á comprenderla, porque era negra, tan negra, como la noche de la desesperanza ;

y, el vértigo del abismo, los absorbió...

y, no tuvieron sino un grito, un solo grito,
hacia la Vida : ¡ la Verdad ! ¿ dónde está ?

y, sus bocas se cerraron, como sensitivas de
Miseria, en el éxtasis de la sombra ;

y, sus ojos se abrieron como rosas, en el
Silencio Infinito ;

y, se abrazaron en la Vida, por sobre las cosas
vagas de la Muerte ;

y, lloraron, á causa del desastre infinito de
sus corazones ;

y, anduvieron como sonámbulos, en la Noche,
cual si extendiesen sus brazos, para abrazarla ;

y, así regresaron á la casa, por el camino
abrupto, iluminado de luciérnagas, que for-
maban constelaciones, sobre las hojas negras ;

no se dijeron nada ; callaban ;

y, caminaron en la sombra, como dos ciegos,
heridos por el resplandor de la misma Fatalidad.

.
.
.

Y, los días, se pasaban así, inciertos, in-
útiles, melancólicos, para aquellos dos seres, en

quienes, el hervor de las pasiones asordaba con sus tumultos interiores y cegaba, con el caliginoso resplandor de sus mirajes ;

una taciturnidad melancólica caía sobre sus almas, como una lluvia de impalpables cenizas, y, las hacía tristes ; tristes, como un valle que tiembla bajo la lluvia ;

y, se hacían silenciosos, á causa de su corazón, repleto de deseos ;

y, en uno de esos días, regresaban del baño, donde la frialdad azul del agua, había calmado la hiperestesia de sus nervios martirizados ;

era la hora del mediodía, hora de sol, bochornosa y álgida ;

la tierra temblaba bajo el beso del sol canicular, como una tigre, bajo la caricia brutal del macho violador ;

la fulguración de la luz, hacía mirajes en la selva ;

el bosque todo, tenía espejos de acero bruñido, como envuelto en un tul argentado y difuso, que lo hacía vago, inseguro y temblador, como una lontananza de aguas ;

sobre las crestas de los cerros, el calor, se

diría estratificado en masas de plomo, que reverberaban como cascos bruñidos de guerreros;

las copas de los árboles achicharrados, se veían grises, en la inmovilidad difusa del paisaje, que parecía asfixiarse, bajo el implacable cielo, que semejava un mar de estaño;

los nidos, eran refugios del silencio;

sólo las abejas bordoneaban, sobre las flores agotadas, cerradas con obstinación, como bocas de meretrices en duelo;

las chicharras cantaban su canción solar;

era una hora fisiológica, en que la selva toda, parecía cohabitar bajo el sol;

el coito vegetal, se unía al coito animal, en un estremecimiento de fiebre;

se adivinaba la cópula de los insectos, bajo las hojas;

las lianas se entrelazaban furiosas, en un erotismo, que parecía indisoluble;

en el fondo del bosque, los troncos de los árboles, se anudaban y se retorcían, como en un gesto de desesperación sexual;

la voz de la Voluptuosidad, gritaba en el aire con llamadas imperativas;

el beso del sol, parecía cristalizar el pensamiento en rosas rojas de descos ;

del cáliz de cada flor, parecía salir una mujer desnuda...

esa hora sexual, se hacía sensible á los adolescentes, que atravesaban el bosque, como dos jóvenes potros, fustigados por el azote invisible de la Naturaleza ;

y, he ahí, que de en medio del bosque, de entre un estremecimiento de hojas, salta una cabra, y, tras ella, teniéndola de la cuerda, una mujer, jadeante ;

á la vista de los jóvenes, la mujer se detuvo, cohibida por el respeto ;

y, brilló al sol, bajo las hojas, como una estatua de faunesa, en la penumbra de una selva délica ;

alta, fornida, musculada, con caderas de vaca joven, y, senos enormes, tembladores bajo el corpiño mal cerrado, el rostro protegido del sol, por un enorme sombrero de paja, dejaba ver sus facciones bruscas, tostadas por la intemperie, sus ojos maliciosos, su boca carnuda y fresca, como un tomate bulboso abierto al sol ;

era Petra, la criada de unos labradores cercanos, arrendatarios de « La Floresta », moza alegre y ligera, nada insensible á los tiros del Amor, y, generosa como una Magdalena, en eso de dar su cuerpo al beso de los hombres ;

el gran respeto que tenía por *el niño*, como llamaban á Juliano, todos los campesinos de los alrededores, dejó á la moza inmóvil en la vereda, puesta á esperar que los jóvenes pasaran para seguir ella su camino ;

León, fué el primero en hablarle ;

ella, apenas, si osaba contestarle ;

los ojos fijos en tierra no querían mirarlo ;

el mancebo, entonces, la acarició en las mejillas, y le hizo alzar el rostro, tomándolo por la barbilla redonda como un melocotón ;

los ojos de la muchacha, brillaban tormentosos ;

enardecido, León, la acarició más rudamente, la pellizó en los senos y en las nalgas ;

ella, se defendió débilmente por respeto á Juliano ;

pero, al ver, que éste, la acariciaba también y, le decía palabras obscenas, no se defendió ya ;

entonces, León, la empujó adentro del bosque sobre un boscaje suave, como un lecho de plumas ;

ella, cayó de bruces ;

León, le levantó el traje, cuya falda, le cubrió el busto hasta la garganta ;

y, Juliano, contempló, así la mujer, desnuda y blanca ; su vientre combado y argentado ; la sombra misteriosa del pubis ; los corales del Amor ; las piernas fuertes y recias, ligeramente brillantadas, por el reflejo de un vello sutil ;

y, vió, el cuerpo semidesnudo de su amigo, lanzarse sobre ella, y, no hacer sino un solo cuerpo, y, enlazarse y retorcerse, como dos lianas, y, confundirse en uno, como dos olas de un mismo río ; y, sus labios juntarse, en un beso interminable ; y, sus dientes morderse como con furia ; y, los sintió anhelantes, gemir de voluptuosidad, decir palabras incoherentes ; y, los vió estremecerse, en una convulsión furiosa...
... y, luego... quedar inmóviles y, vió la selva temblar, en los ojos de la mujer, que con los labios entreabiertos, con gemidos de voluptuosidad, sonreía, en una beatitud de éxtasis ;

— Ahora, tú, le dijo León, que ya se había puesto de pie ; y, lo empujó sobre la hembra ; y, ésta lo recibió en sus brazos...

y, el acto fué cumplido...

Juliano, conoció el amor ;

.

y, cuando se puso de pie, sintió náuseas de la pasión vulgar ;

y, regresando á la casa, por el camino asoleado y reverberante, pensó :

— ¿Esto es el Amor? ¿este minuto de epilepsia, fétido y brutal, en que el Hombre, perdiendo la noción de su Yo, cae en una convulsión de animal?...

si esto no más es el amor, Dios fué bien bestia al crearlo ;

y, calló...

no dijo nada á su amigo, que iba silbando y feliz, por la selva florecida.

INSTITUTO JUAN XXIII

SEIS AÑOS

MERCEDES

'69

León Vives, releía y corregía en « La Floresta », las « Notas » sobre su Vida, que había empezado á escribir en el colegio ;

trazadas casi todas con lápiz, ora en el borde de una hoja de periódico, ora en la última página blanca, arrancada á un libro de estudio, ora en fragmentos de un papel grasoso, que había servido para envolver ; todas de pequeñas dimensiones, con el visible designio de ser secretas y de poder ocultarse fácilmente ; escritas en horas de clase ó de recreo, aprovechando la distracción de un Maestro, ó, la complicidad de un discípulo, tenían sin embargo entre sí, bastante cohesión, para formar un todo armónico é interesante ;

eran un estado de desnudez de alma, de un raro valor psicológico, por la aguda percepción de los fenómenos, y, la clara exposición de los hechos ;

y, él, aprovechaba, su estadía en el campo,

para cotejarlas, y, coleccionarlas con gran cuidado ;

amaba mucho, esas partículas de su alma ;
su letra, firme, segura, de grandes líneas rectas y rasgos acentuados, habría denunciado á un grafólogo, la voluntad firme, el carácter tenaz, la decisión irresistible, de aquel que las había escrito ;

León Vives, no era un ser de excepción, era simplemente, un ser de estación ; un ser de su época ; un hijo de su tiempo, madurado por grandes dolores prematuros ;

era un ser extraño para su medio, no para su tiempo ;

su caso, era más sociológico, que psicológico ;
atavismos ocultos é inexorables, favorecidos por la precocidad de su talento, habían hecho de él ese ser anormal y amoral, ser superior, no difícil de ser hallado en la fauna moral, de nuestra actual civilización, ser complejo y al parecer exótico, y, sin embargo, fruto lógico del medio en que ha nacido ; era una flor del prado religioso ;

esos seres socialmente representativos, no

son seres de excepción, sino seres de selección; representan un medio y una época, culminándolos :

he ahí algunas de las « Notas » de León Vives :

Seminario de San Nicolás.

.

Enero... 18...

Los recuerdos, no muy remotos, de mi infancia, se alzan, en mi alma, claros y netos, con una claridad triste, de día sin Sol ;

en esa luz, tranquila, inalterable, los seres y los objetos, diseñan sus contornos con una pureza matinal, en los paisajes psíquicos, llenos de una admirable precisión ;

mi memoria ha sido de una precocidad prodigiosa ;

tengo por ella, nociones y visiones, que alcanzan á la edad de tres años y tal vez menos ;

visiones fragmentarias, discontinuas, interrumpidas por grandes espacios lagunares, que forman un vacío, en el recuerdo, pero que unidas, dan la visión casi completa, de los años de mi infancia, tan miserables y tan tristes, des

provistos de toda ternura y de todo amor:

yo. era un ser, abandonado y sufriente, cuya vida parecía pesar á otros, como un castigo, y, que manos crueles, se empeñaban en sumir en el Olvido, sin valor para lanzarlo en la Muerte ;

Santa Tecla, mi pueblo natal, es una aldehuela, escueta y fría, colgada entre el cielo y el abismo, como un nido de oropéndolas, en el declive de un cerro sin vegetación, pedregoso y rudo, que alza al espacio su lomo esquelético, en una contracción violenta, como un gesto de esfuerzo, interminable y estéril...

las casuchas, se agrupan, unas contra otras, como temerosas de que el viento constante que allí reina, las arrebate, si se dispersan ;

las callejuelas, son senderos estrechos y rugosos, que un sol perpetuamente velado y pálido, alumbrá sin calentar ;

la plaza, un cuadrilátero, mal formado y desapacible, en el cual crece la hierba, como en un prado salvaje y pastan animales domésticos, en animada fraternidad con sus congéneres, los vecinos del lugar, que se reúnen allí, para charlar de sus pequeños asuntos, murmurar

entre sí, y, hacer política, porque la política, es la única distracción de aquellas vidas vegetativas, quietas, infectas y pèrfidas, como un pantano ;

en aquella plaza, está la iglesia, y, pegada á ella, la casa cural, que es, todo el lujo del lugar ; blanca y asoleada, bajo el tul de sus clématidas en flor ;

haciendo ángulo con ella, sobre la misma plaza, hay una casa vetusta y descalabrada, que respira el enojo, con su balconaje prehistórico, su fachada monacal, su enorme portal de forma arcaica, y, todo su aire de prisión ó de monasterio, bastante á impresionar el ánimo medrosamente ;

en esa casa nací, yo ;

recuerdo perfectamente, los seres que rodearon mi primera infancia ;

mi abuela, una vieja alta, flaca, momificada, tan desmedrada de carnes, como terrosa de color, y, acre de genio ; taciturna y regañona ; no puedo olvidar sus ojos malos, ojos de gavilán, ni sus manos como garras, unas manos tentaculares, largas y huesosas, cuyos dedos,

como garfios, gozaban en martirizarme, cuantas veces me ponía al alcance de ellos, pellizcando mis carnes, magullándolas, con una crueldad de monja, con tal cólera y tal odio en los ojos, que me hacía temblar con sólo mirarme;

cuando yo veía aquella silueta alta y ascética, rigurosamente vestida de negro y que más semejaba un monje que una mujer, avanzar por los corredores silenciosos, ó los grandes aposentos semivacíos, yo, escapaba ligero, azorado, temeroso de aquellas manos torcionarias;

mi abuela tenía una alma de inquisidor;

su boca desdentada y profunda, tenía los labios tan delgados y tan hundidos, que más que labios, parecían los bordes de una herida mal cerrada;

yo, no la vi sonreír jamás;

¿había reído en su vida aquella mujer?

su voz de gendarme, no tuvo nunca para mí, una inflexión de cariño;

jamás su boca de hidra me besó;

un niño, esa flor viva, que es la alegría de todas las casas, no era en aquella casa mía, casa de soledad y de misterio, sino un ser cuya vista

atormentaba, disgustaba y, avergonzaba, acaso;

se me ocultaba á los ojos de todos, se me recluía en los aposentos interiores, lejos del campo, de la vida, del sol, cuya luz, caía á veces sobre mi melena rubia como una caricia, la única que podía caer sobre mi pobre ser miserable y abatido;

mi madre, podía llamarse : Indiferencia ;

su corazón, si lo tenía, no supo nunca, lo que era la ternura, para mí ;

no me martirizaba, como mi abuela, pero, no me acariciaba jamás ;

sus senos no me lactaron ; su ubre de loba, se rebeló á darme el néctar de la vida :

no era joven mi madre, cuando yo, la recuerdo ;

yo, nací cuando ella, había entrado ya en edad madura :

pero, era aún bella, con una belleza alta-nera y dura, en su perfil de pájaro de presa :

la línea de las facciones muy pura, el cabello sedoso y ligeramente cano ; escasa de carnes ; pobre de seno y de caderas ; la color morena y pálida ;

si mi abuela parecía una bruja, hacedora de

hechicerías, mi madre parecía una gitana vieja,
echadora de cartas ;

ambas tenían un tipo de Goya ;

la única ocupación de mi madre, era, rezar ;

yo, creo que no dejaba de hacerlo, sino para
comer ;

de la casa á la iglesia, y, de la iglesia á la casa ;
cuando no en el templo, en el oratorio, com-
poniendo altares, vistiendo imágenes, rezando
novenas, implorando gracias, ése era su vivir ;

en tanto, yo, andaba descuidado, sucio, en-
tregado al cuidado de manos mercenarias ;

¿por qué mi madre esquivaba verme ?

¿por qué huía de mí ?

yo, puedo decir que no tuve entonces, otra
madre, que una vieja sirvienta que me crió, y,
en cuyas manos crecí como una planta silvestre ;

esa pobre alma rudimentaria y sencilla, me
amaba con tal pasión como si fuese mi propia
madre ;

era su corazón, para mí, como una entraña
que me hubiese parido ;

nuestras almas se transfundían hasta no for-
mar sino una sola alma ;

el niño, como ella me llamaba, era, para su pobre ser, que no tenía otro amor, todas las alegrías, y todas las tristezas de la vida;

lloraba con mis lágrimas, y, reía con mis risas;

comíamos juntos, y dormíamos juntos;

si me enfermaba, era ella, quien velaba, noches enteras, á la orilla de mi cama;

nunca vi cerca de mí, á mi madre ni á mi abuela, cuando estuve enfermo;

una vez, casi moribundo, atacado de escarlatina, oí, que Serapia, desolada y medio loca, creyendo que yo iba á morir, imploraba á mi madre, para que llamara al médico;

— No hay necesidad, dijo mi madre; hazle tal remedio, y, si no sana con eso, será que Dios tiene dispuesto llevárselo;

— Sería lo mejor, añadió mi abuela, con su voz lúgubre que parecía un canto de lechuza;

la mayor parte de la gente que llegaba á la casa — y casi nadie pasaba del portal — me creían hijo de Serapia; eso parecía encantar enormemente á mi abuela y, á mi madre, que no se cuidaban de negar la absurda afirmación:

pero la generalidad del pueblo sabía la verdad; sabía que yo era hijo del Cura que había violentado á mi madre en la sacristía, y, todos recordaban el terrible escándalo que el tiempo no había amortiguado ;

y, yo, hubiera bien querido ser el hijo de Serapia, cuya ternura calurosa, era el único refugio de mi niñez desvalida, la única limosna de amor, dada á la indigencia de mi corazón;

nada endurece tanto el corazón, como el sentimiento religioso;

el amor de Dios, lo absorbe todo, en las almas incapaces de otro amor;

así en mi cása, todos eran virtuosos, nadie era bueno ;

la Virtud, no tiene que ver nada con la bondad;

por un Francisco de Asis, por un Vicente de Paúl, ¿cuánto egoísta duro como san Bernardo, ó, cuánto asesino loco, como san Ignacio, no han ganado el cielo?

la Santidad, es la flor mística del Egoísmo; una flor de piedra ;

la verdadera Santidad, no tiene entrañas ;
en ese sentido, mi madre era una Santa ;
y, mi abuela, también ;
¡ Dios, las tenga en su seno! y, no las suelte
jamás ;

que no vuelvan á perfumar con sus virtudes,
este valle de lágrimas ;

ese es mi más ardiente deseo ;

en el abandono en que se me dejaba, yo, no
sé si fué de mi madre ó de Serapia, la idea de
llevarme á la Escuela, para aprender á leer ;

la Maestra, una vieja, mitad ciega, mitad
loca, nos enseñaba, todo lo que ella sabía, á
rezar, sin saber lo que decíamos, y, á leer, con
un sonsonete que todavía me martillea los
oídos ;

uno que otro pellizco, y castigos á cual más
imbéciles, completaban toda nuestra educa-
ción ;

cuando pienso en aquella vieja disgustante
mal oliente y sucia, con olor á perra recién pari-
da, comprendo que ella, también era una Santa ;

y, si no lo era, no fué por falta de voluntad,
porque era de un idiotismo completo, y, de

una beatería repugnante, como la de las mujeres de mi casa ;

y, sin embargo, ese corto trayecto de mi casa á la escuela, era mi única hora de sol, el único momento en que mis ojos ávidos, se abrían sobre otro espacio, que no fuera los muros sombríos de mi casa ;

cuando cogidos de las manos, Serapia y yo, atravesábamos la plaza y las callejuelas adyacentes para ir á la casa de la Maestra, las comadres del pueblo, salían á nuestro encuentro, para ver al niño, para asegurarse de que aún vivía ; y, me miraban con un cariño intenso, casi maternal, con ojos prometedores de que velaban por mí, que no se me haría mal alguno, pues corrían por el pueblo, sobre mi vida y sobre mi suerte, las más absurdas consejas, consejas, que aumentaban, por el odio enorme que mi abuela despertaba en toda la población ;

su orgullo, su egoísmo, su avaricia, la hacían tenazmente odiosa á aquella gente ;

en cuanto á mi madre, con ser el tipo de la Perfecta Devota, no agradaba á aquellas gentes, que la sabían egoísta y cruel ;

por eso, se exageraban las leyendas de mi abandono, de mis martirios, de mi secuestro, de las tentativas para hacerme desaparecer ;

así, al verme en la calle, todos salían á contemplarme, como si yo les perteneciera, y, velar por mí fuera su deber ;

me agasajaban, me besaban, me hallaban bello, así rubio, frágil y pálido, como si fuese un lirio de cristal ;

aprendí á leer con tal rapidez que á los seis meses, acabado el catecismo, la pobre vieja, que me había dado toda su ciencia, no sabía ya qué hacer de mí y, me encomendaba, en las horas de clase, el cuidado de velar por sus gallinas y por un cerdo que engordaba, mientras ella dormía apaciblemente, al ruido que sus discípulos hacían repitiendo la Doctrina ;

esas horas de sol, en el patio de doña Matea, que así se llamaba la Maestra, eran para mí, todo un encanto, como una ventana abierta en mi vida claustral, una ventana sobre el mundo, sobre el campo, sobre las flores, sobre todo lo que vive, ama y canta, en el seno adorable de la Naturaleza ;

los animales me fueron piadosos y queridos antes que los hombres ;

las gallinas, me conocían y me buscaban ; el cerdo, gruñía al verme ; Castor, el viejo perro, jugueteaba conmigo, como si fuese otro niño ; los pájaros no me huían, como encantados de mi inocencia ; y, el sol parecía hacerme caricias, enamorado de mi blancura, porque en aquel jardín silvestre. yo, parecía un hijo de las rosas ;

los que la Naturaleza había puesto para que velaran por mi felicidad, no me perdonaron ésta ;

Serapia, recibió orden de no llevarme más á casa de doña Matea, bajo el pretexto de que sabiendo ya leer, nada tenía que hacer allí, donde me *encanallaba*, con el trato de los otros chicos de la aldea ;

¿qué temían que esos chicos llegaran á decirme ?

me secuestraron de nuevo, me encerraron, me aislaron, sin otro consuelo, que Serapia, en cuyo seno me dormía, mirándome en sus grandes ojos azules que eran bellos ; bellos como los cielos ;

yo, amaba ya los bellos ojos de la mujer :

volví á habituarme á mi soledad ;

recluído en la cocina, viendo trabajar á Serapia, volví á caer en el descuido y en la mugre, puesto que no saliendo á la calle, no había necesidad de aderezarme para que otros me vieran ;

mis largos ratos de ocio, los encantaban « El Almacén de los Niños », y, un tomo del « Correo de Ultramar » que no me explico aún cómo habían caído por aquella casa, de donde toda vida intelectual, era proscripta ;

mi madre y mi abuela, no leían nunca ;

¿ sabían leer ?

sospecho que sí, según la serie de novenas y eucologios, que andaban por la casa ;

pero, lo que sí creo, es, que no sabían pensar ; al menos en algo útil, que no fuera en Dios, y, el miedo del infierno, que era en ellas, un presentimiento ;

esa monotonía vegetativa de mi existencia, vino á ser turbada, por el primero, gran placer que he tenido en mi vida ; un placer enloquecedor ;

un día, sorprendido del silencio enorme, que

reinaba en la casa, me di á vagar por los aposentos conventuales, casi vacíos, ó llenos de muebles polvorientos y arcaicos, de pinturas de santos churriguerescas y deformes, de retratos borrosos y olvidados ;

así fui á dar hasta la alcoba de mi abuela, sin saberlo, desde luego, porque por nada del mundo, me habría yo, aproximado voluntariamente, al antro de la fiera; la visión de sus dedos de tenaza, era bastante para detenerme :

al entrar al aposento, me sorprendió la enorme quietud, que allí reinaba :

ningún ruido ;

me aproximé al lecho :

allí, estaba mi abuela, tendida, en ropa de dormir, con una camisa burda, que cubría mal, dos pechos lacios que parecían dos botas de vino, ya vacías, dos piltrafas inmundas, de las cuales, no habría querido un perro ; el cuello de violín, parecía haberse estirado desmesuradamente, hasta semejar por su delgadez, el de una garza disecada ; en los hombros descubiertos se veían casi los huesos, como en el espinazo de una mula de carga ; la boca, desmesuradamente

abierta, de tal modo, que la quijada inferior, casi tocaba el tórax, y parecía la boca de una alcantarilla ; los ojos enormes y vidriosos, parecían dos esputos verdosos de saliva de un tísico ; las manos huesosas caídas á los lados, como las patas de una rana boca arriba ; era repugnante de ver el carapacho de aquella vieja infecta, tendido allí, como el esqueleto de un animal inmundo muerto en despoblado ;

me aproximé casi hasta tocarla, y, comprendí la grande y gozosa verdad : la vieja, estaba muerta ;

había muerto sola, porque mi madre, dejándola enferma, había ido á un pueblo cercano, para unas fiestas del Sagrado Corazón, de la cual era hermana, sin que por eso, sea yo, sobrino del Sagrado Corazón ;

ante el mortecino de aquella vieja cruel, que había torturado mi infancia, sentí un placer tan grande, como tal vez, no he sentido otro ;

para convencerme bien de que su muerte no era mentira, me paré en las puntas de los pies, y la miré más de cerca ;

tuve ganas de arañarla ;

y para acabar de convencerme tiré de uno de los mechones de cabello, grises y sucios, que caían sobre el hombro ;

la cabeza se inclinó de lado, en una mueca tan fea, que el rostro de la vieja, parecía una sandalia torcida ;

me escapé corriendo y saltando hasta la cocina, ebrio de alegría ;

por primera vez en mi vida, era feliz ;

me abracé al cuello de Serapia, y, le grité :

— ¡ Se murió la vieja ! ¡ Se murió la vieja !

la pobre, lo sabía bien, porque había pasado muchas noches velándola ;

y, me lo ocultaba por no entristecerme !

¡ pobre alma cándida !

así, se sorprendió, cuando desprendiéndome de sus brazos, me puse á bailar, cerca al fogón, cantando :

— Se murió la vieja ;

— Se murió la vieja ;

loco, verdaderamente loco, de alegría ;

pero, no me dijo, nada ;

calló, y, tal vez en su alma, recta y confusa, se levantó la vaga idea de que yo tenía razón, y,

que la muerte de un enemigo del cual no podemos deshacernos nosotros, es el más grande beneficio de los cielos ; y, que ya que no podemos causar su muerte, es muy justo y muy gozoso, festejarla ; sólo la Muerte, nos libra verdaderamente, de un enemigo ; un enemigo, no está *definitivamente* vencido, sino cuando está quince codos bajo tierra ;

sólo allí, no puede sernos perjudicial ; en la Vida, lo será siempre ; mientras respire, respirará contra nosotros ;

la respiración del contrario, envenena nuestra atmósfera ;

sólo la muerte, es la derrota del contrario, todo lo demás es una tregua ;

eso lo presentía, mi corazón. y. por eso estaba feliz, de ver muerta aquella vieja, que había sido mi verdugo ;

yo. hubiera querido cortarle una de sus manos, para guardarla. como un trofeo ;

me contenté con hartarme de alegría, y, bendecir la Muerte, que se me aparecía, como Libertadora ;

desde entonces, amo la Muerte ;

ella no me ha hecho, sino beneficios ; ¡ bendita sea !

La ventura, que subí del fondo de mi ser, se hizo como una aurora, en mi corazón ;

y, por tan pequeña cosa, hallé bella la vida ; y, amé la vida ; ¡ cuán fácil de consolar, es, la miseria de nuestro corazón !

cualquiera que sea la grandeza de nuestro dolor, ya la Esperanza, lo ha consolado de antemano ; un pájaro que canta, una hoja que cae, basta para cambiar el curso de nuestro pensamiento, cambiar la tristeza en Belleza, y, hacer una sinfonía gloriosa, del ritmo de nuestro corazón ;

¿ quién podrá dar nunca, forma definitiva, al adagio inmortal, que canta en nuestra alma, como un pájaro en la noche ? no se da formas al infinito azur ;

libre ya de la visión terrificante de mi abuela, gocé grandes días de libertad, en el encanto mágico de los jardines, abandonados, donde el alma desnuda de la soledad, se extasiaba en la feria pacífica del Silencio ;

en esa muelle floración de brumas, donde se

inmovilizaban las flores, bajo el vuelo lento de cosas invisibles, yo, me entregaba á pensar y un inmenso poder de reflexión, nacía en mi alma y, mis ojos, prematuramente graves, se alzaban preguntadores hacia los cielos de un azul ilimitado lleno de inquietantes serenidades ;

los largos corredores apacibles, con el solo adorno de sus clemátidas en flor, me fueron hospitalarios y fraternales, desde que pude vagar en ellos, libre del terror obsesionante de la vieja, que felizmente se pudría ya bajo la tierra ;

y, una gran calma se desprendía de sus muros blancos, hacia mi corazón, lleno de una gran ventura que venía de mi soledad, y, parecía arrebatarme mi ser, lejos del mundo, en una como huida apasionada, hacia paisajes, de una ternura imploratrix que yo no había gozado nunca ;

libros extraños, que habían sido de mi abuelo, cayeron en mis manos, en una de mis exploraciones á los cuartos inhabitados ;

eran poetas antiguos, que yo no comprendía : yo, no he podido leer nunca con placer, un

poeta ; la delectación no me viene de ellos, sino un enojo mortal :

el poeta, me parece un ser inferior, ser imperfecto, que balbucea siempre, sin lograr hablar jamás ;

había libros de ciencias, inabarcables para mi edad : y, libros de Historia, que me atrajeron con una fascinación irresistible ;

en pocos meses di cuenta de Hesiodo y Tucídides, y, supe de Jenofonte y la Retirada de los diez mil y de las guerras del Peloponeso, con una precisión maravillosa ;

encantador, Hesiodo, con su simplicidad de aya :

sus narraciones son hechas para niños, puesto que fueron dichas á un pueblo niño :

la cantidad de milagro y de sobrenatural que hay en ellas, las hace deliciosas de idiotez ;

Hesiodo, debe encantar al pueblo ; su alma de nodriza, es hecha para maravillarlo ;

Tucídides, me fué más difícil de leer ; y, no lo comprendí ;

yo, creo que la raza infame de los retóricos principia en él ;

en Plutarco, principia la Historia, tal como es : la Mentira arrodillada ;

yo, comprendo el alma ingenua de aquel hombre, maravillado de las virtudes de su tiempo, que no eran, sino como las de todos los tiempos : vicios divinizados ;

me atrajeron las « Vidas Paralelas » de aquellos hombres, escritas por ese gran sobornado de la gloria ; su enorme mole de adulación me fué agradable ;

desde entonces, amo los grandes capitanes ; yo, no he visto nada más deliciosamente bestia que ellos ;

y, ¿hay algo mejor para un hombre de talento, que el espectáculo de una de esas fieras épicas, marchando como un toro ciego hacia la Muerte, seguido de un rebaño enfurecido ?

muchas veces, se encuentran con la Victoria, y, entonces el espectáculo centuplica su delicia, porque se ve algo más bestia que ellos : la Providencia, que los corona ;

yo, no he leído después á Plutarco ; y no tendría el valor de releerlo ;

confieso que no pude entrarle á Homero; sus títeres abracadabrantés no pudieron divertirme; la « Iliada » es un teatro de *quignoles*, para uso de los dioses; de él, se desprende un hastío divino, que debe ser el peor de los hastíos; porque un dios aburrido, debe ser peor que un dios loco; y, la locura de los dioses es terrible; el mundo, me parece la más fatal de todas ellas:

de todas estas lecturas, no saqué, sino el odio y el desprecio, por tres clases de hombres: los Sacerdotes, los Héroes, y, los Poetas, que me han parecido siempre, los más malos y los más inútiles, de todos los productos animales;

la vida, no ha hecho sino confirmar el juicio, de ese pequeño fenómeno intelectual que era yo, niño solitario y hosco, ya lleno de cosas antiguas, que me envejecían el alma;

¿por qué tenía mi abuelo aquellos libros? él, no había sido una de esas sanguijuelas empenachadas, que ejercen el caudillaje bélico en mi país, y, viven y engordan de la sangre que hacen derramar;

era un abogado, tímido y mediocre, á quien, según los decires, mi abuela dominaba, hasta

zurrarlo de lo lindo, cuando le venía en mientes propinarle un vapuleo, y, al cual hizo la vida tan odiosamente intolerable, que el pobre hombre, se colgó una noche, de un árbol del jardín, para escapar así á su amorosa consorte ;

yo, no sé en cuál libro de éstos, pudo hallar mi infeliz antecesor, tal ejemplo de cobardía, para dejar la vida ;

yo, en su lugar, la habría colgado á ella, si no le había puesto un puñal en el corazón ; como una flor ;

el árbol donde se ahorcó mi abuelo, había sido cortado, y, de su tronco hicieron una cruz, que clavaron allí, en el mismo lugar del suceso ;

á la sombra de esa cruz, meditaba yo, horas enteras, escuchando la voz, grave y lenta, del tiempo, decir cosas amargas y veraces á mi corazón ;

entretanto, engrandecía, ideólogo y meditativo, como un arbusto coronado de flores tristes ;

era ya, un cerebral ;

y, mi cerebralidad, me hacía sufrir como un dolor ;

no recuerdo, en todo ese tiempo, haber visto á mi madre, más de tres veces ; y, no sé si en ellas, me dirigió la palabra ;

desde la muerte de mi abuela, se había enclaustrado en sus habitaciones, de donde no salía, sino para ir á una cercana posesión de campo, donde tenía, adjunta á la casa, una capilla de la Virgen del Carmen, que era toda su entretención y, todo su encanto ;

un día, Serapia me dijo :

— No hagas ruido, que tu madre está enferma ; no puse atención en ello ; ¿qué me podía importar á mí, la enfermedad de mi madre ?

pocos días después, me dijo :

— Tu madre está muy grave ;

eso, no me causó emoción ninguna ;

un gran olor á incienso, á cera y á flores me despertó una mañana, y, vi después, entrar al cura con el viático, en gran pompa ;

me divirtió mucho la solemnidad ;

esa noche, ya tarde, Serapia, llorando, vino á buscarme á mi cama :

me hizo vestir, apresuradamente, y, me llevó de la mano, al aposento de mi madre ;

ésta, estaba en su cama, pálida, desencajada, con un ronquido sordo, como si hiciese ya gargarismos de la Eternidad;

la rodeaban otras tantas beatas, rezando, y, una de ellas, con un cirio en la mano, le aspergeaba de vez en cuando el rostro, con agua bendita;

era lúgubrementemente cómico, aquel cuadro de brujas;

me pareció que mi madre, había envejecido enormemente;

estaba, casi tan vieja, como había yo visto á mi abuela muerta; y, lo mismo de fea que ella;

me pareció que olía á cadáver, y, tuve asco de acercármele;

pero, Serapia, me trajo de la mano hasta el lecho, llamó á mi madre, y, tocándola suavemente, le dijo :

— Aquí está el niño;

la moribunda, no respondió;

seguía con los ojos entrecerrados, la boca desmesuradamente abierta, apretando un crucifijo sobre su pecho;

Serapia volvió á decirle al oído :

— Aquí está el niño ;

mi madre entonces la oyó, abrió los ojos, llenos de un resplandor malo, su boca se contrajo, en una mucca de cólera, se le enrojeció ligeramente el rostro, lo volvió al lado contrario, para no verme, y con un movimiento en que agotó todas sus fuerzas, alzó la mano, en un gesto imperativo, como para retirarme, y, dijo, con una voz ronca :

— Llévatelo, llévatelo de aquí ;

ésa debía ser su última palabra ;

¿murió en ese momento?

yo no lo sé, porque estaba muy divertido, en ver una mosca que le andaba por el rostro, queriendo entrársele en las narices ;

y, en ese momento, como ella abriera grandemente la boca, ya sin vida, la mosca se coló ; y, yo, rompí á reir, estrepitosamente ;

Serapia, me llevó de allí, tapándome la boca con un pañuelo ;

al día siguiente se llevaron el cadáver ;

y, yo vi, detrás de las vidrieras de un balcón, la comitiva fúnebre, que iba hacia el cementerio ;

y, otra vez la Muerte, se mostró á mis ojos, soberanamente bella, como una amiga;

y amé la Muerte;

y, no sentí dolor ninguno, por la desaparición de mi madre;

¿qué emoción, podría causarme á mí, la desaparición de ese ser egoísta y culpable, que no tuvo entrañas sino para parirme, y, no las tuvo nunca para amarme, que me dió la vida, y, no quiso nunca darme su corazón?

su muerte, no me causó sino la impresión de un grande alivio;

aquella misma noche fui arrancado de mi casa, y, trasladado á la casa cural;

el Cura, se encargaba de mí;

al día siguiente, tuve el primero y gran dolor de mi vida; me separaron de Serapia;

la cosa no fué fácil, hubo necesidad de una verdadera batalla;

abrazado á aquella mujer, que había sido mi única madre, me defendí contra todos, resuelto á no dejarme arrancar de sus brazos, sino muerto;

el cura, mismo, llevó arañazos y puntapiés, que lo hicieron retroceder;

al fin caí, víctima de un ataque de nervios, y así pudieron separarme ;

cuando desperté, solo, solo sin ella, dí grandes gritos, y, lloré amargamente, las primeras y las más crueles lágrimas que he vertido en mi vida ;

pero, poco á poco, la calma se fué haciendo en mí, comprendí que toda rebelión, era inútil, y, me resigné á mi nueva vida ;

la casa cural, era bella y hospitalaria : alegre, como un día de primavera ;

yo, podía vagar por ella á mis anchas ;

los jardines nuevos y los árboles jóvenes, me vieron vagar por ellos, como un pájaro libertado ;

nadie impedía mis juegos ni mis acciones ;

yo, no veía al cura, sino á las horas de la comida ; era amable, conmigo, sin ser nunca cariñoso ; su figura, era altanera y dominadora, llena de una implacable soberbia ;

mi infancia, parecía destinada á ir así, por entre almas inmisericordes, en las cuales, pesaba como un remordimiento, cual un pecado vivo, que se arrojasen las unas á las otras ;

Marta, el aya del cura, encargada de cuidarme, no era una alma virginal, llena de efusiones, como la de Serapia ; pero, no era mala ;

pulera, trabajadora, silenciosa ; más que andar, se diría que se deslizaba sobre los suelos y contra los muros ;

debió haber sido muy bella, en su mocedad, porque conservaba aún muchos restos triunfantes de su antigua hermosura ;

rica de carnes, rolliza y caderona como una yegua normanda, con dos pechos, que eran como dos ubres repletas, amenazantes bajo el jubón ; un cuello de vaca suiza, al cual no faltaba más que la campanilla de metal ; la color lozana, de un rojo de pimienta ; los ojos negros y grandes con una pasividad lasciva de borrica ; la cabellera castaña y tan crecida hacia adelante, que no le dejaba casi frente ; la boca enorme con grandes dientes muy blancos y separados, abierta siempre en una sonrisa de cretinoide ; en suma : una hembra apetitosa, á pesar de sus cuarenta años bien sonados ;

por algo la tenía el Cura consigo ; por algo, y no por fea ;

los servicios domésticos del aya, debían serle muy agradables, porque ella era el ama verdadera de la casa ;

no era mala conmigo, atenta y servicial, su mayor placer era bañarme ;

me desnudaba con delectación, recorriendo con manos curiosas, mi cuerpo impúber, pero ya maravillosamente formado, y, se detenía con fruición enjabonándolo sobre las partes eréctiles de mi ser, riendo como una loca, si ellas obedecían á esa llamada ;

gozaba, con una coquetería maternal, en vestirme de limpio ;

en esos tiempos, de una igual serenidad, yo, podría decir, que fui feliz ;

la casa cural, sonreía bajo las glicinas, y, yo, sonreía en ella ;

se lidiaba por entonces en el pueblo, un extraño proceso de opinión, que apasionaba todo el país : el de las escuelas sin Dios ;

tal era el título sensacional, que le habían dado, los abogados de Dios, encargados de la gerencia de sus asuntos sobre la tierra, es decir : los curas, las beatas, y los pillos ;

en realidad, de lo que se trataba era de establecer la instrucción laica, complemento obligado de la libertad de cultos, recientemente decretada en el país ;

un partido de jacobinos diletantes, había decretado que no se enseñara religión en las escuelas, á saber, que la Fe, no fuera una virtud oficial, impuesta á los niños por el gobierno, sino que continuara en ser una virtud teologal, enseñada y explotada por los curas ;

los políticos religiosos, muy hábilmente, llamaban eso : expulsar á Dios, de las escuelas ;

y, los que creían á Dios, un mueble absolutamente necesario en una escuela, se indignaban contra esta medida, y, hacían una baraúnda infernal ;

hasta entonces, en las escuelas, no había higiene, ni había mobiliario, ni había ciencias, ni había nada, pero, había Dios ;

¿ qué más se necesitaba ?

habiendo Dios, había todo : menos escuelas ;

y, eso era lo que se trataba de establecer :

eso, apasionaba grandemente las masas ;

la querrela bizantina, llegó hasta Santa Tecla,

es decir, más lejos que la Geografía; porque yo sospecho que Santa Tecla, aunque esté en el cielo, no está en el mapa ;

y, los santatecleños, tuvieron el honor de discutir una teoría y de apasionarse grandemente por ella ;

el porvenir de Santa Tecla, estaba gravemente comprometido ;

¿qué sería de Santa Tecla, si los niños no aprendían á rezar en la escuela ?

eso hacía poner de punta los cabellos de aquella indiada enfurecida ;

los padres de familia, — epíteto que aplicado á aquellos hombres, podría también aplicarse á los toros padrotes de esas dehesas, — se alarmaban clamorosamente, por la suerte de sus cachorros ;

Santa Tecla, no tenía caminos ; Santa Tecla, no tenía escuelas ; Santa Tecla, no tenía rentas, pero, Santa Tecla, tenía Dios, y, una Virgen, la Virgen del Bejuco ; una Virgen, que hacía milagros ;

¿qué más necesitaba Santa Tecla ? nada ;

expulsar á Dios, de la Escuela, eso era tam-

bién expulsar la Virgen del Bejuco, porque ella, se iría con su hijo ;

á esta sola idea, los hijos de Santa Tecla, temblaban de coraje ;

así, cuando llegó al pueblo, el primer Maestro, nombrado por el Gobierno, la exacerbación pública, llegó á su colmo ;

¿era ése el que venía á acabar con la Virgen? eso sí que no lo permitirían los hijos de Santa Tecla ; eso : jamás ;

que acabara con todas, menos con la del Bejuco ;

y, el Maestro fué recibido, como enemigo, con una hostilidad, que no carecía de peligros ;

felizmente, el cura, al contrario de todos sus congéneres del país, no tomó en serio, el gran peligro que corría Dios, ni se alarmó mucho por su destierro, ni por los riesgos, que pudiera correr la Virgen del Bejuco, cuyas fiestas le daban grandes beneficios, y, no se puso á la cabeza del movimiento bejuquista ;

clérigo de un talento superior, él, comprendió que ese destierro de Dios, no era, sino una pla-

taforma electoral de los fanáticos ; que Dios, no se iría del país, y, la Virgen del Bejuco, — única Virgen que él, respetaba — quedaría allí, dándole sus proventos, aunque todos los Maestros de la Escuela Normal, se establecieran en Santa Tecla :

y, acaso, tuvo piedad de la ignorancia bestial de ese pueblo ; y, ya que él no había hecho nada por disiparla, no hizo nada tampoco, para impedir que otros la disipasen ;

y, no hostilizó al Maestro ;

privada de este gran apoyo moral, y, de una dirección mental, la laicofobia perdió terreno y la Escuela pudo abrirse ;

yo, había seguido con pasión, las peripecias de esta lucha, reciamente encariñado por la causa del Maestro ;

y, así, cuando abrió la Escuela, yo, fuí el primero en ir á ella, y, ocupar un banco, en el salón, casi vacío ;

el cura, me había dicho :

— Tú sabes demasiado para tu edad ; tienes plétora de lecturas. Ve á la Escuela, allá te enseñarán algo más útil ; este Maestro, sabe

francés é inglés ; eso es más práctico que todas las musarañas que tienes en la cabeza ;

mandarme el cura á la Escuela, era ponerse abiertamente del lado del Maestro ;

eso, desconcertó la oposición, y acabó por desarmarla ;

todos los niños del pueblo. fueron á la Escuela ;

casi ninguno sabía leer ;

así, cuando el Maestro, me examinó y tomó conciencia de mis conocimientos, quedó encantado ; ya tenía un discípulo, uno, en el cual podría ejercer su ciencia, lejos de la tarea trivial del alfabeto ; y, me tomó en predilección ; hizo de mí, algo así como un ayudante suyo ; y, el confidente de su saber ; ese hombre era un adivinador y un perfeccionador de espíritus ; irradiaba y atraía, con una fuerza solar ;

Lucio Pica, que así se llamaba el Maestro, tenía veintiún años, y acababa de obtener su diploma de Maestro de Escuela Superior, en la Escuela Normal de la Capital, regida entonces, por maestros de gran valer, casi todos extranjeros ;

hijo de Profesor, y, Profesor él, se diría que había nacido para la Enseñanza ;

su vida era la más alta Cátedra Espiritual, que pudieran levantar los hombres sobre la tierra ;

su espíritu, lleno de bellezas interiores, de energías deslumbrantes y comunicativas, era apto á producir el mejoramiento moral de las generaciones que fuesen á abreviar en él, sedientas del divino licor de la Verdad ;

la grandeza de su espíritu era como un contagio : se inoculaba ;

cerca de él, se sentían crecer la fuerza y la luz ;

procedía por magnetismo ;

desde el primer momento, yo me sentí como fascinado y atraído hacia él, dispuesto á fundirme y desaparecer en el fondo luminoso de su espíritu ;

jamás discípulo alguno, sintió tan fuertemente el fanatismo del Maestro ;

desde el primer momento, me poseyó espiritualmente, con una posesión inevitable y completa ;

mentalmente, fui su esclavo, su cosa ; ya no me pertenecía, le pertenecía á él ;

tomó mi alma y mi corazón, porque yo adoraba mi Maestro ;

todos mis amores, tardos en despertar, se concentraron en él ;

ya no vi sino por sus ojos, y, no sentí sino con su corazón ;

me hubiera ordenado matar, y, yo no hubiera vacilado en esgrimir el puñal, contra cualquiera ;

en ese estado de ánimo, bien se podrá comprender, el influjo beneficioso, que un espíritu como aquél pudo ejercer sobre mi inteligencia ;

transformó mi ser intelectual, engrandeciéndolo desmesuradamente ;

sus manos prestigiosas y milagrosas, modelaron mi cerebro, y el estudio me absorbió de tal modo, que él mismo se encargó de limitarlo y metodizarlo ;

pero, era en sus conversaciones, más que en sus lecciones, que se deleitaba mi corazón ;

Lucio Pica, me volvía con creces, el cariño que yo le tenía, pero, siempre, con una reserva

y una discreción, que exasperaban mi sensibilidad, deseosa de mayores y más íntimas expansiones ;

el estado de mis conocimientos, hacía que las horas de mis lecciones, no fueran sino para mí solo, en una soledad, que yo hubiera querido que fuese una intimidad ; en esos *tête-à-tête*, el espíritu de Lucio Pica, fulgía de sinceridad y de profundidad ;

yo, no he oído ningún otro hombre hablar así ;
pequeño de cuerpo, recio de hombros, con una perfección de formas que parecían modeladas al torno ; la cabeza voluminosa, dantoniana ; la melena de un rubio claro, de estrella, las facciones fuertes, acentuadas, tal vez demasiado para la delicadeza del conjunto ; los ojos, de un gris tierno, firmamental, tenían pupilas enormes, que aprisionaba en los párpados entrecerrados, en una contracción de miope ; la boca, grande y sensual, boca oratoria ; el prognatismo borbónico del labio inferior, le daba un gran aire de bondad, que iluminaba toda su fisonomía, de un resplandor interior, como de una atmósfera astral, que surgiese de su propio

corazón ; unas manos de mujer, y, llenas sin embargo de fuerzas, hechas como para guiar, el carro del sol ; manos principescas, de las cuales, una, la derecha, desaparecía casi siempre, en la masa fluvial de los cabellos, ó sostenía la frente enorme, en un gesto de lasitud, meditativa ; era limpio de barba, como un joven dios, y, apenas un ligero vello rubio, le iluminaba el rostro, como una caricia de luz ;

tenía las esbelteces fuertes, de un cachorro de león, con el cual su cabeza tenía semejanzas extrañas ;

vestía, con una pulcritud de pastor metodista, pero siempre de tonos oscuros no concordés con su edad ;

sus maneras, eran corteses, sin ser suaves ; brusquedades inesperadas, interrumpían la gravedad de sus gestos ;

de todas las imágenes del pasado, que se alzan, en la ya turbada paz de mi corazón, ésta, es la más serena, la más pura, la más fuerte, aquella que está más cerca de mi alma, y la domina, con un effluvio tierno, que embellece aún mi soledad ;

dolorosos ó amables, todos los grandes días de mi pasado, están impregnados y dominados por el recuerdo de Lucio Pica, y, por el extraño resplandor de su alma, que orientó mi vida;

¡ cómo un espíritu luminoso y superior, es dueño de crear la Vida espiritual, es decir, el mundo de las ideas, en un cerebro joven, modelándolo para ellas con la presión y la impresión de su pensamiento poderoso y dominador!

mi vida mental, ya despierta y agitada por lecturas sin orden y sin rumbo, se sintió acrecida y orientada, al contacto y la dirección de Lucio Pica;

la cristalización de mis ideas, se hizo rápida y luminosa, bajo el suave imperio de aquella inteligencia cautivadora y fanatizante;

¡ con cuánto tacto, con cuánta discreción, él, entró en mi espíritu, con tal cautela y respeto, cual sí entrase á la cámara de una virgen dormida, y, entró hasta los últimos recodos de mi inteligencia, explorándolos, con ojos sabios y escrutadores, hechos á ver en las tinieblas psíquicas;

no se detuvo, sino á la puerta de mi corazón;

mis sentimientos, parecieron serle extraños ;
eran mis pensamientos, lo que él miraba ;

verme vivir, es decir verme pensar, era lo que atraía su atención ;

mi vida psíquica, la vida pura y abstracta de mi cerebro, era lo que él contemplaba, con un interés apasionado de Artista ;

la morbilidad obscura de mi corazón, el juego más ó menos brutal de mis sentimientos, le era indiferente ;

era mi mentalidad y no mi sentimentalidad, mis ideas, y, no mis pasiones, lo que él observaba, y, cuyo ritmo acelerado, lo encantaba como una música ;

¿ tuvo el desprecio, ó el horror de mi corazón ?

¿ qué vió en él ?

¿ ante qué flora monstruosa, retrocedió, conmovido ó asombrado ?

yo, sospecho, que él, no amaba del ser humano, sino la vida cerebral ; todo lo demás le era indiferente ;

y, así, se dió á desarrollar la mía, con un interés, con un cuidado, que fueron casi una

pasión de su espíritu ; la pasión de un sembrador, que halla un terreno fértil, cuyas entrañas pródidas, piden la semilla cuyo florecimiento ha de asombrar la tierra ;

metodizó mis estudios y de mi plan educativo ahorró todo lo inútil ;

eliminó el latín, que no poseía, y, del cual el cura, se encargó de darme una lección semanal, como si me hubiese ya nombrado, *in petto*, heredero de su sotana y su curato, y, se dedicó á enseñarme el francés y, el inglés, que con el castellano, la Geografía, la Química, la Física y la Historia, formaron el plan de mis primeros estudios ;

mis lecciones no eran orales, ni aprendidas de memoria, sino objetivas y explicativas ; casi podría decirse que eran lecturas, que hacíamos en conjunto ;

no me habló jamás de Religión ; no me nombró nunca Dios ;

¿ creía él, en Dios ?

como todos los espíritus científicos y superiores, ¿ había abolido en su cerebro al viejo Mito Hebreo, sustituyéndolo por la idea de

una Fuerza Oculta, más racional y más pura, más cerca de la Razón y de la Naturaleza ?

¿ó, era simplemente ateo, como todos los espíritus verdaderamente libres de todas las quimeras, hasta de la quimera científica, y, no se cuidaba para nada de la existencia de ese Vocablo, inventado por los hombres, y, que fuera del privilegio de ser inútil, no tiene otro que el de aterrar la Humanidad y desviar el concepto exacto de la Vida y de la Historia ?

no pude saberlo nunca ;

no nombraba voluntariamente á Dios ; y, si le sucedía encontrarse con él, en el curso de alguna lección, lo designaba bajo la forma invariable, de : esa Fuerza Inexplicable, de la Naturaleza, que los hombres, llaman : Dios ;

y, pasaba á otra cosa ;

no enseñaba la moral, la practicaba ;

su vida, era un ejemplo ;

había llegado al pueblo, con su madre y dos hermanas, pequeñas, bellas, como dos flores ;

su madre, una mujer hecha toda de gracia y de delicadeza, de bondad infinita, de ternura ilimitada, anó mi triste orfandad, mi pobre

infancia pálida, solitaria, como un hongo. en el fondo de ese paisaje de abandono y de amargura :

esta mujer, que tenía el corazón puro, como una agua tranquila, iluminada por reflejos de astros — tal vez como un reproche á la dureza de mi madre — me abrió su corazón, y, me quiso con tal ternura, que la aridez nativa de mi alma, floreció un momento. en flores de amor por ella ;

la casa de Lucio Pica, fué mi casa ; su madre, fué mi madre ;

yo, no era allí un extraño ; era un hijo de más, llegado al seno de aquella casa de paz, como una rosa caída en una basca tranquila :

comía casi siempre con ellos, vivía con ellos, dormía muchas veces allí ;

el cura, no se inquietó, ni mucho, ni poco, de aquella intimidad, que más bien parecía agradarle, pues lo libertaba del cuidado, de un chico pensativo y comprendedor, cuya mirada, le obsesionaba como un reproche ;

mi pequeña cabeza voluntaria, encontró un seno de maternidad, donde inclinarse alguna

vez, para soñar;... como si la sinceridad de aquellos ojos tranquilos, me protegiese contra la Vida, que había tenido ya para mí, tan hon-das revelaciones de dolores ;

lleno de afecto y de gratitud, por Lucio Pica, me empené en serle útil, y, bien pronto le fui de un valor real, y, era, como su segundo, en la enseñanza de los más pequeños ;

nuestras grandes fiestas espirituales, eran á la hora de la tarde, cuando terminadas las ta-reas, íbamos por los campos cercanos del poblado, solitarios, bajo el halo de oro, del sol, que se moría...

fueron aquellas horas, las horas verdaderas y fecundas de mi educación ;

yo, interrogaba á mi Maestro, sobre todo y á propósito de todo y, él, satisfacía con la más noble prodigalidad, la extraña avidéz, la ver-dadera voracidad de mi espíritu ;

la Historia, la Filosofía, que yo destloraba, en libros dejados por él, al alcance de mi mano, me eran explicadas entonces, abriendo hori-zontes desconocidos ante mis ojos asombrados, llenando de grandes claridades mi espíritu ;

toda la Literatura, y la Filosofía del siglo XVIII, me fué revelada, en su puerilidad agresiva, y, su preciosismo destructor ;

el *persiflage* terrible de Voltaire, que hace en la Historia, el ruido de los cascabeles de una serpiente, mordiendo los talones de los ídolos, me enseñó mucho, pero, no me encantó jamás ;

Voltaire, tuvo siempre, una alma de lacayo ; sus desvergüenzas mismas, son desvergüenzas de pilluelo ; si no fué ayuda de cámara, como Rousseau, mereció serlo ; no tuvo el alma de otras cosas ;

no he podido nunca explicarme, el culto que los amigos de la Libertad, profesan por el amigo del Filósofo brutal, que era Federico II, y de esa Mesalina tártara que era Catalina de Rusia ;

yo, no acierto á ver, los servicios, que haya podido hacer á la Democracia, ese rey de los cortesanos, y ese cortesano de los reyes ;

muy escasos de hombres transcendentales, deben hallarse esos partidos revolucionarios, que viven en adoración, ante aquel mono viejo, encolerizado contra Dios ;

Rousseau, vale más, sin valer mucho ;

Voltaire, es un lacayo desvergonzado ; Rousseau, es un lacayo triste ; el uno agresivo, el otro pasivo, ambos tienen almas de caballeros ; el uno, se vuelve, para morder las manos que lo azotaron ; el otro, se conforma con llorar al recuerdo del azote ; pero, ninguno de los dos, tiene el alma noble, el alma digna ;

Voltaire, era un hombre de *esprit*, es decir, la negación completa de un hombre de genio ;

Rousseau, era un loco melancólico, que por intervalos, tuvo genio ;

yo, no amo la Elocuencia declamatoria de Rousseau ; ella confina siempre, con la Retórica ; y, la Retórica, es la flor sonora de la Imbecilidad :

todos los retóricos, desde Cicerón, hasta otros que yo me sé, han sido hombres nulos, débiles y fatales ;

de los enciclopedistas, yo, no llegué á admirar verdaderamente, sino á Diderot : es, el único gran Escritor de entre ellos ;

sin embargo, fué al *Diccionario Filosófico* y á la *Biblia Explicada*, de Voltaire, á los que debí la ruina total de mis creencias religiosas ;

yo, aconsejaría su lectura á todos los adolescentes, bastante viriles, para querer emanciparse del yugo religioso :

Lucio Pica, no tuvo en esta evolución, de mi mentalidad, otra responsabilidad moral, que la de haberme dejado leer los libros salvadores ;
mi espíritu, muy libre de por sí, hizo todo el trabajo de esta hora de emancipación ;

Lucio Pica, debió ver con gran placer los esfuerzos de mi alma por libertarse de la tutela religiosa, y, debió saludar mi liberación, con un saludo interior lleno de orgullo ;

no manifestó sorpresa alguna, cuando hablando de cosas religiosas y filosóficas, pudo ver todo el trayecto recorrido por mi conciencia hacia la Libertad ;

de Moral, no me hablaba sino ocasionalmente, pero, pude comprender, que no veía en ella, sino una resultante de la organización social ;

para él, no había cuestiones morales, sino cuestiones sociales ;

toda virtud, no era á sus ojos, sino una fidelidad á las preocupaciones del medio ambiente ;

la moral de hoy, es errónea y opresora, por-

que la organización social, es defectuosa y precaria ;

á una mejor organización social, sucederá una moral más perfecta ;

mejores leyes, harán mejores á los hombres ;

tal parecía ser la base principal de su doctrina ética, sin que se preocupara nunca de explanarla ó defenderla ante mí :

acaso con su gran penetración mental, vió claro, que yo, no era un espíritu hecho para preocuparse de cosas de la moral, ni estaba llamado á cultivar ese prado de esterilidad que se llama : la Virtud ;

el maravilloso esplendor de aquel espíritu, de Equidad y de Libertad, se mostraba todo á mi alma deslumbrada, durante nuestras pláticas en el campo, en esas horas de esparcimiento espiritual, en que la soledad panteísta de la Naturaleza, nos rodeaba como un muro, y, nuestras voces, no tenían casi sonoridades ;

tanta era la intimidad de nuestros corazones, prontos á comprenderse casi más en el gesto de nuestras almas, en las músicas interiores de nuestros pensamientos, que en el vago rumor de

las palabras, que servían apenas, como de vestidura sutil, á la arquitectura de las ideas, que Lucio Pica, alzaba ante mi espíritu atento, celoso de las grandes revelaciones ;

el cura, no paró mientes, en la evolución inmediata y definitiva de mi conciencia, eso no le importaba ;

no nos veíamos casi nunca, y nuestras entrevistas eran cortas, como las de dos seres que se estorban mutuamente ;

yo, huía de él cuanto me era posible ;

no lo odiaba, pero su presencia, me era intolerable ;

no era malo, aquel hombre ; no era, sino altanero y brusco, lleno de un salvaje orgullo ;

alto, grueso, rojo, con unos ojos acerados y violentos, bellos sin embargo, como los de un león :

no tenía amable y tierno, sino la boca, una boca adorable, de voluptuosidades infinitas, boca que muy rara vez se abría, con una sonrisa encantadora, para dejar ver los más bellos dientes de roedor, hechos como para torturar y diluir las cerezas rojas de otros labios ;

era un bello semental de hombre ;
un ser, todo de lujuria y de pasión ;
no he sabido nunca, nada de su vida interior,
ni por qué se hizo sacerdote, aquel hombre
fuerte y lascivo, dominador é inquieto, hecho
más bien para las artes de la guerra, ó de la
política ;

era bello y elocuente ;

las mujeres y los discursos, eran toda la ocu-
pación de su vida ;

yo, aprovechaba de este despego de aquel que
debía amarme, para adherirme, moralmente,
más y más, á Lucio Pica, hasta desaparecer
casi en él ;

nuestros grandes días de placer, eran los do-
mingos, en que nos íbamos, hacia el río, corren-
toso y bravío, que corre lejos del poblado, por
entre las cuestas agrias ;

allí, tomábamos un baño, en el remanso
tranquilo, bajo el sombrío, de los grandes sico-
moros cuyas ramas florecidas nos hacían una
cúpula negra esmaltada de corales ;

mi voluptuosidad se extasiaba en extenderme
desnudo, sobre las grandes piedras del río,

expuesto á los besos del sol, que me hacían estremecer, como bajo el encanto de una caricia luminosa ;

siempre he tenido el orgullo y la voluptuosidad de mi cuerpo ;

lo he hallado bello y lo he contemplado con deleitación ;

Lucio Pica, era indiferente á la belleza plástica ; eso, me exasperaba ;

yo, hubiera querido, ser admirado por él, en mis formas de joven dios ;

que las hubiera palpado, que las hubiera amado ; pero, sus ojos de miope, se cerraban con pudor, ante la belleza y no se detenían ni á mirar siquiera, la miniatura de su cuerpo, que se diría, el de un niño desnudo, ó, el de un adolescente griego, laborado en marfil ;

con una acuidad y una lógica prematuras, mi cuerpo, adivinaba el placer, antes de que lo hubiera gozado ; y, eso, me ocasionaba, horas de languidez, dolorosamente pensativas ;

y, una gran inquietud, venía á mi corazón. presintiendo el secreto de la Vida ;

la Voluptuosidad, subía en mí, como un per-

fume : me enervaba, me embriagaba, me envolvía, en un vaho sutil, del cual no podía liberarme ; era una vibración, que subía en todos mis nervios, como una melodía ;

nunca hubo adolescencia, más trabajada por los infames deseos ;

se diría que mi cuerpo, era una arpa, sobre cuyas cuerdas, los dedos del Deseo, pasaban, despertando, infinitas vibraciones ;

mi alma toda, flotaba sobre las desnudeces de mi cuerpo ; y, sufría, de no tener unos labios, en que posar los míos ;

la enfermedad divina del instinto, enervaba mis sentidos, y, el hombre primitivo, se revelaba, en la violenta simplicidad de todos mis deseos ;

una inexorable necesidad de pensar en el placer, me perseguía por todas partes, á todas horas, á propósito de todo ;

mis más altos pensamientos, estaban teñidos de una voluptuosidad monstruosa ;

monstruosa, sí, porque no habiendo aún conocido el placer, al imaginarlo, lo magnificaba, y lo deformaba á la vez ;

esa cosa tan bella, tan armoniosamente simple, tan divinamente sucia, que es el cuerpo de una mujer, se alzaba en la noche de mi ignorancia, rodeada de misterios, como un divino lis, que fuese negro, y, de cuyo perfume, se muriese al respirarlo ;

en horas de ternura, muelle y vaga, el alma toda me subía á los labios, y, yo, cubría de besos desesperados, la sombra de ese lis simbólico, ese cuerpo, aún no visto, que se alzaba en mis noches como una hostia taciturna y tenebrosa, en una comulgación de promesas, que sus labios, cerrados, como una flor de dulzura, guardaban, cual un perfume ;

cuántas mudas cosas me decía, el hermetismo litúrgico de aquellos labios, donde, sin embargo, florecía el Silencio, como una rosa de promisión, más atractiva y más cruel, que la palabra misma ;

¿ cuándo romperían el silencio esos labios, para revelarme el encanto de las desnudeces y las caricias, con las cuales soñaba mi alma, con la tenacidad del deseo, y, el prestigio obsesivo de las cosas irreveladas ?

¿ cuándo ?

la adolescencia es una tortura, en que los estagiarios del Amor, se consumen como en una hoguera ;

perdonad á los adolescentes, el cerco violáceo de sus ojos y, el color mate de sus mejillas ; es el deseo que los mata ; el deseo que los tortura ; la Esfinge, los enferma, con la sombra de sus garras, antes de romperles con ellas el corazón ;

aquellos que son solitarios y puros, con el alma casta y cerrada á los encantos del vicio, ¿son más felices ?

¿es que los hay así?

esta virtud sin humanidad ¿tendría mayores encantos que aquel paraíso del Deseo, donde florecen los vicios, como rosas, capciosas y maravillosas, llenas de ineluctable sugestión ?

la pureza, no tiene sino una hermana : la Ignorancia ;

aquel que sabe, no es ya puro ;

¿qué vale ya la virginidad del cuerpo, después de la desfloración del pensamiento ?

la corrupción de aquel que desea el Amor, sin poseerlo, es más grande que la de aquel que lo posee ;

porque es, en esa etapa, que media, entre el deseo y la realidad, entre el conocimiento y el hecho del amor, que se abre la más extraña floración de sueños que pueda perturbar el alma humana ;

el Vicio, no es sino una palabra convencional, creada por la inepta fatuidad de los moralistas ;

pero, si esa palabra, llegase á ser un hecho, no existiría, sino en los dos extremos de la Vida : la adolescencia y, la vejez ;

porque es en ellas, que se está, aún, ó que se está ya, fuera del Amor ;

y, sólo fuera del Amor, puede existir el Vicio ;

en el Amor, todo es Virtud ; porque el Amor, es : la Virtud Suprema ;

y, cuando se dice, Amor, no se dice, sino, Placer ; porque fuera del Placer, no hay Amor ;

yo, adolescente precoz, sabía mucho del amor, pero, ignoraba la sensación del acto ;

y, la certidumbre obscura de realizarlo me perseguía ; y yo, adivinaba casi todas las cosas del placer, cual si las hubiese gozado, y, esta

lascivia intelectual, me causaba una excitación de espíritu, una hiperestesia cerebral, que se disolvían en una languidez voluptuosa, cual una noche tibia, llena de perfumes y de mirajes;

mis compañeros de escuela, y, los sirvientes de la casa, habían dicho á mis oídos, bastantes cosas de la Vida, para que yo, no ignorase nada, de lo que era el amor, en cuanto al ayuntamiento material de los sexos:

el gesto de todos los animales, me lo había enseñado también, en la noble desnudez, de su instinto satisfecho;

pero, á pesar del imperio de tal obsesión, de la tiranía fascinatriz de ese ideal, del Amor, yo, permanecía virgen; ignoraba la sensación del hecho; la presentía y la temía; no pudiendo estrechar en mis brazos la forma real del Amor, me desposaba con su sombra: era virgen, no era casto;

el deseo, el implacable deseo, me devoraba más que la pasión misma, dejando en mí, la excitante impresión de un fruto aún no probado, de un fruto puesto en el límite de aguas inquie-

tantes y tenebrosas, donde durmiese la Vida ;
en las horas del baño, cuando Lucio y yo, solos, bajo la cúpula profunda de los árboles, extendidos sobre las grandes piedras del río, dejábamos secar nuestros cuerpos, por la llama devoradora del Sol, que nos vestía de esplendores flameantes, yo, desnudo, en el orgullo radioso de mi belleza de efebo, Lucio, á medio cubrir con una sábana que apenas ocultaba sus formas delicadas, yo me preguntaba : ¿ Lucio, conocerá ya el Amor? ¿ con quién realizará el acto? y, una punzante curiosidad, mezclada de amargura, me asaltaba, ante la fiera indiferencia de aquel ser, cuyo cuerpo admirable, parecía no haber sido tocado aún por el ala de fuego del deseo ;

yo, hubiera querido saber algo de su pasado, de su adolescencia, de su primer beso dado en otros labios ;

pero, él, permanecía mudo, mudo en las cosas del Amor, como si el silencio fuese el solo dios, que reinase en su corazón ;

y, ante aquel silencio, que era como un frío abismo de Vida, el coro extasiado de mis deseos

y de mis curiosidades que subían en mi corazón, con alas inquietas y sonoras, se detenían, sin palabras, como en un vencimiento interior, y una honda tristeza, una devorante tristeza, venía sobre mi corazón, como un río de muerte... y, lo devoraba ;

¿por qué el esoterismo, en que se encierra la función natural del amor? ¿por qué multiplicar los simulacros, y complicar los pudores, en torno á esa función, la más legítima y la más pura en sí, porque nada hay más puro que las cosas de la Naturaleza?

el acto de la fecundación, es, la Necesidad Gloriosa, á la cual obedece la Creación entera; ¿por qué ocultarlo como una vergüenza? ¿por qué ocultarlo como un pecado?

esa inepta palabra de pecado, venía ya á mi mente, cargada con todos los vahos del error y del ridículo, de los cuales es sinónimo;

todo eso, me preguntaba yo, empezando á comprender, vagamente, que la castidad, como todas las virtudes, no era sino un convencionalismo ridículo, predicado por los más pillos, para ser ejecutado por los más imbéciles :

en la torre de la iglesia, cuando nos encerrábamos allí para jugar, vi yo, las primeras escenas revoltantes de la bestialidad, en los grandes muchachos, enviciados y rezanderos, de la saceristía, que subían allí para entregarse á la más desenfrenada licencia de los vicios solitarios;

las prácticas del unisexualismo, destruían aquellas generaciones de campesinos intonso, que se agotaban en ellas, esperando que una ocasión cualquiera, viniese á arrojarlos, en los caminos reales del Amor, que hasta entonces, les eran vedados, por los convencionalismos de una religiosidad anormal, y de una moral contra Natura, que apartando al hombre del Amor, lo repliega sobre sí mismo, violentando su naturaleza, desviando los cauces de su vida, deformando su pasión, haciendo monstruosa la simplicidad de su instinto, en nombre de una virtud, que es el más vergonzoso de los vicios : la Castidad ;

el ejemplo, empezaba á ganarme ya, cuando, una casualidad feliz, vino á libertarme de su yugo ;

una tarde, leía yo, en el cuarto vecino á la Biblioteca del cura, cuando oí en ella, voces que hablaban, se interrumpían, volvían á hablar, todo muy bajo, con grandes pausas de silencios ;

una de aquellas voces, era una voz de mujer ;

intrigado por esto, me acerqué á la puerta, que estaba cerrada, y, aplicando el ojo al agujero de la cerradura, vi ;

el cura, sentado en el sofá, hablaba con Marta, una chica planchadora de la vecindad, riente y linda, como una aurora ;

el cura, la tenía sentada sobre sus rodillas husmeándola con los labios, por todas las partes visibles de su cuerpo ; ora le mordía en la garganta ; ora en el lóbulo de la oreja ; ora, en la nuca carnosa, donde cabrilleaban rizos locos, ora se prendían á la boca, y, sus lenguas se enlazaban y se acariciaban, como dos serpientes rojas...

ya no tenían palabras, y, sólo se veían sus manos, temblar entre ellos ;

las sabias manos del cura, iban hacia las partes más verdaderas de la mujer, cuyos ojos

sedosos, resplandecían en la sombra, en una espera brutal;

eran aquellas manos curales, como buitres hambrientos, buscando las desnudeces; ya acariciaban el rostro de la mujer, hecho rojo, como una llama; ya se posaban sobre el corpiño, estrechando los senos prisioneros, ya, se introducían bajo los vestidos para palpar las desnudeces ocultas;

y, la mujer, flor extraña y profunda, se sentía temblar hasta en sus entrañas, al contacto de aquellas manos, que despertaban su carne supliciándola;

abrazados, así, parecían formar un solo ser, del cual se escapaban murmullos, besos, palabras entrecortadas, en la grandeza del Silencio, y, de la Noche, que empezaba á ocultarlos á mis ojos;

y, sin embargo vi;

vi las manos del cura, reventar los agrafes del jubón, y, un pecho blanco, como un cordelillo escapado al seno materno, brotó de allí, y, el hombre se prendió á él como un niño hambriento;

los ojos de la mujer desmayaron; y, su cabeza cayó hacia atrás, como en un síncope;

entonces el cura, la extendió sobre el sofá y descubrió sus formas;

y, yo vi, yo vi sus desnudeces, su vientre convexo como una copa de marfil; la gran línea negra de su sexo; la blancura de sus piernas, una de las cuales caía á un lado del sofá, mientras la otra permanecía en la sombra, oculta por el cuerpo del hombre, que ya había caído sobre ella para cubrirla...

y, yo, los vi, confundidos, mezclados, fundirse el uno en el otro, en un paroxismo de placer, lleno de gestos y de gemidos;

y, no vi más...

mis ojos se nublaron, una sensación de muerte, recorrió todo mi cuerpo, un estremecimiento, delicioso y sutil, grave como la muerte;

seguro de que iba á morir, no me atreví á gritar, quedé inmóvil, el rostro contra el suelo, privado de sentido;

cuando volví en mí, todo había desaparecido; el hombre y la mujer, se habían esfumado en la noche;

el Silencio, lo llenaba todo ;
como deslumbrado por la magnificencia de
aquel acto, anonadado por la sensación nueva
que había quebrantado mi cuerpo todo, caminé
en la sombra, y, fuí á mi cuarto, y me tendí en
el lecho ;

cuando más tarde, la enorme aya cural, vino
á verme, creyéndome enfermo, yo, le conté lo
que había visto...

al ver mi sorpresa, rompió á reir, estrepito-
samente ;

— Y, qué, dijo, ¿ tú no sabías cómo se hace
eso ?

— No ;

sus grandes ojos, brillaron de malicia y de
deseos ;

— Y, ¿ nunca lo has hecho ?

— Nunca...

— Y, ya eres un hombre...

y, quedó pensativa ;

— Mira, dijo luego, todas las mujeres somos
hechas, como la Marta. Mira...

y desabrochando el blanco jubón, sacó de él,
un seno enorme ;

y, yo, lo palpé, lo toqué con avidez, me prendí á él, como había visto hacer al cura ;

entonces ella, me desnudó en la sombra, tocó mi cuerpo todo, con una gran maestría, su mano desfloró mi sexo, me trajo contra su cuerpo, me extendió sobre ella ; -

y me poseyó ;

y me harté hasta el hastío, de aquella carne que ya no era joven pero, que aun era bella, y, que tuvo el holocausto de mi virginidad ;

y vi que el amor, es triste, y que la brutalidad del *acto* no alcanza á compensarnos de la ilusión divina que perdemos con su bestial satisfacción ;

pero, este acto, puramente material, me fué decisivo y altamente beneficioso en lo que podría llamar mi economía mental ;

el ondeamiento perpetuo de deseos, de imágenes, de sueños viciosos, que ocupaban gran parte de mis horas, y, casi llenaban mi vida, se calmó, se encauzó, se hizo insonoro ; ya no me atronó con sus gritos interiores ;

una gran serenidad se hizo en mí ;

una gran voluntad de acción me poseyó ;

voluntad tenaz de vivir, de luchar, de ser

feliz, de gozar el gran espectáculo consolador, de la Vida ;

pasado ese tumulto de mis curiosidades, mi actividad cerebral se redobló, el instinto satisfecho, cedió su cetro á un gran poder de ascensión mental, el mundo de mis ideas surgió entonces, como un rosal, que hubiese estado oculto por la niebla ; y tuve una nueva aptitud, para condensar en ideas completas y positivas, todo el caudal de mi pensamiento, disperso hasta entonces, y, como perdido en vagos tanteos sobre el muro negro de la Vida ;

al sentido genésico, sucedió el sentido estético, y, amé, aún con mayor pasión que antes, las cosas grandes y bellas que me rodeaban ;

una profunda impresión de Vida, cariñosa, me venía de todas estas cosas, y, miré con cariño la luz azulada del porvenir, que parecía teñir el desmesurado horizonte con el fulgor de una mística llama ;

la voz de todas las ambiciones llamó con gritos vehementes en mi corazón y ella parecía prestarle alas, en su necesidad ardiente de vuelos desesperados ;

la faz de la Ambición, grande, como la faz de la inmensidad, asomó en mi alma ;

y, un sueño, — alucinado como todo sueño — aquel de poseer y dominar el mundo, llegaba por instantes á mi cerebro, como para exaltarlo y burlar mi deseo, mostrándome la infinita nada, en que nace y se ahoga la impotencia humana ;

y, bajo el ala de ese sueño, yo, sentía la impresión de un desastre, cual un desencadenamiento de violencias ;

y sentía la miseria de mi ser, llorar en mi corazón, como un niño en la noche ;... en mi corazón solitario, rodeado por las cosas hostiles de la Vida, batido por los soplos desencadenados del Abismo, que nos rodea por todas partes, bajo la clemencia mentirosa de la cúpula del cielo, azul, inexorable ; pérvida, como una boca de mujer...

pero ese gran dolor intelectual, no turbaba el equilibrio perfecto de mi espíritu, la visión clara y profunda de mi pensamiento, el sueño de mi energía, la decisión inquebrantable de luchar y de vencer, que ya se levantaba en mí como un Amor ;

y, entonces, me acerqué más, mucho más á Lucio Pica, como pidiendo el amparo y la misericordia de su pensamiento, en esta hora que yo presentía decisiva, implorándole mudamente que fuese la brújula, que orientara mi espíritu hacia la Verdad, es decir hacia la Felicidad, que es la única Verdad, real y tangible de la Vida;

mi mecanismo intelectual, puesto en plena actividad, casi lanzado en el vértigo, necesitaba de esa alma consejera, que le dijese las síntesis vivas y palpitantes que nacen del centro mismo de las cosas; que le enseñase á asir y á conservar el sentido neto de las abstracciones y de las realidades que sin ser propio, sin forma y casi sin vida, se agitan en el fondo del cerebro, como un negro hormigueamiento de larvas;

¿Lucio Pica, conoció en el cerco azulado de mis ojos, en la lasitud de mis movimientos, que la hora del placer, la hora dulce y fatal, había ya sonado para mí, y, que el niño inocente, que él acariciaba con sus manos delicadas, no era ya?...

tal vez, vió nacer en mí, el hombre futuro, pero, sus ojos, hechos á las grandes miradas

interiores y, á los fenómenos externos de la Vida, no se asombraron, antes bien, tuvo una como mayor cordialidad hacia mí, una mayor libertad de acción y de pensamientos, que hicieron un gran bien á la avidez desesperada de mi corazón;

parecía, que hubiese adivinado y quisiese calmar, los temores de mi espíritu, la alarma sembrada en él, por aquel primer acto definitivo:

yo, no pude evitar, en los primeros días, cierto encogimiento, cierta esquivez, que me venía del temor de ser adivinado, de ser descubierto é interrogado, y, — lo que hacía temblar mi corazón, con sólo pensarlo, — despreciado por Lucio Pica, por aquella alma, grande y pura, como un río límpido;

pero, el tacto exquisito, el pudor elegante de aquella alma, se mostraron en esa ocasión, como siempre, casi encima de la Naturaleza, por la serenidad divina de sus gestos, y, la magia inicial de sus palabras;

ya, he dicho que este hombre, que era como el arquitecto, de mi ser mental, no quiso penetrar nunca, en mi ser moral;

y, aquella vez, como siempre, se mantuvo impassible, en el umbral de mi conciencia, sin entrar en ella;

en cambio, mi actividad cerebral, le complació enormemente, y, se dió á nutrirla, con los mejores frutos de su pensamiento, y, el rico caudal del pensamiento de los otros;

filósofos, poetas, publicistas, de las más avanzadas escuelas, me fueron facilitados y explicados por él, con un eclecticismo bondadoso y una clarividencia de visión, que acusaban bien la agudeza lúcida de su alma, hecha á la comprensión rápida y profunda, del alma de los otros;

pero, todo ese trabajo, de formación espiritual, no iba sino á mi cerebro: las manos espirituales de aquel hombre, se rebelaban, á modelar mi corazón;

¿por qué no quiso entrar nunca hasta él?

¿por qué se detuvo siempre, en el dintel de mi conciencia, cual si presintiese que en ella le sería imposible, toda obra de reacción ó de asimilacion?

¿qué presentía en mí?

¿veía acaso en mi ser íntimo, una amoralidad nativa, una anormalidad ética, más que de difícil, de imposible, reacción hacia otros sentimientos, ó hacia otros horizontes pasionales?

ello es, que, desdeñó siempre, entrar en mi *Yo*, ético, y, se conformó con modelar y dominar, en mi *Yo*, psíquico y metafísico:

desdeñó el reinado de mis pasiones, y, no entró sino en el de mi pensamiento;

no quiso saber nada de mi sentimentalidad, no quiso bajar hasta á ella;

se mantuvo erecto en el dominio de mi Intelectualidad, dominándola...

tal, un dios, que operase el prolongamiento incalculable de su divinidad, en una alma; como una larga huella de esplendor...

Un acontecimiento imprevisto, vino á turbar por aquellos días, la serena monotonía, de aquel nido de almas tiernas y hurañas, perdidas en la soledad de esa aldea; tal cual un objeto, caído sobre una agua estancada;

pequeñas vibraciones y pequeños estremecimientos, sobre la quietud plácida de la hora;

mi tía Anita, que había enviudado, regresó al pueblo, con su hija, Rosina, y, se instalaron en una casa de campo, á la salida del pueblo, umbría, florecida y perfumada, como una rosa en la noche; y, la cual le había sido adjudicada á mi tía, en las particiones de la herencia; ¡nuestra pobre herencia, de restos de un naufragio!...

yo, fuí á verla, á aquella casa rústica y grave, á donde no había entrado nunca, por más que me tentase la fascinación misteriosa de sus

jardines incultos, donde las rosas, de una opulencia rara, se abrían, y, se morían en una orfandad de vírgenes, y, los grandes lises acuáticos desfallecían sobre el estanque verde, inmóvil y obsesionante, como un pasado de melancolía;

y, mi tía, me recibió con los brazos abiertos, y, sus manos maternales me acariciaron, y, me besó dulcemente, tiernamente, como á un niño en la cuna, y, me hizo recordar, por el encanto suave y lenitivo de esas caricias, aquellas con que el alma tierna y cariñosa de doña Piedad Ortiz, la madre de Lucio Pica, consolaba mi corazón;

era mi tía, alta y delgada, como todas las mujeres de su raza, que de jóvenes, semejaban vírgenes sieneses, y, envejeciendo se hacían de una belleza ascética, excepción hecha de mi abuela, que siempre tuvo el rostro de una arpía;

nada igual á la mansedumbre, á la dulzura, que se escapaba de este rostro, que tenía una suavidad de luz de luna, bajo el esplendor argentado de sus cabellos, que le hacían como una cimera de cristal;

en su palidez nívea que la inmaterializaba, lucía el esplendor de sus grandes ojos azules, de un azul obscuro, como hechos de una dilución de violetas ;

la mirada de esos ojos, era tierna, acariciadora, como la llama de un reverbero de alcohol ;

esa luz, revelaba toda su alma : una alma de silencio, de abnegación y de bondad ;

nada del alma de nuestra raza, egoísta, calculadora y fría, residía en ella ;

era, acaso, la única de esta raza, que tenía corazón ;

y, era acaso, por esta violación á las tradiciones de la raza, que lo tenía enfermo ;

se notaba esto último, en lo fatigoso de su voz, que era una lenta armonía, velada, como una nota de clavecín, tocada en la intimidad ;

de las tradiciones familiares, no conservaba sino un gran fervor religioso, que era como la enfermedad de la raza, la tuberculosis espiritual, de que todos habían muerto ;

pero, ese fervor, no iba en mi tía, hasta el misticismo estrecho y antinatural de la que fué

mi madre ni tenía nada del fanatismo agresivo y torpe de aquella bruja de aquelarre, que fué mi abuela;

era la de mi tía, una piedad tierna y sincera, que le fluía del corazón, é iba hacia adentro, ó, se vertía hacia afuera, diluída en una conmiseración grandiosa por todos los seres y todas las cosas:

su alma, vivía perpetuamente en oración muda hacia Dios;

era una alma de plegaria;

aquellos labios, no sabían sino rezar:

y, cualesquiera que fuesen las palabras que dijeran, esos labios murmuraban una oración;

su religiosidad toda interna, no sentía la necesidad de externarse en manifestaciones sonoras y ostentosas;

el hábito de ocultar su piedad á los ojos de su marido, que era un incrédulo, la había intensificado en el silencio, y, la había hecho, mansa y discreta, como una fuente bajo la tierra;

no sabía la necesidad del templo y parecía ignorar el camino de él;

después de la desgracia de su hermana, había tomado en mayor aversión, los hombres y las cosas de la Iglesia;

y, permanecía lejos de ellos, como de algo que manchaba la pureza de su fe;

su corazón, era su capilla interior, y, en ella estaba su alma de rodillas;

y, ese corazón de mansedumbre, no me miró con odio, no me vió con rencor;

yo, no era á sus ojos, el *pecado vivo*, que había sido para mi madre;

no era el *escándalo vivo*, que había torturado el corazón salvaje de mi abuela;

yo, era su familia, era su raza; raza de dientes y de garras, de la cual no había recibido sino heridas y dolores:

era el sobreviviente de su sangre, culpablemente mezclada, pero suya;

su cariño me fué una gran consolación;

es verdad que yo tenía ya una familia; la madre de Lucio Pica, era como mi madre, sus hermanas, eran mis hermanas; él, lo era todo para mí; todo á la vez; y, mi dolor estaba en no tener muchos corazones que consagrarle;

pero la llegada de mi tía y de su hija, fué como la formación de un nuevo foco familiar, al calor de cuyo fuego, fué á calentarse mi corazón, aterido del frío de la orfandad;

Rosina, mi prima, tenía, con diferencia de meses, mi misma edad;

era pequeña y delicada, como su padre, tenía el cutis aterciopelado, los labios bulbosos, los ojos, castaños como sus cabellos, que al sol, tenían tonos de óxidos, y, recogidos sobre la nuca se hacían oscuros, como una cimera de viejo cobre:

de todo su ser, se escapaba un efluvio atrayente de languidez, de abandono, de inocente voluptuosidad, que pedía ser protegido, amado, acariciado, como algo frágil y bello, que va á romperse;

era como hecha de candideces, tristes y exquisitas, cual si fuese formada con los encantos vagos de un poniente, con todos los matices, raros y melancólicos, que marcan el fin suave é impreciso de un otoño en el bosque;

su inteligencia había sido nutrida desde niña, con lecturas sentimentales, del gusto de su

padre, que era el último de una generación de románticos, que en cierta hora de la República, habían invadido, la literatura, el foro y la tribuna, derramando un diluvio de flores lamartinianas, sobre el estanque ruin de nuestras democracias dormidas;

hija del último de esos cisnes, Rosina padecía la misma enfermedad moral de su padre : una hipertrofia del sentimiento, que le hinchaba el corazón y la hacía desbordante de lirismo ;

su sensibilidad soñadora, no se consolaba sino con la lectura ; tenía un modo de leer voraz : devoraba los libros, con la avidez de una pócima fresca, agotada por un enfermo ;

y, como el gusto de las lecturas nos unía, por más que yo hallase pueriles, aquellas que ella amaba, gocé, leyendo á su lado, la embriaguez del libro y de la soledad, bajo los pinares sollozadores del jardín, cerca á los macizos de tuberosas y, los geranios enervantes, que parecían comprender 'nuestras lecturas y conmoverse, cual si todas esas cosas, tuviesen una alma, ofrecida á nosotros en un holocausto mudo de adhesión :

el cura, no se atrevió á visitar á mi tía ;

y, ésta, se mantuvo en los límites de una frialdad discreta, que no era el Olvido, pero, no era tampoco la Agresión ;

sin embargo, fué él, quien me anunció su llegada, y, me indicó el deber en que estaba de visitarlas ;

pero, nunca, después, me preguntó sobre ellas, ni sobre su vida, ni sobre su manera de ser y de pensar ;

el remordimiento, tomaba en ese hombre, las formas del Orgullo ; y, se callaba ;

yo, presenté á Lucio Pica, en casa de mi tía ;

ella, lo acogió, cariñosa y simplemente, con la cortesía exquisita y franca, de aquellos en quienes la nobleza del espíritu, iguala á la nobleza del linaje ;

y, Lucio Pica, entró á aquella casa y á aquellos corazones, como había entrado en el mío, cautivándolos y maravillándolos, con el prestigio raro y supremo, que emanaba de toda su persona ;

y, las dos familias intimaron ;

Victoria y Berta Pica, aunque algo menores

que Rosina, formaron un triduo de amigas, en que sus almas, semejantes y expectantes, parecieron agruparse y unirse, ante el infinito de la Vida, que ya las fascinaba y las obsesionaba, con el rumor de sus mil cosas, confusas y distantes, que forman la hostilidad muda y pertinaz, del tiempo, contra nosotros;

y, fueron, como tres flores de inocencia y de ternura, alzadas en la inclemencia ambiente, contemplativas y apasionadas, cual si inclinassen sus bustos de Quimeras, sobre el horizonte vago, donde corren hacia lo Infinito, las ondas taciturnas del Silencio;

Victoria Pica, se diría hecha de azulidades, de diafanidades, de cosas inasibles y fugitivas, como de una aparición :

la blancura sideral de su rostro, nimbado por el oro profuso de sus cabellos, un oro fluido, como de minerales de astro, cayendo sobre la frente abombada y grave, llena de savias azules, la aureolaba, cual si esparciese sobre ella, toda el alma flotante y múltiple del Sol ; el mar, un mar septentrional, parecía cantar en el verde algálico de sus ojos, diáfanos, de un severo

candor; en el fasto pensativo de esos ojos, tristes como ponientes facticios, fluidos de oro, parecía dormir, todo un jardín de cosas desfallecientes y murientes, de donde se escapara la melancolía febricitante de un devastamiento de pétalos; su boca sinuosa, de labios delgados, era una boca hermética, hecha para los silencios profundos, las palabras graves, los largos sollozos, subiendo lentamente, del alma inmutable, como un coro lírico de pájaros; sobre el digital pálido de aquellos labios la sonrisa, una sonrisa triste, se dormía, tal una flor, caída sobre una púrpura; inclinaba su cabeza de lado, en un dulce gesto que le era habitual, cual si su cuello delgado, de tallo acuático, no pudiese sostener el peso de aquel nenúfar pensante; y, tenía el hábito de cruzar sus dos brazos, sobre el pecho, como dos alas extenuadas; emanaba de toda ella, la dulce quietud de un estanque dormido, donde vagara el alma ascensional de la tarde, con su cortejo de ensueños blancos, desplegando hacia la noche, sus velámenes de oro;

Berta, su hermana, muy niña aún, era sin embargo, esplendente, como una tarde de estío;

sus grandes ojos de ágata eran grises, y por momentos se hacían tenebrosos, como atravesados por puras tinieblas de jaspe; sus cabellos cuasi rojos, eran como una cimera de diamantes solares; su cutis, de acariciadoras y serenas claridades, como de una perla atlántida; sus labios gruesos, bulbosos, de un rojo obscuro, como de corales del Pacífico; era una belleza magnificente, sin delicadeza de líneas, pero que producía la impresión de un voluptuoso maravillamiento de carnes; la flor, de esa belleza imperiosa, era como una rosa inolvidable, que pidiese á gritos al Sol, el honor de ser violada; era, como el rostro del Placer, visto á través del tejido armonioso y sutil de la Belleza: una alma de fuego en el seno de un desdén tranquilo;

y, las tres vírgenes, en la atmósfera asfixiante de la aldea, se empeñaban, cada una, en dar formas á su ensueño;

y, miraban en el fondo de su corazón, la visión de ese ensueño inicial y primordial de su juventud, alzarse como un sol adolescente, sobre la ternura exquisita de los jardines dormidos;

y, esperaban, en la blancura de esa alba, que iluminaba ya el despertar inquieto de sus corazones ;

la Vida es eso, una Esperanza ;

y, la Esperanza, es la limosna, con que la crueldad del Destino, engaña la mendicidad de nuestros corazones...

desear... esperar... he ahí la palabra superior de las horas, cayendo de la clepsidra del tiempo ;...

.

en la calma estancada de la aldea, una alegría, serena y diáfana, parecía extenderse sobre las almas ;

y, las tres vírgenes, aparecían, en la soledad del paisaje, como tres ciclámenes de fuego, en el esplendor de una visión solar ;

la monotonía familiar y grave de nuestra vida, se rompió ;

ya, no fueron los largos paseos, solitarios y meditativos, y, los diálogos serios, nutridos de savias intelectuales, que Lucio Pica y yo, emprendíamos, en las tardes serenas, por los sembrados jóvenes, ó, escalando las agrias cuestas,

que semejaban el rudo esfuerzo, de vuelos petrificados;

Rosina, Victoria y Berta, nos acompañaban, y algo de ligero, de romántico, de sentimental, vino á mezclarse entonces á nuestros largos vagares, por los llanos como adormecidos, ó bajo los follajes cómplices;

un elemento de drama, apareció en nuestra vida, mezclándose á ella, ó mejor, precipitándose sobre ella, como un torrente extraño, sobre un lago tranquilo;

yo, lo presentí y lo adiviné, en el acto;

yo vi el Amor, esa onda de fango, que sube fatalmente en el corazón, para ahogar todas las cosas raras y nobles que hay en él, aparecer, amenazando el corazón de Lucio Pica, con su vértigo de lodo;

y, temblé por él; porque lo veía desarmado ante el Destino, en la candidez paradójal de su alma de sabio;

yo, no era sino un adolescente, pero, como era un cerebral y no un sentimental, mi visión sobre las cosas de la Vida, era más clara y más neta, que lo hubiera sido la de un pasio-

nal, aun envejecido, bajo los arneses del Amor;

mi educación, hecha toda sobre los libros, no había hecho, sino fortalecer, la energía natural de mi espíritu, ajeno á los desmayos de la sentimentalidad, demasiado fuerte, para dejarse vencer, por los vahos malsanos de una obsesión sentimental;

para mí, el amor, no era ya, sino la concupiscencia : el relincho del bruto, sonando en el corazón del hombre, como en una selva:

desde entonces, yo no sabía sino de una pasión, digna de consumir la vida de un hombre : la Ambición;

ser más fuerte que el Amor, es ser más fuerte que la Vida, había dicho mi corazón, sin que nadie se lo enseñara;

y, la Vida, es del más fuerte; vencerla, es conquistarla;

el Amor, es la victoria de la Vida sobre el Hombre;

¡Victoria Implacable!

los que caen bajo ella, mueren como un esclavo, bajo la espada de un eunuco;

y, yo temblaba, viendo á Lucio Pica, entrar en ese combate ;

temblaba por él; porque toda la ternura de mi vida, se había concentrado en aquel arquitecto de mi alma, bajo cuyas manos de maravillas, mi espíritu había tomado las más altas y raras modelaciones ;

toda mi ternura, si ternura pudiera haber en mi corazón, era para mi Maestro, para el curador de mi soledad, para aquel que había operado milagrosamente, en esa cosa profunda y obscura, que es el alma, y, había hecho de la mía, algo cantante y luminoso, haciendo brotar de ella, ese prodigio ético, que se llama : una conciencia, un ser que se posee y tiene el absoluto dominio de sí mismo ;

y, así, temblaba yo, ante el Amor, de aquel que era mi grande Amor, viendo brotar en su corazón que era un prado virgen, las vegetaciones exóticas del sentimiento, como esas grandes plantas carniceras, que al decir de los naturalistas, devoran á los animales inermes de la selva, en la exuberancia asesina de los enormes bosques indostánicos.

¿devorado sería por la pasión, el magnífico corazón de mi Maestro?

las insaciables fauces del Amor, se abrían sobre él;

¿es, que lo devorarían?

¿qué sentimiento indefinible se apoderó de mi corazón, hasta entonces diáfano y tranquilo como un estanque austral bajo la luna?

¿era verdaderamente el temor? ¿eran los celos, ante la probable deserción de aquel solo compañero de mi soledad y de mi vida?

solo Juan, el discípulo preferido del Maestro, podría decirlo, al relatar, el sentimiento que debió apoderarse de su corazón, al ver á Magdalena, la intrusa meretriz, aprisionar en la red de sus cabellos de oro, las azucenas exangües, de las plantas nazarenas;

yo, vi, con ese sentimiento inexplicable, subir la ola fangosa al corazón hasta entonces inaccesible, del Maestro; yo, vi la luz de su alma, palidecer ante el contagio, como un sol, que se velase; yo, vi su tristeza inmensa inabarcable subir en su espíritu como un crepúsculo; yo, lo vi presa de una inconfesada sensación de lan-

guidez, de anonadamiento, de suave melancolía, como la sensación de esa invencible malaria, que se apodera de uno en los canales dormidos de Venecia; yo, lo vi, todo torturado, todo impregnado de amor, sufrir sin defenderse, ante esta gran cosa, vaga é impalpable, que subía en silencio, hasta la cima sagrada de sus pensamientos;

atento al tumulto de sus inclinaciones, él, enmudeció aún más que de costumbre, se replegó en sí mismo, absorto en sus tormentas interiores, y, cerró aún más su corazón, como para que no se sintiese el aleteo del buitre formidable, que ya empezaba á devorarle las entrañas;

esta esquivez ulceró aún más mi corazón, y, lo armó aún más contra su amor;

mi orgullo me decía, que yo, debía ser su confidente, el primero en beber en ese manantial de ternuras, que brotaba obscuro de su corazón;

¿por qué calló?

después, he comprendido, que las almas fuertes, tienen ese pudor de leones, que las aísla;

yo, sufría de ese silencio, sufría de una tortura verdadera;

¿cuál era el sentimiento que me agitaba? ¿en dónde residía? ¿en qué parte de mi ser, posaba sus raigambres oscuros y sobrenaturales?

era un sentimiento superfísico y neutro, un elemento extraño, ajeno á la forma ordinaria de las pasiones humanas;

no era, no podía ser, el Amor; no era la amistad; ¿qué extraña forma de egoísmo era ése?

nunca me lo expliqué;

la Naturaleza tiene eso de sabia; ha creado el alma, ciega para ver en sus cosas interiores; si el alma humana, contemplando el juego obscuro de sus pasiones, y de sus sentimientos, llegara á comprenderlos todos, y, á ver el lodo inmundo de que está formada, avergonzada de sí misma, llegaría á despreciarse tanto, que vivir le sería imposible:

he ahí por qué la Naturaleza, pone ese velo ante nuestras sensaciones, para ocultárnoslas, como envuelve en piel nuestras vísceras, para que no veamos el trabajo secreto y repugnante de nuestras digestiones;

la Vida, es una miseria fétida, y Dios mismo, parece tener asco de ella ;

la inocente esquivéz de Lucio Pica, me hacía sufrir cruelmente :

ya, no paseábamos juntos, bajo el azul dorado de los cielos, en esas tardes inolvidables, en que los campos mudos, desplegaran á nuestra vista toda su polieromía de Misal, y nuestras almas se confundían, en una sola aspiración intelectual, y nuestros sueños espiritualizados iban como dos pájaros gemelos, en vuelo hacia el mismo Oriente, poblado de divinas idealides ;

aquella fraternidad inmaterial, que nos hacía desprendernos, de todo lo que nos rodeaba, para comulgar sobre las cimas, con una comunión de astros, se había interrumpido, á la sola aparición de Rosina, mi prima, que por una verdadera impresión magnética, atrajo y fijó el alma del Maestro, como con una fuerza de imán :

y, esa alma hipnotizada, parecía no seguir ya, sino los movimientos lentos de aquellas manos, el eco de aquellos labios, el vano y tenebroso resplandor de aquellos ojos :

estaba impregnado de ella, de todos los

gestos de su alma, de todas las gracias de su cuerpo :

en nuestros paseos, que ahora ya no eran solos, él, se tenía pertinazmente al lado de Rosina, espiando sus menores gestos, atento á sus menores deseos, siempre dispuesto á sostenerla con su brazo, cortando para ofrecérselas, las mejores flores silvestres, que crecían á la orilla del sendero ;

y, si ella, y las hermanas de Lucio, avanzaban, y, los dos quedábamos atrás, no tenía ojos sino para seguir los movimientos rítmicos de las caderas de Rosina, las redondeces de su cuerpo, con tal llama de deseo, en los ojos, que parecía devorarla ;

tenía alegrías intempestivas, risas sonoras, que yo, no le había conocido nunca ;

esta alegría de niño, lo transformaba y lo empequeñecía á mis ojos :

su austera gravedad, me era más amada :

una alma nueva, más próxima de la alegría y de la Vida, parecía nacer en él :

la pasión, lo humanizaba ; la vivacidad de sus sentimientos, turbaba la casta serenidad, donde

mi alma, estaba acostumbrada á contemplarlo como á un dios ;

y, esta humanización, me hacía sufrir aún más que su esquivez ;

no, que él, fuese hurraño conmigo : no ;

era siempre cariñoso, siempre afable, pero, había algo, que en silencio nos separaba ; algo que venía de nuestras almas, y, no quería revelarse ;

¿creía Lucio Pica, que yo, no favorecía bastante, su empresa de conquista sobre el corazón de Rosina ?

las confianzas inmoderadas de ésta, para conmigo, sus abandonos fraternales, el excesivo cariño que me demostraba, ¿ponían una nube de celos en su corazón ?

no lo creo ;

Lucio tenía el alma demasiado alta para esas pequeñeces ;

y, nada me da el derecho de calumniar aquella alma, en la cual, no sorprendí nunca un desfallecimiento ;

¿compartía Rosina, la pasión de Lucio ?

cuando en las noches, en el salón de mi tía,

nos reuníamos todos, para jugar á las cartas, conversar, ú oír tocar el piano á mi prima, ésta, con una coquetería, toda de su sexo, se complacía en exacerbar el deseo y la naciente pasión de Lucio, ya conversando largamente con él, ya, interrumpiendo bruscamente la conversación para escaparse, viniendo á mí, bullanguera y encantadora, para invitarme á bailar, ó para hacer conmigo alguna chiquillada ruidosa;

y, yo, veía á Lucio, sufrir de estos aturdimientos de carácter, y, yo, sufría con él;

la inocencia en la mujer, no es una virtud, es una arma;

hay mujeres vírgenes, pero no hay mujeres inocentes;

es verdad que Rosina, era casi una niña, pero, había en ella, toda el alma tenebrosa y fuerte de la mujer: hecha de ambigüedades divinas;

ella, no ignoró, desde el principio, la pasión de Lucio; la dejó avanzar hacia ella, pero, no le tendió los brazos;

para evitar toda confesión definitiva, esquivaba permanecer sola cerca de él, ó, al estarlo,

fingía tales aturdimientos infantiles, que hacía imposible, toda palabra grave ;

en cambio, conmigo, Rosina, era triste, melancólica, pronta siempre á los largos silencios pesados de misterio ;

el sentimentalismo de su corazón, parecía exacerbarse, en esas horas de intimidad, en que más que el ruido de nuestras palabras, parecíamos oír el murmullo de nuestros pensamientos, como el de una fuente lejana, que corriese en la sombra del jardín :

en estos largos diálogos de silencio, yo, sentía que mil cosas inconfesadas, morían sobre sus labios, como toda una floración de rosas, muertas de miedo del sol ;

el sentimentalismo en la mujer, no es sino un grado refinado de su erotismo ;

el romanticismo, no es en ella sino una perversión sexual ;

las grandes enamoradas, son las grandes soñadoras :

el sentimentalismo, diluído en misticismo, da las grandes pecadoras mentales :

el histerismo de Santa Teresa y el de Magda-

lena, es uno solo: parten del mismo corazón, y, van al mismo fin;

yo, adivinaba que la más propicia á la hora sexual, era, la hora sentimental...

porque la hora sexual, no es en la mujer, sino el deseo vehemente, y, la gestación del acto;

el ensueño, no es, sino la incubación, deliciosa y misteriosa, del hecho del amor:

y, el deseo, se abre y se engrandece en el silencio, como las magnolias, en la Noche:

y, yo, tenía miedo á esos largos diálogos sin palabras, en que sentía que la rosa de las revelaciones iba á brotar de sus labios, hasta entonces cerrados por el esfuerzo de un bello orgullo melancólico;

tenía miedo y los buscaba, esos momentos, en que solos, bajo los saucedales, teniendo en las manos, un libro, que era un pretexto, Rosina y yo, enmudecíamos, contemplando las suavidades insinuantes del río, que corría cerca de nosotros, con una mansedumbre llena de rumores y de dulzuras, cual si fuese la tristeza errante de la selva...

el alma de los paisajes, esfumados, parecía llorar en nuestros corazones, que eran como las cuerdas metálicas de una arpa, tocadas por la caricia blanca, de las manos lunares de la Noche;

idealizada, prismatizada, en las penumbras de ese paisaje medio místico, la belleza tierna y seria de Rosina, era como una difusión lunar, bajo los altos espacios embalsamados y, el topacio oscuro de los cielos, llenos de enormes silencios azules;

Del cristal licuado de sus pupilas, medio cerradas, que tenían el extraño color de las hojas de la higuera, ya marchitas por los vientos del otoño, emanaban tristezas, tan discretamente intensas, que podría decirse que saturaban de su melancolía, todo el paisaje:

los jacintos de sus labios, permanecían tenazmente cerrados, como si temiesen decir aquellas palabras de caricias que hacen cambiar la Vida;... porque los labios de la mujer, guardan el destino del mundo:

en el níveo rosal de su garganta, parecían anidarse todos los suspiros, de las tardes difuntas, prontos á estallar:

y, su seno, se agitaba, fuertemente, como lleno de una exquisita demencia, llamando la tortura deliciosa de unas manos devotas ;

y, sentíamos la inexorable necesidad del silencio, único que podría salvar nuestros corazones, sedientos de vagas y tiernas caricias :...

yo, no amaba á Rosina : la deseaba, con un deseo que era una tortura : deseaba las alegrías radiosas de sus carnes, la emoción maravillosa de sus besos ; esa emoción de amor por la cual la vida vale la pena de sufrirse ;

yo, no podía amar á Rosina, porque mi corazón, había ya emprendido el camino ascensional hacia otro ser ; y, la enfermedad divina del Amor, me había ya tocado con lo infinito de su Gracia, en la mañana misma de mi adolescencia ;

yo, amaba á Victoria Pica ;

nos amábamos desde niños, con ese amor inocente y suave, privado de deseos, ese amor que vive siempre porque no se realiza jamás...

el orgullo de ese amor espiritual llenaba mi

alma, pero, no lo bastante, para apagar en mí, el deseo ardiente y brutal, que el cuerpo de Rosina despertaba en mí, y, la sed devoradora de sus besos carnales, que me perseguía como una obsesión, al solo ritmo de su cuerpo ondeante, lleno de promesas, al solo perfume de sus carnes, que como un ambiente de serrallo, despertaban mi naturaleza, relinchante de deseos :

otro sentimiento se mezclaba en mí, á este germen de pasión : la idea de que poseyendo á Rosina, deshonrándola, la inhabilitaba para ser la esposa de Lucio Pica ; y, entonces, mi Maestro, mi Amigo, volvería á ser lo que antes era ; sólo mío, viviendo en mi corazón ;

esta incertidumbre, llena de vagas palabras, en que yo mantenía á Rosina, hacía que ésta permaneciese casi indiferente á la pasión de Lucio, sin decidirse, sin embargo, por mí, de tal manera, que él pudiese notarlo ;

el miraje de nuestra fraternidad, servía á ocultar, divinamente bien, el juego obscuro de nuestras emociones verdaderas ;

debo confesar que la idea de esta traición, de

esta profanación, de este cuasi incesto, no me espantaba en lo más mínimo ;

yo, no creo que el hombre haga mal, en apagar su sed, en cualquier manantial que encuentre en su camino, aunque ese manantial haya nacido, al lado mismo de su cuna ;

el incesto, no es una violación de la Naturaleza, sino una violación de la costumbre ;

la Naturaleza, es inviolable ;

si hay algún culpable, en esta violación de la costumbre, es, el Destino, que puso así la fuente, al alcance del labio sitibundo ;

ó, acaso, los verdaderos culpables, son los hombres, que hicieron la costumbre, para ser violada por la Naturaleza ;

esa infección mórbida del deseo, ganaba mi alma como una inundación, ya, que no tenía dique antinatural, es decir dique moral, que la contuviese ;

todo deseo de la carne es puro, puro como el torrente en la montaña ;

la impureza, no está, sino en los ojos, oscurecidos de mal, que lo contemplan ;

el cielo límpido ríe, ríe ante el enorme, irre-

sistible deseo, que invade los hombres, en el seno impecable de la Naturaleza...

el cielo es puro, por eso ignora el cielo que la moral existe.

.
.

.
Cuando aquella tarde, Rosina y yo, como llenos de un mismo pensamiento, nos sentamos en el banco más remoto del jardín, que el crepúsculo empurpuraba ya, envolviéndolo todo en un manto de violeta rojizo, que hacía como episcopales los grandes cerros lejanos, quedamos largo tiempo silenciosos, viendo al través de los ramajes ya oscurecidos, las blancas líneas de la casa, en uno de cuyos balcones, la sombra, suave y como incorpórea de mi tía, se veía aún, inclinada sobre su labor de costura, bajo las enredaderas cariñosas, hechas tristes en la penumbra :

la gravedad del paisaje, parecía retratarse en nuestras almas, con todos sus tintes ajados, de indecible melancolía ;

la obsesionante queja de las aguas, sonaba á

nuestros pies, como un niño que sollozara, entre las lilas sufrientes ;

los bálsamos errantes de la llanura, envolvían en un manto de perfumes penetrantes, nuestros pobres corazones, abiertos á la tristeza, á la embriagante tristeza de la hora ;

Rosina, se adivinaba, más que se veía, cerca á mí, en el prisma indigente, que extendían sobre nosotros, la seminoche de los cielos enlutados y, la pálida ondulación de los ramajes aflictivos...

yo, había aprisionado en mis manos, una de las suyas, y, conversábamos en voz baja, como si temiésemos oír el verdadero alarido, de nuestras almas torturadas...

en el abismo, oro y azul, nuestras voces, se perdían, como el canto de los pájaros, que piaban dulcemente, bajo el cristal aterciopelado del cielo languideciente ;

yo, me inclinaba hacia el rostro de Rosina, en cuyos ojos, se reflejaba todo el tenebroso esplendor feérico de los jardines nocturnos, y, de cuyos labios de flor, parecía escaparse, en una divina emanación, su alma odorante ;

¿qué nos decíamos?

yo, no podría recordarlo hoy;

miente, quien relata á distancia, las palabras que dijo, en una hora definitiva de amor;

yo, sólo sé, que al principio, le hablé de Lucio Pica, de su amor por ella;

y, viéndola indiferente á aquellas palabras, le hablé con un calor extraño, de la nobleza de aquella vida, de todos los tesoros de aquella alma...

con tal calor defendí la causa de mi Maestro, que por un momento, temí haberla ganado;

entonces tuve miedo, miedo, y cólera contra mí...

¿por qué?

sería más fácil al mar, responder del secreto de sus olas, que al corazón humano decir el *por qué*, de aquellos movimientos que en el fondo de él, esbozan gestos decisivos y tenaces;

¿quién dirá nunca las fuerzas innombradas, que hay en nosotros, y, que son la razón oculta y definitiva de nuestras crisis morales, violentas y desproporcionadas, que no alcanzamos á

vencer, precisamente porque no alcanzamos á comprender?

¡mentira es la simplicidad del corazón!

un corazón simple, moriría de su propia desnudez;

la duplicidad, es la única gran fuerza moral, que salvaguardia nuestro corazón;

nadie tiene el deber de revelarse á los otros, bajo la verdadera luz de su corazón;

las cosas de nuestro corazón, son hechas para ser ocultadas, no para ser reveladas, á los otros;

revelarse, es traicionarse;

la sinceridad, es una traición á sí mismo;

la peor de las traiciones;

el corazón que dice la Verdad, muere de ella;

el Misterio, está en el fondo de las almas;

y, la Verdad, duerme en el fondo del Misterio, como una divinidad supliciada;

y, debe quedar allí, oculta, como una estrella en las bellezas de la tarde...

no digáis la Verdad, de vuestro corazón...

no la digáis;

moriréis de ella ;

Rosina callaba...

¿acaso había esperado esa hora decisiva, en que las almas se entregan, y, el tesoro de los sueños es dicho, en la cristalización azul y diáfana de la palabra, llena de cosas vírgenes, cargada de esencias espirituales ; simple y fuerte como la Vida ?

la noche había llegado, y, se iluminaba débilmente, con una lentitud cómplice, que hacía su seno cariñoso y obscuro...

de las alturas lejanas, una bruma de esmeralda, polveada de argento, descendía, como un incienso íntimo, que lo invadiese todo, irresistiblemente ;

sobre los promontorios lejanos, donde parecían vagar aún los fragantes escorzos del día, el claror fugitivo de la tarde, había desaparecido como en una pesadilla de oro, en un lujo de decoración, embalsamado y silencioso ;

el rostro grave de la virgen, lleno de una extraña emoción, parecía iluminarse todo, de luces interiores, que se hacían visibles en sus ojos deslumbrados, como cegados por la intensidad de su propio ensueño ;

su belleza poderosa, se hacía ardiente, como un cirio en la sombra;

su cabellera, que el viento de la tarde, había desmadejado sobre sus hombros, se diría una tela de araña, que un rayo de luna, tiñese de un fulgor de azogue;

Rosina, continuaba en callar, con un orgullo glorificador, cuyo gesto mental, veía yo, diseñarse claramente;

ella, callaba, porque temía revelar el secreto que subía de su corazón á sus labios y, callaba con una grandeza consciente y grave como la noche, cuya teatralidad confusa, se inclinaba hacia nosotros, como un firmamento:

yo, no tenía tampoco palabras con que arrancarle su secreto, que sentía aletear, en su corazón, como un pájaro prisionero;

y, me sentía amado por ella: sí;

aquellos ojos húmedos, radiantes de emoción, no mentían. .

no mentía aquel corazón en sobresalto, cándido como una estrella:

no; no mentían;

sólo, que á ella y á mí, nos faltaba la palabra,

con que revelarnos, con que ofrecernos, con que darnos el don de nuestra propia Vida ;

el instinto, habló en nosotros, más alto que la palabra ;

la pubertad de todos mis sentidos, clamó ante aquella virgen enamorada, que rendida y sin fuerzas ni voluntad para resistir, clavaba en mí, sus ojos, hechos fosforescentes, y, en cuyas carnes estremecidas, yo, sentía el deseo imperioso subir por grados, como una mar que va hacia lo infinito ;

la soberanía inexorable de la pasión, nos poseía ;

habíamos dejado de hablar ; y, sin saber cómo, nuestros labios, se devoraban ;

mis manos erráticas, que ya habían destlorado las azúenas de sus senos cándidos, se perdieron en el misterio de sus formas, y, descubrieron ante la noche, sus blancuras siderales, como las de un astro, que fuese humano ; nuestros cuerpos, se unieron, como uno solo ; yo fui en ella victorioso y triunfal : ella fué toda mía ; su gemido de destloración llenó la noche ; y, fuimos como dos llamas, hechas una sola

por el furor del huracán: y, fuimos uno, en ese minuto de la transfusión de la Vida, en que la servidumbre gloriosa de la carne, nos unió en la acre miseria de nuestros besos, bajo los cielos cargados de oro, como un sueño de estío;

de súbito, el ramaje de las lianas, que cubrían el quiosco, se abrió suavemente, y, Victoria Pica, blanca y radiosa, asomó en ese pórtico de verdura su faz de primavera;

bajo el cielo, libre de muros, en el oro verde de la decoración, se diría hecha de zafiros y de ámbar, de una luz nacarada, cual la de un lucero, visto en una agua azul;

su palidez, se hizo luminosa como la de un cristal de Bohemia; un ópalo incendiado...

y, quedó de pie, ante nosotros, como un gran cáliz de flor, sobre el cual, lloviese un simún de cenizas;

¿vió? ¿comprendió?

su melancólica serenidad, no reveló nada; ni confusa, ni inquieta, quedó inmóvil, en el fondo evanescente de la penumbra verdosa;

los ojos de su alma, como si fuesen cerrados para el mal, no vieron nada; llenos quedaron de

su calma uraniana, que era como una gran caricia de tristeza ;

venía, á buscarnos, porque era la hora de la cena ;

y, los tres, nos dirigimos á la casa, por el jardín desierto, bajo los follajes insondables, por entre las flores que parecían fantásticas en la calma aterciopelada, conmovida de vibraciones, en el azul lacteado de la noche, que era euasi como un blanco difuso de perla ;

todo en torno nuestro, era como una caricia de tristezas, impregnada de ternuras llorosas, lívidas y turbadas ;

Venus, lucía en el cielo, como un cristal solar ;

y, yo, iba entre la virgen y aquella que había dejado de serlo, como una interrogación, entre dos misterios...

y, mi sombra se engrandecía, como un muro, alzado entre esas dos almas ;

eso, es nuestra Vida : la enormidad de un Yo, en lo negro de la Nada...

Y, ya dije todo el secreto de mi vida, al poner mi corazón desnudo sobre estas páginas ; única parte en que ha de estar mi corazón así, como una rosa sobrenatural, que derramase por igual, sus perfumes y su sangre...

la sangre de las rosas, no tiene el perfume embriagante, de la sangre de un corazón, que se abre para dejar manar de él, el río silencioso del recuerdo ; río de holocausto, sobre el cual brilla el alma, como una estrella ;

y, solo yo he de ver mi corazón desnudo ; los hombres, no lo verán jamás ;

Victoria Pica, y, yo, nos amábamos, y, nuestras almas adolescentes, se habían jurado desde la infancia, uno de esos amores enternecidos que no mueren nunca, y que, cuando todo ha sucumbido, en las estridencias crueles de la Vida, suenan aún, en los naufragios nóma-

des de nuestro corazón, como un ruido de alas melodiosas, bastante á embellecer una vida, con su dulzura luminosa ;

sí ;

nuestras almas, se habían cambiado esos juramentos de Amor, á las orillas de los arroyos túrgidos, diáfanos de sol, sobre los grandes senderos, maravillosos de verdura, ante los horizontes libres, donde vagaban nuestros sueños implorantes, entre la embriaguez invasora de las rosas, y, las melancolías triunfales de las tardes sonoras, propicias al amor, bajo su corona de nebulosas, florecidas de astros ;

hoy, mismo, rememorando en mi corazón, mi alma siente la emoción casta, de aquellos amores lejanos y la tristeza divina de aquellas horas, en que juntos, asidos de las manos, como dos zagales geórgicos recorríamos los grandes llanos ondulados, ó, los senderos umbrosos, al fulgor de los soles exultantes, murmurando en palabras, prematuramente graves, las torpezas divinamente monótonas de nuestro corazón ;

y, aun hoy, como si un espíritu nuevo, cantase algo inextinguible y triunfal, en el fondo

de mi corazón, recuerdo, con una emoción extraña, aquella hora sentimental, la única hora sentimental de mi vida, en que el amor, se abrió, en los grandes misterios libres de mi alma, como una rosa desaparecida para siempre, y, sonó en mi corazón, turbado en su claro sueño de irrealidades, el eco de esas palabras que no se oyen más; y, los pájaros del Ensueño, cantaron músicas pensativas sobre ramas inaccesibles;

¡oh la vieja voz que canta, yo no sé dónde; yo, no sé qué !...

¿Victoria Pica, vió el gesto brutal, en que nos abrazábamos Rosina y yo, bajo los follajes del quiosco, en aquella noche maravillosa, en que ésta fué mía, entre el huracán de mis besos, que caían sobre su cuerpo vencido?

no lo creo;

su divina serenidad no fué turbada; y, el vibrezno de los celos no mordió en su corazón;

la visión del Mal, no turbó la castidad astral, y el efluvio ambarado de sus ojos;

en cuanto á mi Maestro, ¿comprendió ó, pre-

sintió siquiera la traición que yo había jugado á su corazón?

no;

su alma demasiado alta, alimentada de divinas idealidades, ni conocía ese abismo de lodo que es el corazón de una mujer, ni pudo sentir, algo más pérfido y obscuro, todavía : el corazón de su discípulo, de aquel en quien había puesto todas sus dilecciones ; porque aun después, él continuaba en acariciar mi alma, con sus austeras manos espirituales, en orientarla, con el imperio suave y grave de su pensamiento, hacia la luz ;

y, yo, no sentí, ni dolor, ni pesar, de haberlo traicionado ;

¿ comprenderé yo alguna vez, el abismo celeste de mi corazón ?

yo, amaba, sí, yo, amaba, con una ternura extraña á Lucio Pica ;

ese hombre había sido, mi padre, mi hermano, mi amigo espiritual, el Cristo de mis sueños, sobre cuyo corazón de luz, me había dormido, como el discípulo de Jesús, sobre el corazón sagrado del Maestro ;

y, yo, había traicionado á ese hombre, había mancillado su sueño, había desflorado, los pétalos de aquella flor, en la cual quería posarse su alma, como un pájaro...

y, no tembló mi corazón;

nada me reprochó mi corazón;

fuí feliz, de mi acción, y tuve deseos de revelársela, para matar en él, todo germen de amor, y, expulsar de allí aquel fantasma de mujer, que me había robado la posesión clara y luminosa de su espíritu;

el cielo obscuro, no dejaba de atormentar mi corazón; y, aquella sombra alzada entre él, y yo, me torturaba como un enemigo;

yo, había matado ya el amor de Lucio Pica en el corazón de Rosina;

¿cómo podría destruir el amor de Rosina, en el corazón de Lucio Pica?

la posesión del cuerpo de Rosina, no me bastaba, era la posesión del alma de Lucio, la que yo deseaba; su posesión, absoluta, completa, indiscutida...

poseer la vida entera de su alma, y, poder decir : yo, estoy en su espíritu, yo, vivo en su

espíritu; yo, soy, la esencia de su alma;...

y, yo, sufría, sufría cuando en los paseos de tarde, Lucio, al lado de Rosina, se extasiaba en contemplarla, como si perdiese la noción de todo lo que lo rodeaba; y, su palabra era como un rosal florido donde se abrieran rosas de plegaria, y su corazón, llameaba en la tarde tranquila, mientras más allá de la cortina de sauces, el llano se extendía ante nosotros, como una mar riente, llena de una diafanidad celeste;

mi celo, no iba hacia Rosina, por la cual, yo, sentía, á veces, ráfagas de odio; lo que yo celaba era el corazón de mi Maestro;

y, yo, sufría en mi orgullo y en mi egoísmo... sufría la sensación extraña de aquel á quien se arrebatara el solo refugio contra el dolor, y, se ve de súbito solo, irremediabilmente solo, sobre las ruinas del ayer, sin el hoy, sin el mañana, en un abandono silencioso, ante la soledad que bebe su alma, como el desierto bebe el agua de los cielos que cae sobre él;

el amor de Victoria Pica, con ser todo mi amor, no alcanzaba á consolar mi egoísmo, la sorda avaricia de mi corazón;

ella, iba silenciosa á mi lado, durante esos paseos, en que las tormentas interiores, devastaban mi pensamiento, iba como incorpórea y mística, en esos paisajes de Anunciación, como una melodía sobre las aguas de un lago ;

y, yo, callaba, al lado de ella ;

¿ cómo decirle la verdad y la tormenta de mis pensamientos ?

Victoria Pica, era ya la única cima de idealidad, que quedaba en mi horizonte, en ella se agrupaban las escasas purezas de mi alma, como las nubes flavescentes de la tarde, sobre las últimas alturas, donde aun vive la luz, en rayos adorables ;

yo, no amaba á Rosina ; ella, se había hecho mi querida, y, en el orgullo de sus morbideces, habíamos agotado todos los placeres de la carne, en una verdadera bacanal de lujurias...

¿ lo supo el cura ?

¿ el aya, abandonada por mí, averiguó la razón de mi esquivéz, y, me delató ?

yo, no lo sé ;

pero, ello es, que mi ventura fué rota ;

próximo á cumplir mis diez y ocho años, fui enviado al Seminario ;

el cura, cumplía las últimas voluntades de mi madre y de mi abuela, que me destinaban al Sacerdocio ;

y, yo, no me rebelé contra esa medida, que abría un horizonte á mi Ambición ;

¿qué sería de mí, huérfano, cuasi expósito y miserable, en el fondo salvaje de esa aldea ?

¿qué porvenir se me esperaba ?

las puertas de la Iglesia, se me abrían como las puertas del Triunfo ;

ser jesuíta, era, ser poderoso ; ser dominador ; salir de la gleba obscura de los azotados, á la alta posición de los azotadores ;

ya, no sería rebaño, sería pastor ;

mi cabeza, se alzaría muy alto ;

y, en los sueños de mi ambición vertiginosa, miraba ya, venir á mí, la mitra, como una corona, y, el cayado como un cetro :

yo, había oído al Padre Fajardo, decir horrores, contra los jesuítas que infestaban el país ; y, había leído en la Biblioteca de Lucio Pica, cuanto se había escrito contra ellos,

desde los enciclopedistas hasta nuestros días, y, no podía librarme de la más desenfadada admiración, por ese hatajo de bandidos consagrados que gobiernan el mundo ;

Ignacio de Loyola, ese loco imbecil y feroz, mitad héroe, mitad tigre, me parecía el más perfecto tipo, de Jefe de bandoleros, que hayan creado los hombres, y, lo admiraba también, desenfadadamente ;

pertenecer á aquella poderosa cuadrilla de salteadores, la mejor organizada, y, la más prolicua, exaltaba todos los sueños de mi ambición y, los colmaba ;

así, fué, con una gran alegría, que recibí esa noticia, que era como un primer paso, en el Camino del Triunfo :

yo, no me preocupé del dolor que ese triunfo mío, sembraba en otros corazones ;

imposible pintar la tristeza que aquella resolución, sembró en el alma de los que tanto me querían :

Lucio Pica sufrió de verme partir, pero su serenidad de pensador, comprendió que allí estaba mi ventura, y supo ahogar su emoción :

su madre, se mostró inconsolable ; su noble corazón, ya tan probado por el dolor y por la muerte, sintió esta nueva herida, que lo desgarraba... Yo, era como otro hijo, que había nacido en su corazón, y, moría también...

mi tía, estaba desolada ;

pero, de todos esos dolores, yo, no sentía sino el dolor de Victoria Pica, porque era mi propio dolor ;

sólo, á ella juré volver...

Rosina, tuvo una desesperación comprometedora. Sus razones eran graves, por sobre toda gravedad : estaba en cinta ;

— ¿Qué hacer para ocultar mi vergüenza? me gritaba.

— Casarte con Lucio Pica ;

ella, quedó aterrada ante mi consejo...

— ¡Cómo ! Y ¿eres tú, quien me propone eso?

— Y, ¿por qué no? Yo, soy el único interesado en la materia. Yo, no puedo casarme contigo. Voy á ser sacerdote. Casarme, sería afrontar la miseria y la obscuridad en la aldea. Yo no tengo valor para eso.

— Y, ¿mi amor?

— El amor, no alimenta, amada mía. Yo, tengo otras ambiciones...

— Pero...

— No discutamos. Óyeme. ¿Qué mejor cosa puedes hacer, que casarte con Lucio Pica, en vez de vegetar en la aldea, sola y deshonrada como mi madre? Acepta á Lucio, con la condición de casarte inmediatamente, para evitar murmuraciones. Cásate antes de dos meses, y el niño que nazca, aparecerá como un parto prematuro, un sietemesino, como hay tantos... Lucio, será feliz, y, te hará feliz...

— Y, ¿si Lucio nota?

— ¿Qué va á notar? Él, no sabe nada en achaques de virginidad. Yo, creo que no conoce sino la suya.

Rosina, sonrió y, quedó largo tiempo pensativa...

Y, luego, nos amamos esa última noche, como en los mejores días de nuestra felicidad.

.

Y, al día siguiente, dejé esa aldea, donde

había pasado mi infancia y mi adolescencia ;
toda mi vida hasta entonces...

la dejé sin pena, lleno de una desbordante alegría ;

el horizonte me sonreía, cargado de sueños de oro ;

la Ambición, cantaba en mi alma un cántico, como un mar sobre la playa...

visiones de Dominación, llenaban mi mente toda...

sólo, la imagen desolada de Victoria Pica, ponía un poco de tristeza, en el torbellino fulgurante de esa hora, pero una tristeza dulce, como de una flor exquisitamente balsámica, que llevara sobre el corazón...

y, aún, todavía, en el fondo de mi alma, esa tristeza canta...

Seminario de San Nicolás...

Y, así caí en este nido de sacerdotes futuros, y, destinado á ser uno de ellos ;

así, con el corazón lleno de ambiciones íntimas y de esperanzas cínicas, dispuesto á todas las vilezas y, á todas las cobardías, para triunfar en esta innoble prostitución de la vida religiosa ;

aquella claustración absoluta, aquella promiscuidad vulgar y forzada con otros seres, tenía que ser dura, para quien como yo, estaba hecho á la vida ardiente y libre de la naturaleza, á los aires y los perfumes vivificantes del campo, á la fantasmagoría móvil y fugitiva de los horizontes, á la habitud de ver nacer y desaparecer los astros, sobre la melancolía embriagante del mismo cielo, y las mismas colinas blondas de zafir ;

romper con todo eso ; renunciar á todo eso...
era duro y difícil.

sin embargo, no necesité de gran esfuerzo,
para domar esa melancolía ;

todo eso vivía en el corazón, en los parajes
oscuros del sentimiento ;

todo eso era inepto y trivial : floración de
candideces ;

yo mismo arranqué esas flores pérfidas de
los muros de mi alma, y, las arrojé, lejos, muy
lejos, sobre los caminos lentos del Olvido ;

y, me hice otra alma : una alma de adapta-
ción y de Voluntad ;

la mejor manera de formarse una alma, es
ocultarla siempre á los otros ;

la vaporización del Yo, es decir su exterioriza-
ción, y el don de él, hecho á los otros, lo agota y
lo destruye ;

la concentración del Yo, en un hermetismo,
cuidadoso y fecundo ; esa es, la Fuerza.

S. N.

Este, no es un diario : son anotaciones, es-

•

critas sin orden ni cuidado ; ora en el margen de un periódico cretino de los que por aquí penetran, para edificarnos (y valga la frase consagrada); ora en la última página en blanco de texto, que arranco luego ; ora en un cuaderno de tesis, cuyas hojas se nos dan contadas :

y, todo esto á hurtadillas, escondiéndome por igual de los maestros y de los discípulos, porque aquí se marcha por los claustros, entre un espía y un delator ;

el alma levítica está formada de estos dos vicios ;

y, yo, sospecho, que los sacerdotes, no han canonizado á Judas, no por horror, sino por Envidia ;

como todos los hombres superiores, se adelantó á su tiempo ; y, fué el modelo del sacerdote católico, antes de haber catolicismo ; de ahí su fracaso.

S. N.

¡Qué pluralidad de rostros, vagan por estos claustros, cretinos unos, cándidos otros, todos

como sonambulizados, en la locura de un suicidio lento !...

todos macilentos, todos demacrados ; los bellos colores han huído de esos rostros, que parecen acartonarse en una senilidad precoz ; se diría que todos tienen un jardín de violetas, bajo los ojos ; les falta la alegría física, el ritmo de los músculos : la higiene ;

aquí, no hay baños, no hay gimnasios : todo es una conspiración contra la salud ;

no sé qué vagos sueños de nostalgias sufrientes, hay en todos estos ojos de niños, que brillan, sin embargo, con una luz extraña de resignación, como los ojos de un cordero, sacrificado á la hora del crepúsculo, y, que guarda en las pupilas inertes, toda la grandeza suntuaria, de los cielos en agonía ;

no sé por qué, creo, que la mayor parte de ellos, han sido arrojados aquí, por el mismo huracán que me arrojó á mí : por la Miseria ;

son, como hojas secas, que un viento implacable barre de los caminos de la vida, hacia aquí, adentro de estos muros, donde las horas caen lentas y tristes, como una inmensa bruma ;

estos muros, se los devolverán un día, vomitándolos sobre la vida, armados del doble poder de atar y desatar las cosas del cielo y de la tierra...

¡ay del mundo entonces! ¡ay de los vencidos!... el paso de esta legión asuela el mundo; los cosacos de la hostia, son más terribles que los cosacos de la lanza; ellos van á la conquista de la tierra; y, ya, es suya... ya, es suya! ¡su triunfo anubla el sol!

¡guay de los vencidos!

¡yo, seré de los vencedores!...

S. N.

el silencio que envuelve estas almas, es penetrante, como un perfume, obsesionante, deletéreo, como un miasma; se diría, que os penetra por todos los poros, y, os invade, como una malaria;

os hacéis, paulatina, involuntariamente silenciosos; os incorporáis, os fundís, insensiblemente en esta enorme masa de silencio, que reina con una intensidad abrumadora, en los

inmensos claustros embalsamados, y, los invade como un estuario, y, los llena de su salvaje omnipresencia...

se diría, que, es una orquestación de silencios, que reina en la soledad;

y, por ella, va esta triste procesión de almas adolescentes, pasivas, inertes, como un rebaño en la noche, moviéndose lentas, bajo el impulso de una voluntad invisible y extraña, en un anonadamiento absoluto de la suya propia, conscientes de su significación solemne de ser una fuerza así agrupados, así unidos, ante el mundo y ante el porvenir ;

el orgullo de la colectividad los posee, como á los hebreos el orgullo de la raza ;

el alma de la Compañía, parece residir en todos ellos ; en sus gestos, en sus ambiciones, en sus palabras ;

el *Yo*, muere aquí, como un niño estrangulado : es algo inútil, algo nocivo, algo fatal, que es necesario extirpar hasta en sus más profundas raíces ;

Nosotros, esa es la palabra gloriosa, la bandera, el santo y seña, ahora y siempre ;

el mundo exterior, no existe aquí...

toda comunicación libre, con los de fuera, nos es vedada;

nuestras cartas pasan abiertas por las manos del superior;

las primeras cartas de Lucio Pica, me fueron entregadas; después, no volví á recibir ninguna... ¿qué contenían? ¿qué perfume de grandeza, se escapó de esas páginas, denunciándolas?

de Rosina, no he recibido una sola letra;

yo, hubiera querido saber algo de Victoria Pica, la más casta y la más extraña visión, que se haya ofrecido á mis ojos mortales... fascinante como el Misterio; en la gran sombra moral, que todo lo abarca aquí, condenando é inutilizando todo esfuerzo de Vida, lo único que no se borra, lo único que no muere, lo único que no desaparece, es la imagen de ese mi amor, lleno de la riqueza inaudita de las cosas imposibles, del terrible resplandor irrevelado, de los sueños que están más allá del Hombre y de la Vida;

¡tal vez, no la he amado nunca como ahora!;

la ternura mía, viene de mi soledad, que todo lo engrandece; de este anonadamiento completo de mi alma, estéril como un desierto, desolado como una ruina ..

¿por qué empeñarse en destruir del corazón, las cosas misteriosas y bellas, que Dios ha puesto allí, profundas, como la raíz bajo la tierra?

¿por qué arrancar con nuestras propias manos, la simiente maravillosa, que ha de engendrar la vida?

¿por qué?

porque estos sueños, llenos de cosas nuevas y vivificantes, vienen del corazón ;...

y, el corazón, es un abismo, fatal á nuestra vida;

el corazón, es el germen de todas las derrotas ;
es necesario estrangular el corazón ;

es cuando el corazón ha callado para siempre, que el himno de las grandes cosas, suena en el alma como un concierto de astros ;...

nada hay igual, á la fecundidad incalculable de fuerza, que viene al hombre, cuando ha matado su corazón ;

sólo en el silencio eterno del corazón, es, que
esplende nuestra alma, como una aurora...

y, yo hago todo por matar mi corazón, y, con
él, las visiones augustas del pasado, toda la
lumbre ideal, que circundaba el esplendor de
mis pasados sueños...

y, me engaña su silencio; y, lo creo á veces
ya domado; pero, aplico el oído á él, y, lo oigo
cantar bajo la muerte como un mártir bajo las
catacumbas...

y, ese canto, es aún como un reclamo de ven-
tura, lleno de un terrible poder animador...

y, me parece que al ruido de ese canto, el
silencio del claustro se estremece;

S. N.

no;

no tienen el tiempo y el silencio, la virtud
de calmar la angustia y engrandecer el olvido...

el alma, crece más poderosa, en el silencio,
porque crece más libre;

el eco de una palabra, que venga de fuera,
basta á turbarla;... porque el silencio es sordo,
como una cripta...

tal sucedióme con la carta de mi tía, recibida ayer : en ella me anuncia el matrimonio de Rosina, con Lucio :

éste, también me ha escrito, pero los superiores, no me han entregado la carta...

— Lo que ese señor escribe, no puede circular aquí, ni tenerse en manos honradas, me dijo el Rector, con un aire de cólera y de falso desdén, que demostraba que las frases de Lucio Pica, lo habían herido en lo más vivo.

yo, quise protestar, defender á mi Maestro... pero, pensé, que era inútil toda lucha, ¿para qué?

Obediencia, Obediencia ciega, *perinde ac cadaver*, tal es la divisa de esta aglomeración de almas, la piedra angular de este presidio religioso, de esta solfatara de vicios, que es una casa de Jesuítas : la *Santa Casa*, como la llamamos, cuando tenemos necesidad de referirnos á ella ;

la Obediencia, dominando como una fuerza, innombrable é invisible, estas pobres almas ya vencidas, que se pliegan como vegetaciones confusas, sobre un estanque lúgubre ;

entre todas estas almas, no hay un Hombre, es decir, una Conciencia; nadie razona, nadie discute, nadie resiste; es un anonadamiento de sombras, en una calma de aguas muertas...

se siente el contagio inerte del pantano;

plegarse, he ahí el dogma;

humillarse, anonadarse, borrarse, hasta desaparecer;

matar su personalidad: tal es la consigna, muda pero imperativa, que parece desprenderse de la elocuencia escueta de estos claustros, vastos como una soledad;

y, yo, no sólo la cumplo, sino que la exagero, hasta una especie de ascetismo de la abyección, que encanta á mis maestros;

me humillo, me rebajo, me prostituyo de tal modo en la tarea de adular y de obedecer, que formo la delicia de mis superiores, y, me citan ya como un modelo;

para adular, para espiar, para delatar, se necesita tener el alma eclesiástica;

y, yo, la tengo;

esa es mi fuerza;

S. N.

la Hipocresía y la Lujuria, son las dos deidades, que tienen aquí su Imperio de ternuras tenebrosas ;

es necesario, entrar en él, y, vencer por él ; vencer, es el primer deber de la Vida ; el primero y el único ;

un hombre, que fuese aquí casto ó rebelde estaría destinado á la humillación y al fracaso ;

¿ cuántos elementos de victoria, hay — para un hombre que sepa explotarlos — en la turbación profunda de estos ojos de profesores y de alumnos, llenos de emociones deliciosamente perversas, paroxistados de deseos crueles !

el vicio, de los otros, es un gran elemento de triunfo ; y, hábilmente explotado, es el triunfo mismo ;

la Virtud, es un convencionalismo metafísico, que se pulveriza al tocarlo ;

no hay Virtud ; no hay, sino vicios divinizados ;

¿ qué es un hombre virtuoso ? ; es, simplemente, un hombre hábil ; bastante hábil, para cubrir sus vicios con la toga de la virtud ;

un hombre malo, no es, sino un hombre que comete el pecado de ser sincero ; y, añade al error de ser humano, la imbecilidad de no ocultarlo ;

el hombre virtuoso, es el hombre fuerte, porque une al vicio de la carne, todos los vicios del espíritu y domina por ellos ;

lo que me sorprende, es, que no haya más gente virtuosa sobre la tierra, siendo la Virtud, el mejor de los negocios ;

es así, caminando de rodillas, por los senderos hipócritas de la Virtud, que el hombre asciende ;

¡ay, de aquel, que se pone de pie y marcha ! irá al fracaso...

¡ay, de aquel que se revela á los otros, y quiere ascender con su fuerza generosa, hacia el Triunfo supremo ! será vencido...

el Camino del Triunfo, está en la Infamia...

S. N.

Abro mi ventana sobre el jardín ;

¡ qué bello el cielo ! se diría, un llano estelar ;

los follajes, cuasi azules, del jardín, tienen un rumor sensitivo, como de cosas sufrientes ;

hay en el paisaje una melancolía desconocida, bajo los cielos de un oriente pálido, que un sol adolescente, llena de una floralidad de astros lejanos ;

esta melancolía penetrante de las cosas entra en mi corazón, y, se une al tropel extraño de mis sueños, al tumulto de mis pasiones asordantes ;

en torno mío cae el silencio, como una lluvia ;

he ahí que en la reja de mi ventana, se posa un pájaro, pero, parece asustarse de mí y emprende el vuelo ;

¿qué es un pájaro ?

es, una flor con alas ;

lo veo volar, con un secreto deseo de seguirlo ;

tiendo mis brazos, como si fuesen alas ;

ese pájaro, hermano de mi pensamiento, ¿adónde va ?

tal vez, emigre á mi aldea lejana, á Santa Tecla, la odiosa y la brumosa ;

¿por qué el recuerdo de esa aldea dice tan poco á mi corazón ?

de todo lo que mora en aquel paisaje de melancolía, sólo Victoria Pica, se alza dulcemente en mi corazón, y, lo turba profundamente;

su forma floral, su belleza, como fluida, de una dulzura vehemente, rompe la masa hialina de mis pensamientos, y, se estremece en ellos, como un astro bajo la cúpula azul diáfana de una noche glacial...

dejemos este recuerdo que trae al alma dolor ;
¿á qué sufrir voluntariamente ?

si la fuente del dolor, es el recuerdo, tratemos de cegar ese manantial de angustias, lleno de real melancolía ;

el Olvido, es un gran mar que monta á lo infinito ; todo lo devora ;

dejémoslo entrar en nuestro corazón ;

él nos libertará ;...

.

la imagen de Rosina, también me persigue, pero bajo otra forma sin purezas, violenta, obsesionante ;

ella, es el amor de mis noches, noches jero-

limiticas y ardientes, que me devoran, me consumen, en una languidez letal, que me sofoca, y me siento extinguir y morir bajo las caricias de aquel sueño lleno de las más perversas quimeras;

¿cómo olvidar eso también?

¿cómo olvidar el recuerdo de aquellas noches, pasadas en brazos de Rosina, enlazados como dos zarzas ardientes?...

la locura de ese sueño me turba en lo más profundo...

el olor de aquellas carnes : *odore di femmina*, llena mi lecho, me embriaga, me extasia, en una floración de concupiscencias ;

¿cómo olvidar *eso*, también ?

no, el Amor puede olvidarse; el Placer, no; el Amor es algo puro, ajeno á la naturaleza : puede evaporarse y morir como un perfume ;

pero, el Placer, no ;

el Placer. está en nosotros, es nosotros, carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso : de su llaga purpúrea y deliciosa no puede librarnos sino la Muerte...

no se escapa al Placer ; esa tortura divina, es

algo impalpable é implacable, más fuerte que nosotros, que nos posee, nos martiriza, nos domina y, nos sume en un espasmo divino, hermano de la beatitud y de la gloria ;

el Placer, el Placer, he ahí lo que nos hace tristes como la Muerte...

toda edad, todo hombre. tienen su Placer ;

¿veis los ojos de estos adolescentes, cernidos de un halo azul, cual si se abriesen sobre un campo de borrajas silvestres, tristes en la palidez cerúlea de sus rostros, exhaustos ?

esos niños tienen su Placer, y, su Placer los mata ;

¿ cómo apartar de mi mente, la exaltación de los sublimes recuerdos, llenos de un desfloramiento de caricias ?

yo, me siento enloquecer, falto de un beso ;
de un beso de mujer.

S. N.

La sombra viene de todas partes, en esta vida del claustro, donde un viento de crepúsculo parece barrer y doblegar estas pobres almas,

agrupadas en la soledad, bajo yo no sé qué oculto estandarte de miserias ;

el Tiempo, que es cruel fuera, pasa aquí como una cosa muerta, llena de silencios, enmudeciendo, sin apaciguar, estas almas crucificadas, estos corazones sangrándose en la cruz de sus quimeras ; lacerados del gran tormento de vivir ;

hay sin duda aquí almas de Fe, que creen tener sobre la tierra, una Misión, que cumplir, y, la toman en sus manos, con la decisión valerosa y ferviente de un guerrero, que toca la empuñadura de su espada ;

pero, éstos, son los más pocos y los más nuevos ;

los otros, los más, son negociantes de la ventura celeste, gente dispuesta á comerciar con su alma, y, que resuelve en el sacerdocio, el arduo problema de la Vida ;

una de las leyendas, más esparcidas y más imbéciles, que circulan por el mundo, es la del talento de los jesuitas ;

nada hay más falso ;

los hay bestias como una grulla ;

¿diré de los cuatro profesores de nuestro claustro ?

el Padre Hermógenes, hombre de una edad indescifrable, alto, macilento, de rostro ascético, con grandes ojos, vidriosos y profundos, que no os miran nunca, y, se bajan siempre hacia la tierra, con manos largas, espectrales, que se dirían transparentes, temblorosas como su voz, una voz ceceante, que parece de niño, tiene fama de un latinista ameritado, y, es nuestro Maestro de esta asignatura ;

yo, no he visto nada más paupérrimo que sus conocimientos en esta lengua ;

yo, que la he estudiado seis años consecutivos, primero con el Cura de mi pueblo y después solo, en los más puros y clásicos modelos, he quedado asombrado, ante la impericia gramatical, de este pobre fraile, que tiene fama de Santo, y, aun se asegura que hace milagros...

yo, me he granjeado las buenas gracias de este calumniador de los clásicos, haciéndole creer, que ignoraba el latín, y, que es, merced á sus lecciones, que he logrado hacer, las más perfectas traducciones de Quintiliano y Tito

Livio, que él, muestra á los otros, lleno del más tonto orgullo, para hacer ver los adelantos de su clase, porque entre todas sus virtudes, tiene la de la vanidad, que es un vicio de mujer ;

este santo varón, cuya fama de santidad va más allá de los muros estrechos del convento, se entiende especialmente, con la capilla y con las cosas del culto ;

es de una suciedad repugnante ;

la suciedad, es una virtud eclesiástica ;

su sotana, raída é incolora, es, como un mapamundi de grasas y materias fétidas ; todo él, exhala un olor de incienso y mugre, que marea ; es un asco divino ;

no abandona nunca la capilla, vive en su penumbra, como en un nimbo, siempre en oración, y, entregado, dícese, á las más rudas penitencias y maceraciones, hasta caer muchas veces, sin sentido sobre el pavimento...

y, cuando se le halla así, extendido sobre las losas, con los brazos en cruz, como las alas de un pájaro muerto, se hace en torno de él una atmósfera de veneración silenciosa, que es casi una adoración ; esa, es la hora de la Santidad y

aun la de la Revelación, porque el Padre, profetiza ;

continuos ataques de epilepsia lo han hecho Visionario ;

nadie interrumpe su soledad ; todos se inclinan á su paso, como si pasara un dios : es :
EL SANTO ;

el Padre Plácido, es joven, bello, amable, de una belleza de hembra, de una amabilidad untuosa, de mujer. Háceme este fraile, el efecto de una novicia corrompida, que hubiese escapado á un convento de monjas, y, refugiándose aquí, para poder tocar más de cerca, el fruto de todos sus deseos ;

tiene el óvalo del rostro, flamenco, serafinesco, exuberante de color y sanidad, se diría el de una vaquera suiza ; los ojos azules, enormes, bovinos, ojos llenos de interrogaciones y de seducciones ; esos ojos siempre os dicen algo, ú os insinúan algo ; yo, no he visto nada más desazonante que la mirada de esos ojos de oveja miope, pertinazmente fijos sobre vosotros, y, siempre mendigadores de algo ; los labios carnosos, abultados, sensuales, labios

hechos para prostituirse, en todas las extravagancias del contacto, y apurar hasta las heces, el agua de la piscina de Tiberio ; los cabellos rubios, arcangélicos, cabellos de muñeca y de aureola, largos los lleva cayéndole sobre el cuello, como en una prolongación de adolescencia ; el cuerpo graso y flexible con redondeces femeninas y andares equívocos de mozo de mancebía ; las manos, unas manos como de seda, adorables y perfectas ; manos siempre tibias y como eléctricas ; toda su fuerza espiritual, y toda su fuerza sensorial, están en sus manos ; manos encantadoras y asesinas, y, sin embargo, vírgenes de sangre ; de sangre roja ;

siempre obsequioso, siempre amable, se os acerca con cautela, con andares y frotamientos de gato ; os acaricia con la mirada, dulcemente y lentamente, antes de acariciaros el rostro con las manos mágicas que os enervan ; y, os besa, pero no en la mejilla, como los otros, ni en la frente como el Padre Rector, sino en la boca, detenidamente, golosamente, con una palpitación de labios que os hace mal ; os habla siempre

en voz baja, pero cálida, emocionada, una voz de confianza, llena de cosas extrañas; voz que es como una precursora de sus manos, nunca quietas; os profana, os tantea el alma, con palabras y preguntas de tal intensidad, que cuando desconcertados, lo miráis en los ojos, os quedáis asombrados, ante la impassibilidad cuasi divina de aquellos dos lagos de cristal: sus palabras, os violan antes que sus manos, y tronchan, antes de cortarlos, uno á uno, todos los lises de la inocencia; este hombre es un Tarquino de las virginidades adolescentes;

el Padre Simplicio, ha tomado en serio su nombre y lo exagera. Cuando se hace el tonto, este hombre, no se calumnia; se revela. Es el encargado de los más pequeños, y, de vigilar en las horas de estudios... No anda, se desliza. Su silueta parece adherida á los muros. Los ojos de ese Argus, están en todas partes. Es, el Espía;

el Padre Pepe, tiene reputación de Teólogo... Estas reputaciones de claustros deben todas someterse á caución... De la Teología de este padre, yo, no sé sino que es sucio, regañón, y,

desastrosamente grosero ; parece un sargento retirado ; sospecho que en sus mocedades, sería mozo de cuadra ; todo en él delata á gritos la pesebrera ;

tal es el personal docente, de este amable Instituto de Cretinización, donde se preparan para el combate las legiones del mañana ;

S. N.

los meses se suceden á los meses, con una monotonía de arena en la clépsidra ;

el tedio se hace un hábito ;

el mecanismo de la Vida, nos rompe y, nos amolda ;

la costumbre hace de nosotros, una masa inerte, siguiendo el impulso colectivo ;

aquí se llega pronto al triste estado de no ser sino : una cosa :

¿ qué éramos ayer ?

éramos un organismo pensante ; un ser vivo y activo : un Hombre...

¿ qué somos hoy ?

la larva de un Jesuíta ; la negación de toda

libertad, de toda individualidad, de toda dignidad...

¿qué seremos mañana?

un Jesuita; la antítesis de un Hombre; una Cosa :...

pero, una cosa, inerte y al propio tiempo fatal, como un eslabón de cadena, como un veneno, como un puñal; . .

algo que oprime y mata sin conciencia, obediendo á una fuerza extraña, ciega y fatal como la muerte;

y, puesto mi corazón al desnudo, yo, veo, que había nacido para cáliz de este altar;

yo, nací Jesuita, ó mejor dicho, nací con el alma Jesuítica . .

nada he tenido que domar en mí, para llegar á ser un modelo de abyección, es decir, un modelo de perfección, en medio de estas almas ya deformes ó deformadas por la mano de hierro de la disciplina conventual;

no hay un vicio, un solo vicio jesuítico, del cual yo, no sienta, que tenga el germen en el corazón;

no se es en balde el hijo de un cura libidinoso

y de una beata histérica, sin llevar en sí, todo el torrente obscuro de las pasiones de la Iglesia ;

el hijo de un bandido nómada, lleva en sí, algo del furor salvaje de la selva en que fué engendrado, cerca á los leones dormidos, al claror de las estrellas ;

yo, tengo que llevar en mí, pasiones de Presbiterio y vicios de Sacristía, puesto que fuí engendrado al pie de los altares, á la luz de la lámpara del Sagrario, cerca á los Cristos exangües, en un jardín de rosas onánicas, del cual cada retablo, era una flor ;

la Iglesia, está en mí ;

yo, la siento, vibrar en mis entrañas y vivir en mi corazón ;

toda mi psicología, es, una psicología eclesiástica ;

mi Orgullo, es un Orgullo agresivo, como el de San Bernardo ; pero, yo, me sé dominar, y, lo hago manso, como no lo hizo, el abad de Cisterns ;

por eso mi Orgullo, será vencedor y no vencido ;

nadie pone diques al río, que corre bajo tierra ;
mi Ambición, es sonora y tormentosa, como
la de San Agustín ; pero, yo, la hago silen-
ciosa, como la del último de los ascetas :

la Humildad, es, el rosal que cubre mi Sober-
bia ;

nadie persigue la víbora, que duerme bajo
las flores ;

mi Combatividad podría ser agresiva, como
la de San Ignacio de Loyola, que tuvo una alma
de bandido ;

pero, yo, la hago, apacible, emboscada,
áfona ; como la de todos los grandes vencedores
del reino de la Hipocresía ;

la victoria del áspid, es, más segura que la
del águila ;

el disimulo, la bajeza y la lujuria, que son
las tres virtudes teologales del Jesuíta, yo, las
traía en el alma, y, las ofrecí como flores de
homenaje ;

la opulencia de mi jardín de vicios interiores,
eclipsa y encanta á cuantos me rodean...

mi hipocresía, supera y desconcierta á mis
propios superiores ;

siempre recuerdo, con la más ingenua gana de reir, la mistificación de mi primera confesión en el colegio :

nunca olvidaré la cara del cura, ante la confesión ingenua que le hice de mi virginidad, y, la cual rayó en un asombro de milagro, ante mi ignorancia de las prácticas onánicas ;

un mozo de diez y ocho años, que no había hecho nada de eso, que ignoraba todo eso, era un fenómeno, á los ojos de aquel cerdo levítico, hecho á hozar en el estercolero de aquellas almas, donde crecían y se enlazaban, con violencia igual, las zarzas onánicas, que nacieron al pie del Tabernáculo y, las rosas negras, cuyos pétalos de betún, se abrieron bajo la lluvia de fuego que asoló un día las costas del Mar Muerto ;

y, ante esa inocencia cándida, el cura se encargó, de destflorarla :

mé habló del amor de la mujer, como de una cosa monstruosa y, peligrosa :

aquel *vas honorabile, vas insigne devotionis*, de que hablaban las letanías, no era sino una sentina inmunda, llena de lodo y podredumbre : tocar á ella, era como tocar la Muerte : el agrío

de la manzana bíblica estaba en el fondo de la Vida, y, la mataba ;

de Onán y de su escuela, me habló con una lenidad, que era más bien una complicidad, una incitación á sus prácticas ; era un vicio, es verdad, pero lo grave de ese vicio era el abuso ; su horror, no era nunca igual al horror de la mujer ; la mujer era la caída irremediable ; ¿ las demás ? las demás, eran caídas momentáneas, de la cual se alzaba el alma siempre pura ;

del homosexualismo, me habló sin horror y, sin rencor, como de una tentación que era necesario evitar, pero de la cual, el mayor horror, estaba en el escándalo ; denunciar eso, era peor que hacer eso : el pecado no es pecado sin el escándalo ; fuera del escándalo, no hay pecado ;

eso, me decía el jesuíta, y su voz temblaba, como una llama en la sombra, su voz, más que aconsejar, parecía acariciar ; parecía que toda la sangre de su cuerpo hubiese afluído á sus ojos, que en la obscuridad del confesionario, eran como los de un lobo en la noche ; sus manos erráticas, me acariciaban con violencia

contenida, como se abren y se cierran los tentáculos de un pulpo ; su rostro cerca al mío, parecía comunicarme el calor de sus palabras, la repugnante voluptuosidad de sus visiones, que lo sumieron, como en una especie de orgasmo ;

cuando volvió de él, para absolverme, parecía anonadado, exhausto, cual si en aquella languidez letal, su pobre vida estuviese por extinguirse...

del bruto relinchante y jadeante, no quedaba, sino una sombra, que hizo sobre mi cabeza la señal de la cruz, y, me ordenó con un gesto, levantarme ;

la incurable miseria de este rebaño de almas, se empezaba á revelar á mis ojos, en su terrible desnudez humana ;

y, no tuve disgusto de ellas ;

las amé acaso por su propia deformidad ;

la Naturaleza es monótona ;

ella misma se deforma, llevada del deseo de embellecerse ;

no se puede nada contra la Naturaleza ;

todo, hasta la monstruosidad misma, no hace sino obedecer á ella ;

no se puede nada contra el Deseo, contra el Deseo de la carne ;

obedecerlo es el yugo y la grandeza del hombre ;

en eso, como todo, la Libertad es una Mentira irritante :

el hombre es y, será siempre un esclavo ; el esclavo de su carne ;

nadie podrá libertarlo de su Instinto ;

nadie sino la Muerte ;

el Instinto, es la Vida.

S. N.

En esta atmósfera idiotizante, toda de rezos y de prácticas pueriles, yo he logrado conservarme el intelectual puro, ó mejor dicho, el cerebral, sin cordajes de nervios ni de sentimentalismos, tal como mis estudios, y, el alma noble y recta de Lucio Pica, me habían formado ;

la prueba más grande de mi talento, ha sido saber ocultarlo ;

el talento en el hombre, es como la belleza en la mujer : un don del cielo, que tiene que hacerse perdonar ;

mi cultura mental, muy superior, á la de todos estos que me rodean, me habría estorbado para ascender, si yo la hubiese mostrado ;

mi caudal espiritual, se habría alzado entre ellos y yo, como un muro, que me habría impedido ver el fondo de sus almas ;

en cambio, mi candidez los desarma, como una ceguedad ;

desnudan ante mí, sus almas, como ante un ciego ;...

mi Yo, oculto y poderoso, se libra así del contagio de esta imperante vulgaridad, y tiende las redes pertinaces de su análisis, como una araña, en la sombra ;

desprovisto de todo germen de sentimentalidad, y, aun de sensibilidad, puedo darme entero á la tarea de ocultarme, pues que sólo por los sentimientos, se denuncia el hombre y es por los afectos que se entrega ;

sólo aquel que ama se da ; y sólo aquel que se da, puede ser traicionado ;

mi Yo, incomunicable, ha podido así, permanecer emboscado y en acecho, para evolu-

cionar, libremente, lejos del ojo y del contagio de los otros ;

mi tarea de deformación aparente, apagó todos los odios, y las envidias que hubieran podido surgir en torno á mi superioridad ;

el Orgullo inconmensurable, que oculta mi Yo verdadero, se convierte fuera, en tal río de Humildad, que bastaría para regar y fecundar todas las praderas del espíritu cristiano ;

sin aparecer como absolutamente cretino, me conformo con mostrarme como irremediablemente mediocre ;

como todo este fárrago de textos, que me quieren enseñar, los conozco yo al dedillo, hago aparecer, como fruto de un estudio asiduo, lo que no es sino un recuerdo displicente, de cosas casi olvidadas ;

toda esta Moral escolástica, esta Teodicea medioeval y anacrónica, eran viejas amigas mías, manoseadas y abandonadas en los infolios y pergaminos de la Biblioteca Rectoral, de Santa Tecla ;

no he tenido pues necesidad de estos esfuerzos, mnemotécnicos á que obliga las inteligencias adolescentes, el dogmatismo verbal de

estos profesores, en su labor cretinizante y anormal, de deformar los cerebros y aplastar los corazones;

pero, me he guardado bien, de demostrar esta superioridad, y, he logrado pasar así, por un prodigio de aplicación, sólo igual al milagro de mi virginidad;

así logré, desde los primeros días, ser citado como el estudiante modelo, y, granjearme la simpatía y casi el amor de mis profesores, cuya vanidad cosquilleaba yo con mis adelantos;

ese es todo mi objeto: captarme la simpatía de los de arriba; porque la de los de abajo, ¿de qué puede servirme?

la simpatía de los que mandan, es, la única útil; la de los que obedecen, no es simpatía, es complicidad de servidumbre; verse obligado á adular la esclavitud, es más vil que verse obligado á sufrirla;

la adulación al poderoso, no es adulación, es homenaje, porque el Poder, es una fuerza, y la Fuerza, ha sido siempre adorable;

bendita sea la Fuerza: aun esta que me rompe y que me aplasta;

quien no sabe sufrir la Fuerza, no la ejercerá jamás ;

los más viles esclavos, han sido los mejores amos ;

las vértebras, son más poderosas que las alas ;

la ascensión del que se arrastra, es más segura que la ascensión del que vuela ;

el triunfo verdadero se obtiene prosternándose ;

es, sólo, siendo vil, que se llega á ser glorioso...

S. N.

Hay algo más vasto que el espacio, y, es, la Ambición, en el corazón del hombre ;

ella, se amplifica de día en día, de hora en hora, infinita y clamorosa, como las olas de una mar infatigable ;

su grito, suena, apasionadamente, en el fondo de nosotros mismos, como un grito de guerra, que anuncia grandes victorias, como algo inapagable y, marcial, que nos llama á la lucha, al movimiento, á la acción, al avance hacia un inmortal motivo...

ese gran ritmo de advertencia sonora, tiene la monotonía heroica de un adagio cuya melodía persistente, todo lo torna en bellezas ;

en cuanto á mí, este grito de la Ambición, me perturba y, me fascina ;

no puedo dominar las tormentas de mi corazón ;

sus violencias me hacen mal ;

¿ adónde voy ?

¿ qué quiero ?

¿ qué pide mi corazón, ciego y menesteroso ?...

pide el pan de la Vida ;

pide la Libertad...

¿ quién podrá dársela ?

esta quietud ambiente, me enerva ;

esta calma facticia, me devora ;

esta soledad se abate sobre mí, como una noche glacial, de donde emanan pesadillas vertiginosas ;

del alma exquisita de los jardines húmedos, vienen á mí, llamadas candorosas ;

¡ oh, mis viejas rosas confidentes, lejanas en los pálidos rosales, y, llenas para mí, de éxtasis

familiares! ¡cómo me llaman sobre la costa
amiga del recuerdo! ¡cómo me llaman!

sus pétalos son como brazos fraternales, que
se abren para llamarme;

¡nunca ya mi corazón, reposará bajo ellos!
sólo los corazones que no han jamás flore-
cido, pueden vivir en este desierto;

¡corazones que han renunciado á su ventura,
matando la pasión, fibra por fibra; cadáveres
suntuosos, hechos para sufrirlo todo; menti-
rosos aun en la muerte, porque vibran bajo la
muerte misma!

¡carnes asesinadas en el fondo de un sueño
negro y estéril; restos de almas, que no mere-
cen ni la piedad del desdén!

¿por qué renunciaron á la Vida?

¡oh, mi corazón, dilo tú, sin el rencor que-
joso, que hace de tu altivez una pena que no se
revela!

dilo, con el terebrante dolor de todas tus
heridas;

di la palabra que te arrojó al abismo;

¿cuál?

la Miseria...

he ahí la cuchilla de Dalila, que mutiló tu fuerza ;

¿quién, pues, pretende que los miserables, sean buenos ?

¿quién critica el frígido egoísmo que se apodera de aquellos que llenos del horror del hambre y la opresión, van contra el mundo, abierto su corazón, donde aúllan y gimen todos los ecos siniestros de mil dramas ?

esos, para quienes la ventura no ha sido sino un miraje, y, como el presentimiento de un perfume...

ésos ;...

¿ cómo queréis que en ellos germine la ternura ?

dejadles su Odio ;

el Odio, es Santo ;

cuando esas manos matan, no es el Odio, el que mata : es el Derecho ;

y, cuando ese Odio, vence, no es el Crimen que triunfa, es la Justicia que se corona ;

el Rencor, es la revancha de la ventura ajena ;

y, yo, siento mi corazón, repleto de ese Rencor ;

cuando en las tardes radiosas, donde el esplendor de un día bermejo agoniza en el fondo de cielos azulados, vamos por la ciudad, en filas, como autómatas, siguiendo la liturgia del paseo semanal, por las calles radiosas, donde palpita la Vida en torno de nosotros, ¡ pobres muertos prematuros! y, la tierra llena de savias fecundadoras, nos envía alientos de voluptuosidad, yo, veo pasar jóvenes de mi edad, alegres, felices, libres, muchos de ellos, llevando del brazo una mujer joven y hermosa, con la cual comparten, de seguro, el corazón y el lecho, siento una tortura semejante á la del prisionero, que detrás de las rejas de su prisión, ve pasar ante él, un cortejo nupcial, y, la novia iluminada de alegría, llena de un olor de azahares...

las mujeres nos miran con lástima, y, algunas con rencor, cual si vieran pasar una procesión de castrados, porque ¿ qué somos nosotros en verdad, sino los eunucos de la sociedad, castrados por la Iglesia?

y, esas mujeres, ríen de nosotros, porque saben que nuestras carnes juveniles no son

para sus besos, y, renunciado han á posarse sobre la gloria de sus cuerpos, frescos y blancos, llenos del divino secreto...

y, siento una gran vergüenza de esta inferioridad en que me colocan las mentes femeninas :

y, siento el pesar de las horas pasadas :

y, quiero gritarles :

« yo, también he sido un Hombre : yo, también sé el secreto de los abrazos irremediables y de los besos intensos » :

y, el recuerdo de mis lejanas horas de placer, de aquellas en que *fui un Hombre*, viene á mí, cayendo sobre mi corazón, como una impalpable ceniza, en el crespón verdáceo de la Noche ;

la noche de mi alma, llena de corolas trágicas, irritantes de deseos, como un soplo de solfatara ;

¡renunciar á ser un Hombre !

¿ sabéis la ola de amargura, de cólera y de rencor, de aquel que ha sido un Hombre, que quiere ser un Hombre, y, el dogal de un voto, estrangula el gesto de su virilidad?

los eunucos son implacables ; ¿ cómo queréis que los sacerdotes no lo sean ?

dejar de ser hombre, es, dejar de ser, humano ; ¿ qué queréis que sea el alma de este ser híbrido y monstruoso que es un sacerdote ?

colocada entre el cielo y el abismo, ¿ dónde queréis que caiga esa bestia dolorosa é inmunda ?

lleno de ridículo bajo la mano fatídica de su victoria, este pobre mutilado, ¿ qué queréis que haga ?

¿ qué puede hacer de sí, este pobre animal castrado que no proyecta en torno suyo, sino su sombra, una sombra de macho vencido por la cuchilla, y, que no tiene un lecho de carne donde caer victorioso, en el deseo infinito y el engendramiento glorioso de su raza ?

su Virtud, es, un Crimen ;

¿ qué queréis que haga este criminal de la Virtud ?

su gesto de estéril desesperación, se perderá en los cielos engrandecientes ;

¡ los cielos ! esa otra mentira que devora su corazón, en las tinieblas del cual, el sol árido de la Fe, es incapaz de levantar una aurora.

S. N.

he ahí que sin haber recibido las sagradas órdenes, ya, se me puede llamar Padre :

sí, ya soy Padre, pero .. de familia ;

es, una prueba estallante, de la virginidad, que me hace aureola, en este vasto huerto de cretinismo humano ;

Virgen y Padre :

he ahí que el Milagro se repite :

¡ qué motivo para unas nuevas letanías !

¿ por qué será tan divertida la imbecilidad humana ?

á mí, me regocija enormemente ;

la carta de mi tía, que he recibido, tiene ya meses de escrita :

¿ por cuántas manos ha pasado ?

¿ cuántos meses duró en poder del Padre Rector ?

¿ chi lo sa ?

en ella, me anuncia mi tía, que Rosina ha dado á luz, un niño, que aunque venido antes de tiempo, está admirablemente conformado ;

¡ Laus Deo !

la alegría de la abuela es desbordante ;

la de la madre de Lucio Pica, ¿será lo mismo de efusiva ?

la voz de la sangre, dicen que es imperativa ; si ella habla alto, en la familia de Lucio Pica, ésta debe adorar al recién nacido ;

¿por qué, en este caso, como en casi todos, los casos espirituales míos, hay una doble personalidad, un *Yo*, mental, que lamenta el acontecimiento, y, un *Yo*, moral que ríe, desenfrenadamente de él ?

extraña dualidad, que aportaríá datos muy preciosos, para una monografía, que no fuese escrita por mí mismo ;

el hombre no será nunca sincero, tratándose de sus propias pasiones ;

por un gesto instintivo de su alma, tiende á cubrirlas, como una mujer á quien se desnudase en público, llevaría inmediatamente las manos á su sexo, para ocultarlo ;

el egoísta intelectual, el más implacable de los egoístas, reside en mí, de aquí, que un gran placer me venga de la solución satisfactoria, que ha tenido este asunto ; y, un gran dolor

también, porque yo, no hubiese querido que Rosina fuese de ningún otro hombre ;

yo, no la he amado, ni la amo, en el sentido espiritual de la palabra ;

pero, ha sido mía ; y, el acto del placer, es un acto de posesión ; la destfloración de una hembra, nos da sobre ella uno como derecho de propiedad, que no gozamos de ver disputado, ni menos compartido :

la solución, que yo aconsejé á Rosina, ha tenido el resultado previsto por mí, y, sin embargo, este resultado, me es doloroso, como una derrota ;

sufro de mi victoria ;

tal es la desconcertante aberración de todos los sentimientos en el corazón del hombre ;

el sentido genésico, es la esencia de todos nuestros sentimientos, y, al tocarlo, toda nuestra animalidad feroz, se despierta, llena de instintos combatientes ;

la posesión por otro hombre, de una mujer que ha sido nuestra, nos parece siempre como un despojo, y, nos volvemos, instintivamente, para defenderla ;

¿qué podré hacer yo, pobre ser encadenado y vencido ?

todo en esta aventura, es, conmovedor y ridículo :

yo, amo á Lucio Pica, lo amo con una adoración rayana en el culto ;

todas las fuerzas vivas de mi inteligencia, todas las cosas puras que hay en mi alma, se congregan para formar este sentimiento de amor y de veneración, tal vez el más poderoso de mi espíritu, superior al mismo amor, tierno y cuasi inmaterial que me inspira Victoria Pica :

nada hay igual, á la inconmensurable admiración que yo tengo, por aquel espíritu superior, tan desemejante al mío, y, que sin embargo, con la potencia y el vitalismo creador de un dios, abrió mi alma, á la visión radiosa de los mundos del Espíritu ;

todo lo que de alto, de noble ó de fulgente, haya en ella, es obra suya ;

él, encaminó las formas embrionarias de mi espíritu, en una dirección puramente intelectual, hacia el Oriente de la Verdad, fuera de las

tergiversaciones obscuras de la Metafísica Teológica, y de las abstracciones especulativas, de toda idea extrahumana de Revelación ;

él, fué, el *Alma Mater*, de mi pensamiento :
la gloria de pensar, me viene de él ;

y, cuando de pensar digo, de pensar *libremente* hablo, porque fuera de la libertad no hay pensamiento, sino gestos vagos de mentalidad, indefinibles, de animalidad primitiva, esbozados grosera y borrosamente, en un limbo de cosas informes y sin alas ;

el hombre, no se distingue de los demás animales, sino por su potencialidad de pensamiento, y sus modalidades de expresión ; pero el poder del pensamiento como la revelación verba de él, no adquieren toda su fuerza, sino bajo la atmósfera cristalina y diáfana de la Libertad ;

el hombre que renuncia á pensar, ó delega en otros, la facultad de pensar por él, es un ser inferior, un irracional voluntario, que renegando á su *Yo*, mental, á su categoría de animal pensante, llega á formar, el bruto colectivo ;

este ser híbrido, lleno de apetitos y de miedos,

débil y cruel, con humildades de siervo, y cóleras de rebaño, es el Hombre Religioso, el más bajo espécimen de animalidad colectiva y, el más malo ;

una sombra nefasta entre el cielo y la tierra, hecha para mancillar y romper la divina armonía de la Naturaleza ;

por Lucio Pica, por las esencias secretas de su pensamiento, por la sabia libertad ética de su conciencia, que me permitieron apereibir la Vida, á través de la visión legendaria de los símbolos antiguos, soy un Hombre, es decir : un Hombre Libre ;

sí, libre aun bajo las cadenas ;

libre, con la salvaje y dolorosa libertad de Epicteto ;

la avidez espiritual de la Iglesia, los mil tentáculos de sus votos y de sus dogmas no lograrán aprisionar sino mi carne, mi pobre carne conmovida y palpitante, llena de un acre deseo ;

yo, no daré á la Religión, sino mis gestos exteriores, gestos vagos de sumisión, gestos de virtud apócrifa, lejos del ritmo amplio, libre y generoso de *mi verdadera vida* ;

el pulpo enorme, no aprisionará nunca mi *Yo mental*, mi Alma, que queda libre : libre y, triste, ante las leyes de la Naturaleza, que me son vedadas : orgullosa y solitaria hasta la muerte ;

la sombra de los mitos antiguos, no oscurecerá mi vida intelectual, entenebreciendo con las rígidas alas de sus dioses, los horizontes luminosos de mi pensamiento :

la Iglesia, no poseerá para su tiranía, sino mi *Yo*, animal, imponiéndome para eso, el yugo estilizado de la Hipocresía : la Hipocresía, que más que un vicio, es una fuerza, y, que como todos los vicios, manejada por un hombre de talento, no es un vicio, sino una suprema distinción ;

el vicio, no lo hace sino la vulgaridad :

la aristocracia mental, dignificando los vicios, les da toda la amable exquisitez de una Virtud :

no le basta á un hombre superior, despreciar la Virtud, es necesario saber fingirla ;

y, fingir la Virtud, es más difícil que poseerla, porque en pasar por mediocre, hay más humillación que en serlo :

si enmascarar sus vicios, es el primer deber del Sacerdote, yo me siento orgulloso de este poder de ficción que hay en mí ; ¿ la leyenda de mi virginidad no llena este claustro, como un perfume ?

el Entusiasmo, es una virtud de Sacrificio ; yo, no la tengo ; pero, poseo la Voluntad, que es la virtud del Triunfo ;

en el cuadro obligatorio de mi Destino, yo, seré el levita obstinado de una Religión que siento crujir por todas partes ;

pero interiormente, permaneceré el hombre libre, acorazado de acero contra la Mentira infiltrante, que quiere llegar hasta la gloria desnuda de mi pensamiento ;

¿ por qué he llegado hasta hablar de todo esto ?

porque hablaba de Lucio Pica :

y, he ahí que al nombrar á mi Maestro, la grotesca aventura, vuelve á alzarse entre los dos ;

y, mi respeto se rompe, y, no puedo dejar de reír, ante el contento de la paternidad de Lucio Pica :

su adorable ingenuidad, no alcanza á desarmar mi risa ; me divierte, no me conmueve ;

pero, pienso al mismo tiempo, ¿ no es admirable y noble, ese engaño que hace la ventura candorosa de un hombre ?

¿ quién sería osado á despertar ese corazón, revelándole la Verdad, de su vida ?

la Naturaleza imperiosa y bestia, nada le revelará ; guardará su secreto ; y, el Hombre Superior, engañado, como un idiota, amará á *su hijo* ;

¡ la Voz de la Sangre !

¿ por qué habrá hecho el hombre, ciertas agrupaciones de palabras, como para mostrar su idiotia, ante los cielos estupefactos ?

¡ pobre amigo mío !

él es feliz de su ilusión, más feliz, que de la realidad ardua, que al saberla quemaría su corazón, como una llama ;

la Vida, no vale, sino por la cantidad de Ilusión que hay en ella ;

la Mentira es fraternal, la Mentira es piadosa ;
la Mentira, es santa ;

la Mentira es la hermana de la Piedad, y, la madre del Consuelo ;

la Mentira, es un bálsamo, creado por las manos de la Misericordia, para aliviar el corazón del Hombre ;

la Mentira, es el estado natural del Hombre ; en la Mentira vivimos ; por la Mentira gozamos, y, es del seno generoso de la Mentira, que extraemos las únicas gotas de miel que endulzan nuestra Vida ;

la Mentira, es la limosna de los cielos ; en ella vibra la Bondad Suprema ; es ella la que da fuerza al espíritu, para no desfallecer, no morir, no plegar las alas, y, caer de los cielos exóticos del Ensueño sobre la tierra miserable ;

es, gracias á ella, que tiene instantes de tregua, esta crucifixión, del alma desnuda y palpitante, que es, la Vida ;

la Mentira, nos venga de las afrentas de los cielos ;

sin la Mentira, la Vida sería imposible ;

y, Dios, mismo, no podría existir sino como un símbolo de Crueldad, cerrado á toda Misericordia :

ó, acaso, Dios, no existe, sino por eso : porque Dios, es, la Mentira ;

Lucio Pica, es feliz por la Mentira, más feliz que yo, que sé la Verdad de su Ventura :

más feliz que yo, lo es cualquiera ;

más feliz que yo, consumido por esta neurastenia del Deseo ; más feliz que yo, pobre resto del naufragio social, arrojado á las playas áridas de la Iglesia, para morir en ellas, bajo el perfil dormido de las viejas catedrales, y, el gesto de oro de los obispos hieráticos, sintiendo subir á mi corazón, las voces sensuales de la tierra, que me hacen mal, y, convierten mi Vida en una noche de nostalgias, que estallan y se reflejan en mis ojos, con su fulgor de soles exóticos y de amores desterrados ;

¡ oh ! la soledad espantable de mi corazón ;
¡ Soledad de naufragio ! ella me hace fuerte ;

de la ceniza de esa soledad, yo, levanto mi Ensueño, hasta los cielos vertiginosos de mi Ambición, llenos de una realidad tangible ;

yo, me sacrifico ; está bien ;

pero, haré de mi sacrificio, una bandera :

y, venceré con ella ;

el Triunfo, no se obtiene sino de rodillas ;
arrodillémonos ;

S. N

ayer, era día de Retiro Espiritual ;

y, yo, buscaba la soledad de la Capilla, no para meditar sobre mis culpas, sino para ocultar la culpa de estas « Notas » sobre mi vida, que no sé, ya, dónde escribir y, menos dónde esconder ;

es, casi siempre, en la Biblioteca, al medio día, durante el recreo de los otros, y, con el pretexto de consultar algún libro, que las escribo ;

pero, ayer, había allí, dos Padres, consultando un arsenal de Sermones, y, tuve miedo de que viesen mis maniobras gráficas : en todo jesuita hay un Argos ;

se puede estar bastante prevenido contra ellos ; no se está nunca demasiado ;

encaminéme pues á la Capilla, con mi libro de Horas, en la mano, y, mis culpables papeles, bajo la sotana ;

entré, paso, caminando en la punta de los pies, con ese andar de cura en las baldosas, que

semeja el rozamiento de un pájaro contra la tierra ;

el Silencio, era enorme, casi tangible ; todo se sentía lleno de la presencia del Silencio...

se diría una selva dormida bajo la noche ;

la paz, una paz abrumadora, letárgica, se alargaba desmesuradamente, en el gesto amplio de la sombra ;

sobre la arboleda de las columnatas desnudas los arabescos parecían nidos de pájaros muertos ;

las volutas y los capiteles, eran como entroncamientos de ramas fabulosas, donde serpientes de piedra, parecían velar el sueño de aquel Paraíso del Silencio ;

como inmensos pétalos monocromos, de una flora polar, llena de heladas melancolías, las ventanas ojivales dejaban penetrar una luz amarilla, de un amarillo de cadáver, que caía sobre las baldosas negras, como manchas lividas de pus ;

el altar, se alzaba en medio, escueto, como un escudo ;

un crucifijo, desnudo de todo ritmo plás-

tico, de toda belleza de Arte, de toda emoción de carne, llenaba el horizonte con las blancuras de su desnudez, con su gesto convulso, lleno de la visión enorme de su alma amarga, cargada de secretos ;

me encaminé hacia la Capilla de la izquierda, llamada la Capilla de la Virgen, porque en ella se venera, una imagen de la Inmaculada, que se alza blanca, en un horizonte de oro, en la fluidez mística de los tintes desvanecidos que la rodean, bajo un cielo de violencias azules, constelado de lágrimas de plata ;

la visión calmante de la Virgen, que parecía sobrenatural, se me apareció en las alburas de la Capilla, nacarada y aérea, poniendo su pie, pequeño, sobre las alas de los serafines, como si se elevase en un vuelo recto, hacia las ojivas, de donde descendía la claridad de un día fastuoso :

temeroso de turbar aquel silencio inquietante, pletórico de religiosidad, en esa semi-noche de oro verdoso, que hacían los vidrios policromos de las ventanas, sentí un ruido extraño, que perturbaba aquel silencio devorador y vasto ;

el ruido partía de un confesionario cercano ;
alguien se movía y suspiraba allí :

me acerqué con precaución, para ver :

el Padre Hermógenes estaba allí :

desabotonada la sotana, desnudo hasta la
mitad del cuerpo, su mano se perdía, bajo su
vientre velludo, en las inmundicias de su cuerpo,
con una agitación febril ;

aquella sombra de Onán, absorta en la emo-
ción del momento, no me sintió llegar :

nunca olvidaré lo innoble de aquel gesto, lo
inmundo de aquella actitud, la expresión brutal
de aquel rostro, el brillo extraño y enloquecido
de aquellos ojos :

ese espectáculo, bastaría para disgustar del
vil placer, á cien generaciones de adolescentes :

horrorizado del repugnante espectáculo, quise
retirarme, pero, tropecé con una silla :

al ruido que hice, el Padre Hermógenes, alzó
los ojos, y, me vió :

vió, que yo había visto : y, hecho de súbito,
pálido de cólera, se acomodó malamente las
ropas, y, se abalanzó furioso contra mí :

no tuve tiempo de huir ;

me tomó por el cuello, y, golpeándome reciamente, me gritaba :

— ¡Ah, canalla, espía, miserable ! ¿ Conque vienes á espiarme ? toma :

y, me abofeteaba por todas partes :

— Padre, Padre, le decía yo. Si no he tenido la culpa. Yo no he visto nada :

pero, él, ciego por la cólera, continuaba en abofetearme :

su mirada de epiléptico se hacía feroz, no podía ya articular palabra ; aullaba :

sus manos huesosas de pulpo, asquerosamente húmedas, me apretaban la garganta, casi hasta estrangularme ;

entonces, y comprendiendo que tenía que habérmelas con un loco, todos mis atavismos calabreses se despertaron, el hombre de presa apareció en mí ; y, tomando al cura por la garganta, le dí tan furioso puntapié en el bajo vientre, que tuvo que soltarme ;

entonces, fui yo, quien le cayó encima golpeándolo con los pies y con las manos ;

caído entre las sillas que crujían, lo perseguí, hiriéndolo con furia hasta que pidió ; gracia !

se levantó manando sangre de la coronilla, en cuya tonsura mis botas lo habían herido ;

entonces, viendo que me alejaba, y, temiendo que yo hablase, acabando con mi delación la leyenda de su santidad, vino á mí, manso como un cordero, y, con las lágrimas en los ojos, me decía :

— Perdóname, mi querido niño. Perdóname si te he hecho mal. Yo, no sé lo que he hecho. Tú, no hablarás, ¿verdad? Tú no dirás nada. Todos los hombres somos débiles. Todos somos hechos de carne. Todos hemos hecho lo mismo. Tú también ¿no es verdad?

y, sus ojos, volvieron á brillar en el raro extravismo de la concupiscencia, y, se acercó á mí, y, sus manos tembladoras y ascosas, se deslizaron hacia mi cuerpo;...

lo rechacé brutalmente, y, me escapé corriendo de la capilla ;

ya había visto, lo que es un Santo ;

S. N.

hoy, ha habido comunión de regla ;

nos hemos acercado todos á la Mesa Eucarística, en bandadas negras, como de pájaros erráticos, que posaran el vuelo, al pie de un peñón, iluminado por el sol, en plena mar ;

el altar irradiaba sus decoraciones blancas, lleno de un exotismo religioso y crepuscular, entre la pompa láctea y purpúrea de las rosas, que en ramos enormes, parecían murmurar secretos tiernamente tristes, en la gran dulzura fatigada de las almas, extendiendo sobre ellas su perfume, como grandes alas de un dolor incierto, abiertas en las ondas vagas de una mística inquietud ;

la atmósfera opaca y densa, llena del humo del incienso, se condensaba en un vapor opalino lleno del reflejo que los grandes cirios lanzaban, como una caricia de estrellas sobre aguas melancólicas :

y, en esa quietud, llena de cosas nostálgicas, se agrupaban y latían aquellos corazones, donde palpitaban votos asesinos...

y, se inclinaban anonadados, como bajo el hacha de un glebatarío, inconscientes y ligeros bajo el peso de su emoción, tal vez felices de

su renuncia del mundo, de su fe en un día ulterior, florecido de primaveras; todos ellos alumbrados por la misma estrella de oro, fulgente al pie de la Cruz que se alzaba en el Misterio, como una exquisita flor de tierra, desfloreando pétalos de dolor;

adolescentes fuertes, niños blondos, tristes de haber llorado, felices de haber sonreído, en cuyos ojos, ignorantes de la Vida, se pintaba un sueño místico, florescente de éxtasis:

y, sin embargo;... todas aquellas cabezas de arcángeles solares, parecían doblarse bajo el peso de no sé qué implacable fatalidad, llena de aromas femeninos:... de un secreto adorablemente triste, que les es común;

el Padre Hermógenes, celebraba la misa:

delgado, ascético, cuasi transparente, en sus vestiduras blancas, se diría un lirio de ámbar con venazones de oro, entre el misterio diurno y el prisma resplandeciente de los cirios, que lo transfiguraban;

el órgano preludiaba suavemente sus notas exultantes, que volaban en la alegría amplia de los horizontes como abejas líricas, en torno

de un rosal celeste, llenas de divino fervor ;

las voces frescas de los niños, musicales y como extáticas — pájaros, ebrios de melodía sagrada — subían al cielo diáfano, cristalinas y aladas, como un vuelo de deseos en un éxtasis de gloria :

los chantres, les respondían como en una marcha heroica y triunfal ; y, el órgano vibraba en sonoridades sorprendentes, llenas de un clamor prosaico. hacia el divino sol :

el espiritualismo de las sinfonías llenaba las almas, del sueño ondeante de lo inasible, ávidas de Misericordia :

y, he ahí, que entre las lamentaciones sempiternas, que dolorosamente cantan, el Padre Hermógenes se vuelve hacia nosotros, levantando de sobre el ciborio la hostia resplandeciente, como una estrella sobre una mar de oro ;

y, vino hacia mí, diciendo :

— *Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam æternam ;*

y, me tendió la Santa Forma, que temblaba en sus manos, como un prisma ;

yo, no pude librarme de mirar aquella mano blanca y descarnada, que horas antes, en aquel mismo sitio, había visto abatirse, insaciable, como un pájaro de presa, sobre sus propias carnes desnudas :

y, tragué la hostia, con una repugnancia enorme :

la tragué con asco ;

pero, ¿qué hacer ?

Dios, había querido valerse de aquella mano impura, para venir á la visitación de nuestras almas ;

y, acepté los designios de Dios ;

¿qué mano de sacerdote, no es igualmente impura ?

el onanismo, es un pecado sacerdotal ;

Onán, era levita :

fué al pie del Tabernáculo, que la simiente del hombre, sembró ese vicio, que es una flor caída del altar ;

.

la borrasca estallante del órgano, seguía dominando con sus voces, todos los corazones :

y, una voz como insexual, voz angélica,

misteriosamente apasionada, clara, como una fuente en la soledad, llenaba el templo, diciendo :

Oh ! salutaris hostia

Quæ cœli pandis ostium...

era la voz de René Gil, el adolescente blondo, hecho todo de blancuras cereales, con ojos de miosotis, llenos de armoniosas claridades, y, sus labios exangües, como de lilas enfermas ;

un adolescente, en el cual, la belleza humana había puesto toda su gloria luminosa ;

era el amigo y la adoración del Padre Plácido, del cual había sido necesario separarlo, porque la salud del niño se agotaba ;

había tenido ya un ataque de hemotisis, del cual había ido á convalecer al campo ;

y, ahora, volvía de allí, escapado á la Muerte y como asombrado de vivir, guardando en los ojos algo del secreto terror, de haber visto la Insaciable, en el olor del otoño, aproximarse á su carne, como un lobo cauteloso ;

había venido más delicado, más frágil, eual

si el dedo dorado del Destino, estuviese aún suspendido sobre su cabeza, mostrándole en las tinieblas, el pórtico de la Desaparición, lleno de silencios encantatorios...

y, esa mañana, vuelto al claustro y á la Vida, alzaba la maravilla de su voz triunfal, á los acordes hesicásticos de las Sinfonías sagradas, que lo envolvían como en un manto de gloria melodiosa, en el magnífico aflujo del sol, que llenaba la capilla de sus olas enloquecidas ;

S. N.

es natural, que en mí, no quede ya, nada del adolescente ;

he cumplido, veinte años, y, todas las blancuras y todos los candores, han muerto en mi corazón ;

la doble personalidad que hay en mí, continúa sin embargo en jugar á los ojos de mis superiores, la comedia de la inocencia, llena de santas ignorancias ;

yo, soy á los ojos de ellos, un niño grande, cuya prolongada ignorancia del mal, es neces-

rio citar como ejemplo á los adolescentes precoces, que tienen el candor de confesar sus vicios :

ahogadas ó satisfechas zurdamente, mis crisis de sensualidad, el intelectual vivo y latente, que hay en mí, persiste en buscar en el estudio, un derivativo á las mil emociones extrañas que me atormentan, y de las cuales, el recuerdo del placer, no es la menor :

mi educación, en un todo superior á la de los que me rodean, no ha sido paralizada por el estancamiento de los métodos educativos del Seminario, porque yo he continuado en guiarme solo á través de la selva de mis ideas, y, el laberinto de los libros :

este Seminario, tiene una Biblioteca, donde duermen los libros, el más extraño sueño de fraternidad, que la mente más ecléctica pudiera imaginar :

es, en la soledad de esta Biblioteca, que paso las grandes horas del día ;

al principio, la vigilancia de los padres me seguía allí ;

y, entonces me harté de Teología estéril, y,

la prosa asnal de la Suma Teológica, fué mi alimento ;

el ramo de los sermones me atrajo también ; desde San Buenaventura al Padre Didón, no hubo declamador inflado de dogmas, que yo, no leyera ;

y, los hallé á todos igual y sagradamente imbéciles :

los comentaristas y los exégetas, tuvieron el privilegio de dormirme, con su paciente necesidad de polillas indagatorias ;

los polemistas católicos, especialmente de Bonald, y, José de Maistre, me encantaron ; la fineza exquisita del primero, y, la rudeza salvaje del segundo, me sedujeron, por su pasión hipócrita y ostentosa ; yo, no he visto nada más insincero y espectacular, que el apostolado de estos dos vociferadores de la Teocracia ; sólo Luis Veuillot, les supera en vehemencia demolidora y fanática credulidad ;

pero, Veuillot, es un jayán de feria, empeñado en vender á puñetazos, los específicos y baratijas de la Iglesia ;

esa brutalidad me repugna ;

la Hipocresía, no debe ser así ostentosa y fatua: ella requiere ductilidades exquisitas y sinuosidades elegantes; la Hipocresía no es virtud de paquidermos; la serpiente es el Símbolo de la Sabiduría;

Luis Veuillot, es un Teólogo de caballerizas, bueno para mozos de cuadra;

en cambio, Chateaubriand, es, un teólogo de dormitorio, hecho para ser fojeado en el lecho, por dedos de duquesas pecaminosas; su vanidad declamatoria me aturde, y, se me hace intolerable este tenor ligero de los coros catedrales;

nada detesto yo, tanto, como lo sublime;

lo sublime está fuera de la Vida, y, la falsea;

lo sublime, es una ficción peligrosa, que no puede existir en mentes equilibradas;

lo sublime, es un estado enfermizo de mentalidad, que agranda y desarraiga los objetos y, los hace oscilantes y, falsos, como un miraje;

lo sublime, es una anormalidad; y, reside únicamente, en la mente de los Poetas, es decir, de los locos;

¿habéis visto algo más desequilibrado que

Víctor Hugo? no; y, ¿habéis visto algo más sublime? tampoco;

Hugo es el padre de lo sublime, es decir de lo falso, de lo altisonante, de lo fofó;

este león, con cascabeles, me exaspera:

¿por qué desgracia mía, tomé ayer de un estante á Lamennais, para leer: las *Palabras de un Creyente?*

yo, no lo sé; pero apenas había empezado á leer aquellos como versículos de Biblia falsificada, cuando el Padre Pepe, que ese día vigilaba la Biblioteca, vino á mí, preguntándome qué leía;

cándidamente le mostré el libro;

entonces, tomándolo á dos manos, me dió con él, tan rudo golpe, en la cabeza, que me hizo vacilar;

— Ah, vagabundo. me dijo; ¿á eso vienes aquí?

y, antes que hubiera podido contestarle, me dió dos bofetones en el rostro, tan fuertes, que inmediatamente me bañé en sangre;

yo, soy ya un hombre, y, toda mi dignidad de hombre se rebeló ante el ultraje;

vi rojo, y, quise abalanzarme sobre el cura, para estrangularlo ;

pero, vi que aquel hombre, era un toro bravo; medí lo peligroso de mi situación; vi que era mi porvenir, lo que jugaba; y, mis brazos coléricos, cayeron desarmados, como dos alas flácidas:

uní admirablemente, mi Cobardía, á mi Hipocresía; bajé el rostro compungido y lloré amargamente, sollozando alto, como un niño;

entonces, el Padre, desarmado por mi Humildad y alarmado por la sangre que vertía, se apaciguó, y, comprendiendo que si yo daba queja de su brutalidad, podría ser reprendido, vino á mí con dulzura, diciéndome :

— Véte á lavar la cara; no ha sido nada; yo, te pondré dos notas buenas;

y, me acarició el rostro ensangrentado;

entonces, yo, le tomé la mano y se la besé lentamente, cariñosamente, como un perro, al amo que lo castiga;

y, salí á limpiarme la sangre;

salí, orgulloso de mi victoria;

había logrado vencer el monstruo inútil y peligroso del Orgullo;

¿qué mayor victoria sobre mi corazón?
es, el dominio sobre sí mismo lo que prepara
el dominio sobre los otros ;
vécete, y vencerás ;
la obstinación estéril del Orgullo, es la que
hace ese vicio imbécil, que se llama : Dignidad ;
la Dignidad, no es una Virtud, es, una ca-
dena ;
y, yo, he roto ayer esa cadena ;
he domado la bestia enorme del Orgullo ;
he vencido la neurastenia del Honor ;
me he dejado abofetear, por otro hombre ;
¿ por qué ?
porque me convenía ;
la conveniencia es la Suprema Ley ;
nada es duro, nada es vil nada es inmoral,
si nos conviene ;
yo, me he dejado abofetear ;
y, un hombre que se deja abofetear, sirve
para todo ; y, más que todo, para Sacerdote ;
¿ no manda el Evangelio, poner al pescozón
la otra mejilla ?
el Sacerdocio y el Honor se excluyen ;
la Humildad, la Castidad, virtudes fuera de

la Naturaleza; he ahí las grandes virtudes sacerdotales;

yo, las conozco, y me amoldo á ellas;

ya soy casto, como el Padre Hermógenes;

ya soy humilde, como el Padre Pepe...

¿qué me falta?

la perfección del Sacerdocio, reside en mí;

yo, nací jesuíta;

tengo el alma levítica;

ya lo he dicho: el espíritu de la Iglesia, entró en mí, cuando el Cura, que fué mi padre, violó á la beata histérica que fué mi madre, sobre las baldosas frías del templo, ante la mirada pacífica del Cristo, y, bajo la protección de sus dos brazos en cruz;

y, tal vez, el Cristo dijo para mí, las palabras que había dicho antes al Pescador: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.*

S. N.

el cielo palidecía:

un crepúsculo odorante, se abatía lentamente sobre el jardín, lleno de una solemnidad fantástica, que transfiguraba el paisaje;

y, era el paisaje, grave, de soledad arcaica y melancólica;

en el aire, flotaban olores de miel y de resina, cual si se alzarán de la tierra, en una respiración lenta, de cosas dormidas;

impresiones de una sensualidad infinitamente deliciosa, florecían, como imploraciones mudas, en todas las cosas de la Naturaleza, llena de una plenitud orgullosa de Vida;

las vegetaciones flameantes, se alzaban como invitaciones de complicidad, bajo el cielo terso, lleno de ritmos delicados, y, de ornamentaciones imprevistas;

había soledad en el jardín, un silencio austero, donde la belleza de la tarde podía esplender ampliamente, el refinamiento caprichoso de sus matices;

yo, había obtenido permiso, para pasear allí esa tarde, y, me creía solo, solo con mis tristezas, que subían á mi corazón, como una marea de hiel;

de súbito, sentí un cuchicheo muy discreto, en un kiosko cercano, en torno del cual, un grupo de cipreses, proyectaban sus sombras

violáceas como de grandes caudas episcopales : se diría un grupo de viejos obispos, en oración ;

miré á través del ramaje, sin ser visto ;

el Padre Plácido, estaba allí, y, tenía á René Gil, sentado sobre sus rodillas ;

el niño, pasaba uno de sus brazos, sobre el cuello del sacerdote, y, se encontraban así, aproximados, abrazándose estrechamente ;

una turbación visible los poseía ;

el Padre Plácido, estaba ante el niño, en una como adoración contemplativa, maravillado, deslumbrado, como absorto en la infinita ternura de tenerlo así, tan cerca de su corazón ;

nunca tanta adhesión, tanta pasión suplicante y fuerte á la vez, vi yo, en ojos humanos : parecía que su alma destacada en un sueño de delicias, vagara en torno á las violetas luminosas de aquellos ojos ;

la cabeza del adolescente, toda de tintes pálidos y de colores agonizantes, se había dejado caer sobre el hombro del levita ;

sus ojos de miosotis, que tan de cerca habían visto la Muerte, se nublaban ahora como ba-

ñados de una infinita ventura, y sus cabellos blondos, lucían bajo el cielo y los árboles, sobre la sotana negra del sacerdote, cual si fuese una flor viva del jardín :

y alzaba hacia su amigo, sus ojos bañados de llamas tenues, que decían una sensación extraña ;

el Padre Plácido, lo estrechaba fuertemente, con el único brazo, que tenía libre ;

entonces, me acerqué más ;

y, vi...

la maniobra homicida del levita, llegaba á su fin :

su mano derecha, se perdía bajo las vestiduras de René, en las voluptuosidades de la caricia infame, y, sus ojos, devoraban al niño, llenos de un maldito deseo :

de súbito, éste cerró los ojos, víctima de una turbación visual : y, abrazó más fuertemente á su Maestro, y, un rojo de incendio, cubrió su rostro pálido :

éste, lo besó entonces apasionadamente :

y, quedaron, así, inmóviles, como anonadados en el mismo ritmo sensorial, delicioso y culpable :

me alejé de allí dolorosamente turbado, y, me senté en un banco cercano ;

poco después los vi salir ambos del kiosko :

el niño, iba sonriente, á través de su emoción pasajera, feliz, del brazo de su amigo ;

el sacerdote, había asumido su aire grave, é iba sereno, en la calma envidiable del paisaje, la cabeza alta, llena del orgullo profesional, de la perspicacia sagaz, y, la imponderable virtud para mentir que forman el alma del jesuíta ;

no hablaban ;

¿qué lenguaje podría traducir, la infinita miseria de sus corazones ?

y, avanzaron, y, se perdieron así entre los esplendores rosados de la tarde, que extendía sobre el jardín, su miraje de arquitecturas inverosímiles, y, desaparecieron en la arboleda, que hacía sobre ellos pórticos de ópalo, misteriosos de penumbra :

¡ cómo es de poderosa la vida de la pasión ! ;

ella, sube al corazón, incontenible y violenta, como la leche á los pechos de una madre joven :

el enorme instinto genésico, aun desviado y

hecho innoble, es, siempre el Divino Instinto, la Idea Eterna, de donde nace la Vida ; desviada de su corriente natural, ella se clava como una garra, y, despedaza el corazón, con el encarnizamiento trágico del que tiene necesidad de matar para vivir ;

no hay Vicio ; no hay sino Instinto ; el Instinto, que está en nosotros, y, vive de nosotros ;

la Naturaleza, no ha creado el Vicio, es, la Moral, la que lo ha creado ;

no se puede nada contra la Naturaleza, que es inviolable ;

se puede todo contra la Moral, que es ficción ;

la Naturaleza, la hizo Dios ; la Moral, la hicieron los hombres ;

no hay vicios contra Natura ; no hay, sino usos, contra costumbres ;

ningún vicio viola la Naturaleza ; no viola sino el hábito ;

si el hombre no hubiera inventado la Castidad, la humanidad, no tendría de qué enrojecer ;

la Castidad, es el único intento de crimen

contra la Naturaleza, que ha ensayado el hombre ;

y, ha fracasado en él ;

y, la Naturaleza se venga, desviando las corrientes de la Vida ;

¡ oh, cómo el Vicio es simple! simple y bello, como la luz ;

no hay malo sino la Virtud ; complicada y falsa, como el Hombre ;

he ahí lo que pensaba yo, viendo desaparecer tras la arboleda obscura, aquella pareja de almas tiernas, tan miserablemente desorientadas en la Vida ;

y, quedé allí, obsesionado, solo, descorazonado por la banalidad intolerable de las cosas ;

¡ solo ! como una sombra bajo el sol ;

y, he ahí, que la savia voluptuosa de la Vida, comenzó también á subir en mí, envolviéndome en su ola calurosa y extraña, llena de sueños insumergibles ;

la Soledad y la Voluptuosidad, son hermanas ;

ellas acariciaban mi corazón, con un largo vuelo taciturno, embalsamado con el perfume

de recuerdos lejanos y de amores ya perdidos...

tuve miedo á mi soledad, miedo de mí mismo;
y, huí del peligro de esa soledad, que empezaba á penetrar en mí, como una neurastenia;

¡oh, cómo la Vida es triste, así en las tinieblas del abandono, sin una querida sombra blanca, que incline sobre nosotros su triste palidez!

S. N.

he aquí un día sensacional;

la parvada sacerdotal, está en emoción;

Juan Denis, el más virtuoso de los alumnos, mi solo rival ante los maestros, el espejo de los levitas, el electo del Señor: *whom the God love die young*, aquel del cual Dios estaba encantado, ha huído anoche del Colegio, dejándose escurrir por una cuerda desde una ventana de la enfermería;

tableau!

los curas desolados, buscan el rastro del fugitivo;

y, han sabido, ¡oh, desolación! que un coche o esperaba en una callejuela excusada que

linda con los jardines, y, que en ese coche había una mujer;

lo que da á la fuga caracteres alarmantes, es, que Juan Denis, en unión de ocho más, debía pronunciar mañana, los votos del diaconato, que lo ligan para siempre á la Iglesia;

la consternación de los jesuitas, no tiene igual, sino en su cólera;

¿por qué ha huído Juan Denis?

¿con quién ha huído?

acaso, solo yo lo sé;

yo, no amo las confidencias;

no las hago nunca, pero no sé por qué tengo el raro poder de provocarlas;

hay días en que la figura humana, me es particularmente odiosa; los rostros, el sonido de la voz, cualquier gesto del animal humano, me son intolerables;

en uno de esos días de terrible crisis de soledad, habíame ido al más remoto extremo del jardín, para trazar estas mis « Notas; »

sentado en el pretil, de la verja, daba la espalda á la callejuela de que he hablado, cuando sentí, que una mano me tocaba en la espalda

pasando por entre los barrotes de la reja ;
volví á ver ;

una vieja sirvienta, me extendía una carta ;

— Tome, niño, me dijo. Es para usted ; y,
desapareció.

la carta, era para Juan Denis, que llegó pocos
momentos después ;

yo, se la entregué ;

muy contrariado, se serenó luego, al ver que
la carta, no había sido abierta ;

y, después, me hizo sus confidencias ;

aquel *vaso de santidad*, era sostenido en el
seminario, por la caridad de una tía vieja y
beata, con la cual dormía desde que tuvo ca-
torce años ;

para librarlo de todo peligro, la buena
señora, lo encerró en el seminario, de donde
no salía sino una vez al mes, para visitar á su
protectora :

ella le exigía que se hiciese sacerdote, para
dejarle su herencia ;

y, dispuesto estaba á hacerlo ; cuando he
aquí, que un día que su tía no estaba en casa, se
halló allí con una célebre *cocota* del lugar, que

iba á piñorarle unas alhajas, — porque la buena señora se daba á la caritativa profesión, de dar dinero sobre fincas ;

la pecadora y el seminarista se vieron, se hablaron, se comprendieron, y, antes que llegara la tía, se fueron juntos, á casa de la bella Magdalena ;

y, Juan Denis, dedicó aquella noche á su tía, ya con mucha repugnancia ;

desde aquel día, la *bella rubia*, como llamaban en el lugar á la joven meretriz, y Juan, estuvieron en toda clase de correspondencias ; y, aproximándose la hora de los votos, ya no pensaron sino en la huída :

ésa, se ha efectuado ayer ;

para ello, Juan se fingió enfermo y fué trasladado á la enfermería ;

de allí, pudo huir cómodamente :

el revuelo de los jesuítas ha sido enorme ; el seminario parece un corral de gallinas asustadas ;

Juan Denis ido, ya no queda otro modelo de virtud y de pureza, sino yo :

entre los que jurarán mañana, y, los que jurarán después, todos tienen el mismo grado

de virtud de Juan Denis; la misma pureza mía;

y, he ahí que el terror instintivo, indefinible de esta red en que estoy prisionero por el Destino, viene á mi corazón...

un año más, y yo también haré los votos...

y, todo será cumplido;

y, entraré en la Muerte;

¿cómo retroceder ante lo definitivo, irremediable?

un miedo cerval, invade mi corazón;

á la vista del sacrificio, la aceleración extraordinaria de mi Vida, se siente como una protesta;

y, he ahí que la idea de la Muerte, se presenta, como única solución á mi esperanza;

pero, no;

la Muerte, es el consuelo de los débiles; y, yo, siento la fuerza, correr en mí, como un río tormentoso;

la Fuerza salva;

¡bendita sea la Fuerza!

S. N.

Después de la huída de Juan Denis, se persi-

gue de tal modo todo lo que sea papel escrito, que no sé dónde trazar las líneas de mis *Notas*; las haré más breves, pero las haré siempre; heme aquí vencedor; la *Medalla de la Purísima*, me pertenece este año;

huído Juan Denis, único que podía disputármela, no tuve competidor, porque aunque el Padre Plácido, pensó en René Gil, para oponérmelo, yo, di pronto cuenta de esta oposición, y la medalla ha sido mía:

os hago gracia de las concesiones que tuve que hacer al Padre Plácido, para conseguir su voto;

¡animal inmundo!

es verdad;

pero útil;

y, yo creo haber hallado mi teoría de lo bello, en mi teoría de lo útil;

todo lo que me es útil, es bello á mis ojos; aun cuando salga de una alcantarilla;

en mi auto-idolatría, el Bien ó el Mal, no existen sino en la armonía de mis sensaciones y, en la escala de mis intereses;

todo lo que me es agradable es bello; todo
lo que me es útil, es bueno;

pero, no filosofemos;

el ojo del espía vela;

no se me deja ni á sol ni á sombra;

se teme que mi virtud naufrague, como la de
Juan Denis, á pesar de la Medalla de la Purí-
sima, que orna mi pecho;

se escolta mi virginidad varonil, como á un
Rey;

¿qué dirá de esto el Padre Plácido?

¡chit!

alguien viene;

abramos el Eucologio;

S. N.

una racha de miserias se abate sobre este
convento:

el Padre Hermógenes se ha vuelto loco:

fué ayer en la Capilla, durante sus *éxtasis* de
beatitud;

un ataque de epilepsia, un síncope, y des-
pertó de él, loco furioso:

un loco obsceno:

el pobre Santo, ha sido llevado á una casa de salud;

ya no habrá quien haga milagros;

y, sin embargo, todos aquí somos santos...

todos hacemos el Milagro;

S. N.

he ahí que René Gil ha muerto, y regresamos de su entierro;

solo yo lo he visto morir;

ó mejor dicho, solo yo, lo he visto asesinar...

y, callo;

y, callaré;

el pobre niño estaba enfermo, va ya, para quince días;

era una recaída de su antiguo mal;

aunque tarde, lo habían separado del Padre Plácido, que lo mataba y lo habían recludo en la enfermería;

ayer mañana, había comulgado lleno de fervor, en una fiesta emocionante y cándida, como un desposorio:

y, en la noche, lo velábamos dos alumnos en turno;

el enfermo, había estado tranquilo, aunque muy débil;

mi compañero de vela dormía :

era ya casi la hora de madrugada ;

René, reposaba, al parecer dormido ;

la luz opaca de la veladora, daba tintes verdosos, como acuáticos, á su cuerpo enjuto, y, á su rostro exangüe ; parecía el cadáver de un niño ahogado ;

yo, velaba con los ojos entrecerrados ;

de súbito, en esa semiobscuridad, una sombra pasó ante mí, y, se dirigió al lecho de René ;

lo vi bien :

era el Padre Plácido ;

no tuve el valor de detenerlo al paso ;

se acercó al lecho del niño y lo besó en la frente ; éste, abrió los ojos y sonrió, tan amorosamente, que todo su rostro se tiñó de un reflejo de vida ;

el jesuíta, se sentó al borde del lecho y tomó en las suyas las manos del enfermo ;

después, se puso á acariciarlo lentamente...

el niño, sonreía ;

yo, veía eso; veía que la caricia infame iba á tener lugar, y, no tuve el valor de moverme, de levantarme, de ahuyentar el buitre insaciable, que iba á devorar esa vida;

¿para qué?

ese hombre podía hacerme mal;

¿qué me importaba á mí, la vida de René, si salvarla había de traerme un enemigo?...

lo dejé hacer;

el asesino se inclinó sobre el niño, y, la infame tarea fué cumplida;

aquello era como la violación de un cadáver;

el rostro de René se empurpuró, y, un terrible golpe de tos lo sacudió violentamente;

el Cura huyó en la sombra;

mi compañero y yo, nos levantamos para atender al enfermo;

éste había dejado caer la cabeza sobre la almohada, y estaba exánime...

grandes coagulones de sangre, le cubrían la boca y las mejillas;

no respiraba;

los ojos, enormemente abiertos, tenían la angustia de la asfixia;

estaba muerto ;
á nuestros gritos vinieron los profesores ;
se llamó al médico :
todo inútil ;
el niño había dejado de vivir :
así murió René Gil ;
yo, lo vi morir :
yo, sé quién lo mató :
y, no lo diré jamás ;

S. N.

heme aquí enfermo y temeroso de la muerte...
siento que voy á morir como René Gil, porque
el mismo buitre que lo mató á él, se abate sobre
mí ; el Padre Plácido, me devora ;
muerto René Gil, yo he sido escogido por aquel
vampiro, para presa de su predilección ; y, me
agota, y me mata, ¿ quién me salvará de él?...
mi salud sucumbe ;
quince días en cama...
pócimas, emplastos... un vómito de sangre...
¿ quién me libraré ?
no tengo fuerzas para escribir ;
una fiebre lenta ha minado mi organismo...

¿qué será de mí?...

S. N.

me he salvado!...

escribí al Padre Fajardo, contándole mi enfermedad, pidiéndole aire, sol, vida ..

¿ha visto lo que hay en el fondo de mi carta?
no sé;

pero, me ha contestado, dando orden para que se me envíe, á casa de unos parientes lejanos, que tienen una posesión de campo llamada la « Floresta » :

y, parto

.

.

León Vives, no había escrito nada, para sus « Notas », en aquella soledad de la « Floresta » ; se había conformado con vivir, sin verse vivir, como era su manía ;

acaso, no halló tampoco, dignas de mención, esas vidas, opacas, tristes y solitarias, que se movían allí, en un vértigo silencioso de dolor ;

el aire, el sol, el campo, todo lo que llenaba el egoísmo prodigioso de su animalidad, lo absorbían por completo, y no se preocupaba de esas vidas vegetativas que en la calma gris del silencio, tejían y, destejían la trama monótona de su dolor, con una persistencia verdaderamente arácnida ;

el drama en que se debatían esas vidas sin

horizontes, no había escapado á su penetración, pero, lo había dejado indiferente, como todo aquello que no atañía directamente á su ventura ;

el dolor de los otros, no era su dolor, y, no tocaba por consiguiente á su corazón ;

amaba, ó creía amar, según la aridez salvadora de su alma, á Juliano Hermida, cuya sensibilidad exquisita, lo atraía :

pero, no pensó nunca ni poco, ni mucho, en los dramas, que desolaban aquel extraño espíritu, ni en los hondos dolores de aquella alma de niño, empeñada en dibujar sueños de gloria, en el oro fúnebre de un horizonte incierto :

lo creía como á todos los poetas, un ser inferior, y, como á todos los hombres entusiastas y generosos, un desequilibrado, pronto al sacrificio ; y, sentía por él, un desdén misericordioso, sin atenuaciones :

así, lleno de indiferencia por el medio psicológico que lo rodeaba, por aquel ambiente de almas simples gimiendo bajo la Fatalidad, no pensaba sino en gozar del deslumbramiento y la pompa salutífera de los campos y en resta-

bleecer su salud, que se mostraba ya en una opulencia maravillosa ;

tres meses habían bastado para robustecer y regenerar su temperamento :

y, así vió pasar los días últimos del otoño, que enrojecieron los campos con un resplandor rojo de pervencha, y, venir los días de invierno, que con los primeros fríos, anunciaban la vuelta al Seminario ;

el horror de la prisión y el deseo de escapar á ella, se disputaban por momentos su ánimo ; pero, hombre de voluntad, hacía frente á su Destino, sin inmutarse, é iba hacia él, seguro de dominarlo y de vencerlo ;

entristecido sin embargo, por la pérdida de su libertad, se preparaba ya á partir, cuando una mañana, llegaron á despertarlo, con un despacho telegráfico, traído del pueblo cercano ;

en él, le anunciaban la muerte repentina del Padre Fajardo, y, lo llamaban de urgencia, pues el Cura, lo había nombrado su heredero universal ;

loco de alegría, saltó del lecho, y, fué en busca de Juliano, que leía en el jardín :

— Mira, mira, le decía agitando el telegrama entre sus manos ; ¿ no te he dicho que yo amo la Muerte, porque ella me ha sido siempre benéfica ? ella, no me ha hecho sino favores ; los más grandes placeres de mi vida, se los debo á la Muerte ; ella ha sido la nodriza de mi alegría ; hoy, la Muerte viene á hacerme feliz, como cuando se murió mi abuela, como cuando se murió mi madre ; mira lo que dice ese telegrama ; el último Arpagón de mi familia se ha muerto ; el Cura se ha reventado ; ¡ qué placer ! ¡ qué placer !...

y, saltaba, y reía, y, hacía piruetas y, bailaba, loco de alegría, como un chiquillo ;

Juliano, lo veía asombrado ; él, no podía comprender que la muerte de un ser humano, pudiera alegrar un corazón de hombre ;

pero, no tuvo tiempo de objetar nada, porque ya León había desaparecido, y lo vió volver bien pronto, trayendo muchas cosas entre los dos brazos ;

las depositó en el suelo, y, se puso á trabajar gozosamente ;

— ¿ Qué haces ?

— Ya verás. Ayúdame ;

y, con paja seca, que había traído de la cuadra, rellenoó bien las mangas y el cuerpo de la sotana, la ató por abajo, adhiriéndole un par de botas viejas : hizole á aquel cuerpo, cabeza con una almohada ; pintóle ojos y boca ; colocóle el bonete, encima : púsole la beca, y colgándole así, á la rama de un árbol, le prendió fuego :

ardió el mamarracho : quemáronse los hábitos : y, cuando la llama llegó á la cuerda, se desprendió aquel puñado de cenizas ;

León, entonces, pisoteólas, como con furia, arrojándolas al viento, y, bailó sobre ellas, en una completa ebriedad de alegría ;

— Es mi pasado, lo que quemo, le dijo á Juliano ; son las vestiduras del Jesuíta, las que ardo ; pero, las vestiduras, no más : ¿ entiendes ? yo, perteneceré siempre á la Compañía seré un Jesuíta laico ; esa milicia es una fuerza : hay que usar de ella : quien se adhiere á la fuerza es fuerte : no se puede vencer solo ; es con esta gran fuerza que yo venceré ;

y, riendo cínicamente, dijo, en su latinidad de decadencia : *ad majorem Dei gloriam* ;

y, añadió : Será con ellos y por ellos, que yo hallaré, el Camino del Triunfo ;

.
.

y, aquella misma noche, León Vives, partió para Santa Tecla, sin lágrimas, sin pesar, sin emoción, como si no hubiese llegado nunca allí, como si no hubiese compartido un solo día, la vida silenciosa y triste de aquellas almas.

La partida de León Vives, dejó un gran vacío en el corazón de aquellos seres, tan hechos á la soledad y, tan dispuestos por ella al calor de las grandes afecciones ;

su presencia entre ellos, había sido como un estremecimiento de vida nueva y gozosa, mezclado al largo y taciturno estancamiento de aquellas vidas sin emociones ;

la tristeza pareció condensarse aún más, hacer una atmósfera tangible de pesadumbre, en aquella casa semi-vacía, donde las almas agonizaban bajo los grandes vuelos de la Fatalidad, como en la escena de una tragedia antigua ;

la madre y el hijo, único amor vivo en aquella soledad, se aproximaron aún más, y se buscaban y se palpaban como dos ciegos en la sombra, cual si tuviesen más necesidad que

nunca de sentir la presencia visible de sus corazones, cual si un viento de borrasca amenazara arrebatarnos, de sobre el escollo, donde ardían sus tristezas como dos hogueras en la noche ;

Juliano, sintió bien el vacío intelectual que la ausencia de León Vives, dejaba en torno de él, y, se hundió aún más en su soledad, como en una selva, refugiando en ella, su corazón, enfermo de ternuras ;

León, había sido su primer amigo, el alma confidente, que había despertado la suya, á todas las sensaciones de la vida ;

y, su ausencia hizo en su corazón, una sombra visible, una tristeza, tan profunda y obsesionante, como un dolor ;

y, se entregó al estudio, como para olvidar en él, la presencia de aquel, que había abierto con sus palabras, ante sus ojos vírgenes, el paraíso ardoroso de la pasión, lleno de soplos violentos y del maravillamiento encantado de los lises sobrenaturales de la Visión ;

y, habría olvidado tal vez, si un nuevo elemento de dolor, no hubiese venido á com-

plicar su vida, desorientándola, como un cataclismo ;

el día mismo de la partida de León, don Víctor Manuel Hermida, había hablado en la mesa, de la necesidad de enviar á Juliano, á un colegio de la Capital, para hacer en él, sus estudios ;

y, pocos días después, anunciaba que el colegio estaba ya escogido, y, se esperaba en él, á Juliano ;

la madre y, el hijo, temblaron, como amenazados por una misma cuchilla ;

separarlos, era matarlos ; sus dos vidas, eran consubstanciales ;

¡irse! ¡dejar á su madre! abandonarla así, desarmada y enferma, á la inmisericorde brutalidad de su padre, para que la torturara...

no, no, eso no sería ;

¿ eso? jamás ;

pero, ¿ cómo oponerse ?

¿ cómo rebelarse ?

y, ahí se halló Juliano, por primera vez, frente á frente, con el Monstruo Social, que devora á los hombres ;

y, se vió esclavo de algo, que no conocía hasta entonces : la Ley ;

¿qué era la Ley? la cadena hecha por el hombre para encadenar al hombre ; el arma del débil contra el fuerte ; de todos, contra uno ; la lucha titánica de siempre : la Sociedad, contra el Individuo ; la Tiranía ;

su padre tenía el *derecho* de oprimirlo ; la Ley, se lo daba ;

¿había pues, un derecho, contra el derecho? al *derecho natural*, de él, de ser libre, se oponía el *derecho social*, de su padre, de hacerlo esclavo...

él, no era pues, un hombre, era una cosa, en las manos de su padre, un ente que le pertenecía, y, del cual podía disponer como del último de los borricos que pastaban en sus dehesas ;

y, ¿de dónde la fuente de ese *derecho*?

del *hecho* material, puramente material, de la fornicación ;

porque en un momento de egoísmo y de erotismo, su padre se había ayuntado, para gozar del placer animal del coito, y, de ese

instante brutal, de ese estremecimiento de bestia, había salido un ser, ese ser, era, su esclavo, su cosa, su propiedad, y, podía disponer de él, á su antojo, sin consultarlo, sin oírlo, como si ese ser, no fuese un hombre, un ser dotado de razón y de conciencia...

eso decía la Ley;

del *acto* de la paternidad, que no es sino un *placer*, el hombre ha hecho un *derecho*; un derecho del fuerte contra el débil, como todas las leyes que hace el hombre;

y, Juliano sufría de *ese derecho*;

no era un hombre libre;

tenía un amo, un dueño, un árbitro de su libertad : ese amo, era su padre ; á él, le pertenecía, como un esclavo ;

y, ese amo, iba á arrancarlo de brazos de su madre, á robarle su único amor, el aire respirable de su alma ; la Vida, porque ese amor era su Vida ;

no, eso no sería ;

abandonar á su madre, era traicionar la misión de su vida, porque su misión era ésa : proteger á su madre ; no dejarla indefensa

contra las brutalidades de aquel de quien la Naturaleza había hecho su padre, y, del cual, la sociedad, hacía su amo;

su alma, se rebelaba, contra esta esclavitud, que lo hacía traicionar su destino, y, no la aceptaba;

¿cómo luchar contra ella?

¡qué horas de desesperación y de lágrimas, tuvieron la madre y el hijo, ante este nuevo tormento, que la tiranía de un hombre reservaba á sus corazones!...

¿qué podrían aquella mujer y aquel niño, contra la fuerza brutal que los rompía?

no pensaron sino en huir, huir de la cadena; dejar la « Floresta » y refugiarse en la ciudad, en casa de los Abril;

allí, tal vez la ley, no iría á herirlos;

pero, antes de huir, Matilde Abril, ensayó una última tentativa; dominando todo su orgullo, quiso hablar á su esposo, para pedirle la Vida, porque no otra cosa era para ella, la presencia de su hijo;

ella, que no había suplicado nunca á aquel hombre; que no se había humillado jamás ante

él ; ella, suplicaría ; ella, se humillaría ; ella, haría todo, por que no le arrebataran á su hijo, por que no le arrancaran su corazón :

Víctor Manuel Hermida, quedó asombrado, cuando supo el deseo de su mujer, de hablarle á solas ;

¿ era pues la reconciliación ? ¿ era la sumisión después de tantos años, de orgullosa indiferencia ?

y, concedió la entrevista, como un favor ;

Matilde, fué en ella, elocuente y grave, le pintó su soledad, su tristeza, hizo llamada á su corazón, y, lloró desesperada :

— No me quites mi hijo... Eso es ya demasiado ; ¿ qué será de mi vida sin él ?

Víctor Manuel Hermida, pareció enternecerse ;

entonces Matilde, sollozante, le tomó una mano, y casi de rodillas, le pidió que no la separara de su hijo ;

al verla tan cerca, tan bella, tan deseable, la inmunda bestia, que había en aquel corazón de hombre, saltó en el acto ;

tomó á su mujer por el talle y quiso besarla :

Matilde, que no esperaba aquel ataque de la lascivia sobre su dolor, se puso de pie, y, rechazó, indignada, á aquel sátiro, que así quería profanar su pena ;

todo su Orgullo de años, renació en ella ;

Víctor Manuel, la persiguió con sus asiduidades, poniéndole el brutal dilema : ó, *eso*, ó nada ;

— Nada, dijo, Matilde Abril, preparándose á retirarse ;

Víctor Manuel, no aceptó esta derrota, y, se abalanzó sobre su mujer, dispuesto á violarla ;

Matilde, se defendió y, la escena, se hizo entonces, brutal, de una brutalidad repugnante ;

Víctor Manuel, viéndose vencido, comprendiendo que no obtendría nada, se hizo furioso ; toda su lascivia se trocó en cólera ; el bruto apareció ; golpeó á su mujer con los pies y con las manos, y, viendo que no podía gozarla, la arrastró por los cabellos...

Matilde, no se quejaba siquiera ;

arreglándose los vestidos, logró ponerse de pie, é intentó huir ;

Víctor Manuel, le dió alcance ;

y, cuando ella, se volvía para hacerle frente, éste, le dió tan rudo golpe, con un bastón en la sien, que la pobre mujer vaciló y rodó al suelo, entre un torrente de sangre, que le inundaba el rostro ;

en ese momento, Juliano, que regresaba de una cacería, llegó á la puerta del comedor, donde tenía lugar la escena ;

vió á su madre, caer bajo el golpe, y, á su padre, encarnizarse en ella ;

— ¡ Miserable ! gritó, con la voz estrangulada por el coraje ; y, apuntando bien al rostro de su padre, disparó la escopeta que aún tenía cargada con bala ;

Víctor Manuel, se dejó caer de rodillas, y, la bala pasó casi rozándole los cabellos, y se clavó en el muro ;

viendo que había marrado el tiro, Juliano avanzó, contra su padre, y se encarnizó en golpearlo, blandiendo la escopeta como un garrote ;

musculado y, atlético, Víctor Manuel se defendía haciendo frente á su hijo, que lo atacaba sin misericordia ;

los sirvientes, acudieron á los gritos :

era ya tiempo, porque Juliano, armado de un cuchillo, que había sobre la mesa, se había abalanzado de nuevo contra su padre, esgrimiendo el arma, y, éste se defendía penosamente, habiendo ya sido herido en una mano :

los sirvientes, lograron dominar á Juliano, y Víctor Manuel, salió perseguido por los gritos de su hijo, que le decía :

— ¡Asesino! ¡Asesino!

y, ¡Asesino! ¡Asesino! parecían repetir las mil bocas de la Noche, llenando la soledad :

cuando su padre hubo partido, Juliano, no pensó ya sino en su madre ; los sollozos le subían á la garganta ; el niño volvió á aparecer en él, y, postrado de rodillas cerca á su madre adorada, no sabía sino llamarla, diciéndole dulcemente :

— Mamá, mamá...

y, le prodigaba los epítetos más tiernos, y, le besaba el rostro ensangrentado, gritando :

— Mamá, mamá, mamá...

la soledad de los grandes espacios, repercutía sus gritos, pero, la madre, no abría los ojos ;

entonces, él, la levantó en sus brazos, y, ayu-

dado por los sirvientes, la llevó hasta el lecho : allí, le lavaron el rostro, y, ensayaron una primera cura de la herida :

Matilde Abril, se desangraba horriblemente : de la sien abierta, la sangre manaba á borbotones : nada podía contenerla :

comprendiendo la gravedad del momento, Juliano envió un sirviente, al pueblo, para que trajera un médico, amigo de la familia, al cual escribió :

« Mi padre, acaba de herir de muerte á mi madre. Venid súbito, para ensayar salvarla » ;

y, luego, escribió á la primera autoridad del lugar :

« Señor Juez :

« Victor Manuel Hermida, acaba de herir de muerte á su mujer, en su hacienda de la « Floresta ». El criminal, ha huido » ;

y, firmaba : JULIANO HERMIDA Y ABRIL ;

cuando hubo partido el criado, que iba á llamar la salud y la Justicia, Juliano volvió cerca de su madre, que agotada por la hemorragia, semejaba ya una muerta :

de rodillas cerca al lecho, apretando contra

los labios, las adorables manos maternas, sollozó largamente su dolor ;

y, pasaron las horas interminables, que la soledad de la noche, parecía hacer eternas...

el médico, fué el primero en llegar ;

examinó con cuidado la herida de la sien, aplicó compresas para detener la sangre, que se escapaba con la vida, é hizo unas suturas ;

luego auscultó á la enferma, y, al poner el oído sobre el corazón, su rostro se hizo grave...

ese anciano médico, conocía á Matilde Abril, desde su niñez, y la sabía cardíaca ;

no ocultó á Juliano la gravedad ;

la emoción sufrida había determinado una crisis aguda de la enfermedad, y, la hemorragia aumentando la debilidad, había creado un peligro inminente...

cuando el Juzgado llegó en altas horas de la madrugada, no pudo tomar declaración sino á Juliano Hermida, pues doña Matilde había caído en estado comático ;

Juliano, acusó altamente á su padre del asesinato, mostró las huellas de la sangre en el lugar del crimen, y, dijo el lugar donde se

ocultaba el criminal, que era la casa de su querida ;

á las cuatro de la mañana, Matilde Abril, había muerto, sin volver en sí, sin abrir los ojos, sin ver por última vez á su hijo, que loco de dolor sollozaba cerca á ella ;

y, la noche repercutía el grito de aquel niño, que abrazado al cadáver murmuraba :

— Mamá, mamá...

y, nadie podía separarlos de aquel abrazo estrecho, que quería ser eterno ;

.

Juliano Hermida, fué inflexible, en no dejar entrar á su padre á la casa del crimen, ni permitirle acercarse al cadáver de la madre muerta ;

Víctor Manuel Hermida, tuvo miedo de aquel cachorro de su raza, encolerizado contra él, y, queriendo evitar un crimen inútil, desistió de ver á su esposa después de muerta ;

y, no fué sino al día siguiente, en el cementerio, que el padre y el hijo se encontraron,

cerca á la tumba de Matilde Abril, que se abría como un abismo para separarlos :

Juliano Hermida, no se puso al lado de su padre para despedir el duelo, quedó al frente, solo, como queriendo ignorarlo ;

contenía sus lágrimas, y, grande, serio, agresivo, en sus vestiduras negras, no había en él, nada del niño tierno y sensitivo, que poco antes, entraba en la vida desorientado y débil ; el dolor, lo había hecho un hombre ;

el público, que no ignoraba nada, vió en la actitud de esos dos seres, todo el drama que se esbozaba sobre esa tumba aún sin cerrar ;

y, la concurrencia, desfiló frente al padre, con recelo ; algunos no quisieron estrecharle la mano ;

en cambio, el hijo, despertaba todas las simpatías ; y, se sentía en torno de él, una atmósfera de ternura y simpatía, uno como calor de almas, que hacía un halo á su dolor ;

cuando cerrada ya la fosa, Juliano, se puso de pie, ante el sol lívido que moría, se halló su padre al frente, que le tendió los brazos :

— ¡Asesino! le gritó Juliano, retrocediendo espantado :

y, envolviéndolo en una mirada implacable de odio y de cólera le volvió la espalda ;

y, se alejó, por entre las tumbas, que parecían á su paso, saludar aquel inmenso dolor, que ya ellas conocían ;

y, Víctor Manuel Hermida, vió con una insondable pena, alejarse por entre los muertos, aquel que era también un muerto, para su corazón ;

y, hubiera querido llamarlo, abrazarlo, cubrir de besos aquella cabeza colérica, que iba altiva y, sola, al encuentro de la Vida...

ya, Juliano, había desaparecido, tras de los últimos muros del Campo Santo, y, su alta silueta se había esfumado en la gran bruma de la noche que llegaba ;...

iba altivo, solitario y, triste hacia su Destino...

El regreso de León Vives, á su aldea, fué un regreso sin emociones ;

la aridez de su alma, no encontró, en su corazón, nada que se despertase y cantase á la vista del árido peñón en el cual se incrustaba, ese avispero de cretinos, que era su pueblo :

condenado á todas las orfandades, sentía los brazos de la soledad, tenderse hacia él, como los de una madre ;

el fantasma de su infancia abandonada, parecía salirle al encuentro, de aquel pueblo, donde todo le era hostil, hasta las tumbas ; y, nada despertaba en su corazón esa dulce melancolía, que se apodera del ánimo al regresar á los lugares en que hemos vivido ;

apaciguado el tumulto de alegrías que sintió á la noticia de la muerte de su padre, sólo había pensado en regresar á Santa Tecla, para

arreglar allí sus asuntos de intereses, y, partir inmediatamente para la capital, donde la ambición lo llamaba con gritos desesperados ;

sueños claros de ambiciones políticas aleteaban ya en su cerebro, y, pensaba hacer de esa su aldea natal, la base inicial de su encumbramiento ;

aunque muy joven, despreciaba ya bastante á los hombres, que es el secreto para dominarlos, y, se había dicho, que la patria, si no es un pedestal, no debe existir, para el corazón de un grande hombre ; y, que el deber de un hombre superior, no es servir su patria, es dominarla ;

y, así, cuando su aldea, apareció en el horizonte, la vió con rencor, como una presa ;

no pudo sustraerse, á una amarga emoción de tristeza, al ver desde lo alto del cerro, allá en el fondo de la plaza, la casa de la Escuela, que guardaba para él, los únicos recuerdos, gratos de su vida ;

y, hubiera deseado ver salir á su encuentro á Lucio Pica, por el cual guardaba aún, un gran fondo de admiración y, de ternura ; y, ver apa-

recer por entre los arbustos del camino, la faz de Victoria Pica, que era la única sombra de amor, que había aleteado en su corazón ;

pero, Lucio, no vino á su encuentro, y, ningún rostro amigo, salió á la vera del camino, para saludarlo ;

y, llegó solo, á su viejo caserón de familia, que tantos recuerdos tristes le traía, y, se hospedó en esa ruina, que parecía poblada de sombras enemigas, llena de grandes alaridos de odio ;

su primera visita, fué para el nuevo Cura, á quien encantó por la unción evangélica de sus maneras, y sus grandes vistas sobre lo porvenir ;

lleno de un proselitismo entusiasta, le habló de la urgencia de agrupar todas las fuerzas nuevas para la defensa de la Fe, y, de la necesidad de organizar, el partido de la Juventud Católica, para oponerlo á los avances ya crecientes, del libre pensamiento, que las escuelas laicas, habían desarrollado en el país ;

el Cura, fanático y obtuso, no pedía nada más, y, su admiración por el joven subió de punto, cuando éste le ofreció colaborar, en un

periodiquillo inepto y venenoso, que el párroco, sostenía con el nombre de « El Mensajero de la Virgen » ;

el corazón de Juliano, no dejó de turbarse visiblemente, cuando al encuentro con Lucio Pica, no vió en él, la cariñosa efusión que esperaba, ni en sus ojos graves y serenos, el resplandor de la alegría, ni en sus brazos el temblor de la emoción :

amable, correcto, un poco triste, Lucio, no apareció ante él, el Maestro entusiasta y cariñoso de otras veces ; su voz, sin inflexiones de intimidad, ni de ternura, no supo hablarle, de nada personal, de nada afectuoso ; de aquel corazón, alto y, sereno, parecía manar la fuente de una indiferencia, que se parecía enormemente al desprecio ;

había envejecido mucho, con esa vejez prematura de los hombres intelectuales, que parece más bien una tristeza, que una ancianidad ; cabellos blancos aparecían en su cabellera abundosa ; marchaba más inclinado que antes, y, sus ojos miopes, parecían cerrarse, con mayor insistencia al brillo de la luz ;

la familia de Lucio, fué para aquel hermano que volvía, la misma de antes, llena de cariñosas atenciones; sólo Rosina, fué reservada y fría, cuasi hostil, al recién venido;

en Victoria Pica, encontró ya florecido el rosal de los amores, que había sembrado en la infancia; en aquel corazón virginal, la ausencia no había hecho sino robustecer aquel sentimiento, el primero y el único de su inocente vida sentimental;

pero, él, miró en el fondo de su corazón, y, no halló aquel mismo amor, que había turbado su adolescencia, sino un deslumbramiento ante la belleza radiosa, de aquella que había dejado niña, y, hallaba ahora, hecha una mujer de la más rara y sugestiva hermosura;

de su amor no vivía sino el deseo:

su pasado, pues, todo su pasado, ¿era una ruina?

su alma altanera, no sabía llorar sobre ella;

la visión del porvenir, llenaba demasiado su vida, para que el pasado pudiera preocuparlo;

la indiferencia de Lucio Pica, lo perturbó al principio, después, no se ocupó más de ella;

¿qué era ya Lucio Pica, para su porvenir ?

¿qué podía hacer por él ?

nada ;

y, puesto que le era inútil, no tenía el derecho de preocuparlo :

ahora, ya era rico, libre ;

ya podía marchar rectamente á su Destino...

y, se preparaba á ello :

su actividad, lo removi6 todo ;

se ocup6 de los asuntos de su herencia y de los asuntos de la política ;

hizo grandes funerales por sus muertos, y comulg6 en ellos edificante y ostensiblemente ;

ech6 las bases del partido de la Juventud Católica, y, pronunci6 en la primera reuni6n, un discurso tempestuoso, contra las tendencias liberales de la 6poca, y, el c6ncer nacional, de la educaci6n atea :

merced á esta propaganda, Santa Tecla, que no tenia cuesti6n religiosa, la tuvo ya, y, sus vecinos tuvieron un motivo m6s para dividirse y, para odiarse ;

bajo la pluma de León Vives, « El Mensajero de la Virgen » se hizo m6s agresivo que nunca,

y, dejó de ser idiota : el gran escritor que había en él, se mostró todo entero, en esos primeros vuelos :

y, aunque lleno de una admiración fanática, por la personalidad excepcional, de Lucio Pica, « El Mensajero » fué terrible contra la instrucción laica, y, el profesorado ateo, de las escuelas sin Dios ;

Lucio, no hizo siquiera mención de haber leído nunca, las vehementes requisitorias, ni León, tuvo el valor de hablarle de ellas ;

discípulos de Lucio, recientemente venidos de la capital, tomaron entonces la defensa de la causa atacada por « El Mensajero » ; y, con tal vehemencia lo hicieron, que León Vives, retrocedió, ante la polémica, hecha personal, y, de una agresividad peligrosa ;

amenazado en la calle, silbado por los chicos, insultado por los elementos populares, comprendió que no era aún la hora de su triunfo ; y, habiendo arreglado todos sus asuntos, se dispuso á partir : seguro de volver y conquistar la aldea rebelde.

Y, la víspera de su partida, fué á decir Adiós

á Victoria Pica, en una cita nocturna, que le había dado, en la ventana de su casa, porque la sorda hostilidad de la familia, que empezaba á rodear sus amores, hacía imposible otro sitio y otra hora ;

bajo la cúpula de los cielos, donde las constelaciones, eran los únicos testigos de sus palabras, él hizo á Victoria, el juramento de volver, para casarse con ella ;

la joven, más bella que nunca, se inclinaba sobre el barandal de la ventana, que daba sobre el jardín, y, lo escuchaba extasiada ;

como la estancia daba sobre la planta baja, él, había tomado una de sus manos, y, se la estrechaba con pasión ;

¿ qué se decían ?

ya era la hora de partir, y, León, se rebelaba á ello ;

¿ qué imploraba ?

la misericordia de un beso le había sido otorgada ;

y, otro, y otro, y otro, caían sobre la boca

roja y la cabeza rubia de la niña, que temblaba como una rosa;

pero, eso, no saciaba la avidez de León :

¿ qué quería ?

él, se lo murmuraba al oído, estrechándola contra su corazón :

la virgen, ya no supo resistir :

y, se vió á León, entrar por la ventana ;

y, la puerta se cerró :

y, el silencio lo llenó todo, como en una complicidad :

.

ya habían desfallecido las estrellas, en el cielo, hecho blanco, por el resplandor de la mañana indecisa, cuando León Vives, abriendo la ventana, saltó de nuevo sobre el jardín :

y, retrocedió asombrado ;

Lucio Pica, estaba ante él :

no se hablaron :

Lucio, lo tomó por la mano, como en los años de su niñez, y, lo llevó consigo :

León, no resistió : la presión de aquella mano de niño, se hacía hercúlea :

así anduvieron, hasta abandonar el jardín, por la parte que daba al campo ; bajaron una vereda, y, se hallaron bajo los árboles, á la orilla del riachuelo que atravesaba la aldea :

Lucio, soltó entonces, el brazo de León, que temblaba como azogado, y, mirándolo en los ojos, le dijo grave y lentamente, sin violencias en la voz :

— Eres un miserable. Yo debo matarte. Tengo el derecho para ello ; pero, no tengo la fuerza. Te he amado como un hijo. Y, á pesar de tu infamia, te amo aún. En pago de ese cariño, has deshonrado mi vida, deshonrando á aquella que debía compartirla. Tu hijo, está ahí, para atestiguarlo. Acabas de deshonrar mi nombre, deshonrando á mi hermana. Es necesario, que yo te mate ó que yo muera ;

y, sacando dos revólveres, de los bolsillos, le tendió uno á León ;

éste, pálido, como un muerto, no quiso tomarlo, y, cayendo de rodillas, murmuró :

— Perdón, Maestro, perdón ;

— ¡Álzate ! le dijo éste, como si no lo oyera ; habituado á obedecerle, León, se puso en pie,

tembloroso, dando diente con diente, como si muriese de frío, en el esplendor de la mañana, que era sin embargo de una tibieza primaveral;

y, confusamente, oyó á Lucio, que frío, calmado, como si dictase una lección, le decía :

— Mide cinco pasos ; apunta bien al corazón, porque si yerras el tiro, estás muerto ;

y, puso el revólver en sus manos ;

al ver el miedo y la confusión de León, añadió :

— No temas por mi muerte. Si muero, yo declaro en esta carta, que me he suicidado. Tú sabes que aquí no hay médico, ni nadie que pruebe lo contrario ;

y, poniendo la carta, en un lugar visible cerca de ellos, dijo, con voz imperativa :

— ¡ Ea ! Abreviemos.

León, lloraba, pero al ver el revólver de Lucio, apuntándole al corazón, comprendió que la hora de matar ó de morir, había llegado para él ; y, no se resignó á morir :

el miedo, lo aguijoneaba, como un heroísmo, y, oyó la voz clara vibrante de Lucio, que decía :

— Una, dos, tres ;

los dos disparos partieron simultáneos ;
 Lucio Pica, cayó boca abajo, arrojando un
 torrente de sangre por la boca :

tenía el corazón atravesado ;

su revólver humeaba aún ;

había disparado al aire ;

León, loco de terror, no pensó en acercarse,
 siquiera, al muerto, en prestarle ningún auxi-
 lio ;

huyó sin mirar atrás ; descendió por la orilla
 río abajo, hasta llegar á unos sembrados cer-
 canos, y, atravesándolos, ganó su casa . . .

.

La noticia del suicidio del Maestro, se exten-
 dió rápidamente por el pueblo, causando gene-
 ral dolor ;

Lucio Pica, era muy amado, y, los últimos
 ataques de que había sido víctima, por parte
 de aquel, á quien el pueblo acusaba de ingrati-
 tud filial, había aumentado aún más su presti-
 gio ;

su desaparición, fué un verdadero duelo lo-
 cal :

León, no tuvo el cinismo de ir á ver la familia de su víctima; y, se excusó con ella, diciendo, que el dolor lo anonadaba de tal manera, que no tenía el valor de ver los restos, de aquel á quien había amado como á un padre;

« El Mensajero de la Virgen » fué de una crueldad repugnante. para con el muerto, y, entre todos los artículos, sobresalía por su vivacidad, aquel, en que León Vives, llorando á su Maestro, atribuía su suicidio, á « la falta de creencias religiosas, y, de una sólida base moral para la Vida; *fuera de la Religión, decía él, podrá haber grandes hombres, pero, no habrá nunca hombres buenos; y, Lucio Pica era un grande hombre...* »

escupiendo así sobre la tumba de su Maestro, se preparó á dejar aquella misma tarde la aldea, excusándose de asistir al entierro, porque Lucio Pica, había muerto fuera de la Iglesia: su entierro era un entierro civil, y, eso era contrario á sus sentimientos religiosos: como católico, no podía concurrir;

y, aquella tarde, mientras el cortejo fúnebre iba hacia el cementerio, llevando los restos de Lucio Pica, León Vives, dejaba á Santa Tecla;

y, desde las alturas del cerro escueto que dominaba el pueblo, vió el hormigueamiento de la muchedumbre, que iba llevando el muerto al Campo Santo y, del otro lado, el camino que se extendía á su vista, blanco, ilimitado, como una espada tendida hacia el horizonte ;

aquel muerto era un vencido, que había tomado el camino del Honor, es decir, el camino de la Derrota ;

le volvió la espalda con desprecio ;

y, espoleando su cabalgadura, tomó el camino que se extendía ante él ;

el Camino del Triunfo.

FIN

En París, abril-julio 1908

Á este volumen de « Las Adolescencias », seguirá el de « Vidas Paralelas », ya escrito. Y, en el cual, las almas aquí esbozadas, cumplen el periplo azaroso de su Vida.



**Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT**

